



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

# **NUNCA ES TARDE**

**MARTHA LUCÍA ACOSTA RODRÍGUEZ**

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA**

**FACULTAD DE ARTES**

**DEPARTAMENTO DE POSGRADOS**

**BOGOTÁ, COLOMBIA**

**2014**



# **Nunca es tarde**

**Martha Lucía Acosta Rodríguez**

**Trabajo de grado presentado como requisito parcial para optar al título  
de:  
Magister en Escrituras Creativas**

Director:  
Escritor Guido Tamayo  
Codirector:  
Escritor Juan Diego Mejía

Línea de Narrativa

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Artes. Departamento de Posgrados  
Bogotá, Colombia

2014



*A Elí,  
una voz entre muchas voces.*



## **Agradecimientos**

A Dios, por la fuerza y la fe que depositó cada día en mi corazón para continuar con este proyecto que espero no sea el único.

A mis maestros de la maestría Escrituras Creativas, quienes con su experiencia, su ejemplo y su amor por la lectura me llevaron por los intrincados vericuetos de la literatura para enriquecer mi ejercicio narrativo.

A mi tutor, el escritor Guido Tamayo quien con su dedicación y apoyo supo guiarme hacia la consolidación de mi obra literaria.

A mi familia, a quien abandoné por largos periodos para cumplir con este propósito.



## Resumen

El presente trabajo de grado titulado “Nunca es tarde” corresponde a una novela producto del proceso creativo de la maestría Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia en la línea de narrativa.

“Nunca es tarde” es una novela breve de denuncia social que presenta el tema de la violencia contra las mujeres colombianas como es el caso del abuso sexual marcado por la indiferencia de la familia y de la sociedad. Es una historia en la que la protagonista, Sandra, relata, el día del entierro del padre, el abuso sexual a que fue sometida siendo niña. De allí se desencadena un monólogo catártico donde la amiga que la escucha es el testigo casi mudo de ese proceso.

**Palabras clave:** Narrativa, novela, denuncia, social, abuso sexual, familia, monólogo.

## Abstract

The present work titled "Nunca es tarde" is a novel product of the Creative process of the Master of Creative Writing at the National University of Colombia in the narrative line.

"Nunca es tarde" is a short novel of social criticism that presents the issue of violence against Colombian women as is the case of sexual abuse marked by family and social indifference. It's a story in which the main character, Sandra, tells us on her father's funeral day about the sexual abuse she was subjected as a child. Moment when a cathartic monologue is triggered where her friend who listens to her is the almost muted witness of that process.

**Keywords:** Narrative, novel, criticism, social, sexual abuse, family, monologu

# Contenido

	<b>Pág.</b>
<b>Prólogo.....</b>	<b>1</b>
<b>1. Nunca es tarde.....</b>	<b>9</b>
Capítulo 1. La muerte.....	11
Capítulo 2. Los hombres.....	21
Capítulo 3. La casa de la abuela.....	33
Capítulo 4. Jugar a la mamá.....	45
Capítulo 5. El primer amor.....	55
Capítulo 6. Berenice.....	63
Capítulo 7. La demanda.....	71
Capítulo 8. Detrás de la puerta.....	79
Capítulo 9. Mamá.....	87
Capítulo 10. El esposo.....	99
Capítulo 11. Desequilibrio.....	111







## Prólogo

¿Qué es lo que nos hace atrapar las palabras y formar laberintos de historias como lo hace un niño con las fichas para armar? En cada ser humano la experiencia es diferente. Lo importante es que nos nace hacerlo por el simple hecho de satisfacer un deseo: denunciar la injusticia, o liberar nuestros remordimientos o excusarnos con el mundo, todo junto si es posible. Por eso tiene más validez escribir sobre lo que se conoce, en esa medida se es también honesto. Esa es la verdad de la literatura que yo concibo. Hemingway lo expresa con mejor estilo: “Si un escritor en prosa conoce lo suficientemente bien aquello sobre lo que escribe, puede silenciar cosas que conoce, y el lector, si el escritor escribe con suficiente verdad, tendrá de estas cosas una sensación tan fuerte como si el escritor las hubiera expresado.” (*Muerte en la tarde*). Por tanto, lo que omite en mi obra no es porque no la conozca es porque no es preciso hacerlo. A esto también dice el escritor del mar: “Si uno omite cosas o acontecimientos importantes que uno conoce bien, la historia se fortalece. Si se deja u omite algo porque uno no lo sabe, la historia no tendrá ningún valor.” (*Ensayo «The Art of the Short Story»*). Es esto, precisamente, lo que yo persigo en mi ejercicio de escribir y mi mayor anhelo, demostrarlo.

El arte de escribir es como el arte de vivir, luchar por quitarnos las ataduras de los otros, de la sociedad y de la ley para ser libres, es bañarnos en todos los ríos y mojarnos cada vez para sentir el frío y la lucidez del camino. En ese tiempo y en ese espacio del aire que respiramos es que nacen las palabras, a veces torpes e ignorantes, pero al fin y al cabo libres. Así, si escribo y naufrago en el intento, prefiero naufragar una y otra vez que desistir de hacerlo, es el compromiso con mi vida desde que he concebido, desde hace mucho, que la escritura sea la catarsis de mi alma y de aquellas otras que deambulan por la memoria de los pasados, de los presentes y de los futuros en los diferentes estadios de mi existencia. Pueda ser que ella sea la limpieza de mi alma, el exorcismo de mis demonios y el olvido de mis pesadillas.

De hecho, no hay escritor que no permanezca en su obra, que no se reconozca en la voz del personaje, que no respire a través de sus pulmones. Por eso, no he de negar lo que a mí me corresponde en la mía. En ella habrá mucho de mí como de todas las mujeres, siendo ellas y yo parte de una misma naturaleza.

Cuando era niña soñaba que caía y caía en el vacío, en la nada, en medio de la oscuridad, sin atisbar siquiera la luz, y seguía cayendo en un abismo sin fondo. Siempre despertaba con esa sensación y con el sobresalto de no lograr sentir, por fin, el golpe en el suelo. Ahora no sueño, pero intuyo que he de hacerlo, con el único propósito de despertarme en la realidad y aflorar todos los desatinos y las zozobras de lo soñado. Sentir los estremecimientos y mantener esa sensación es la escritura. Sólo me queda alejarme de la monotonía, de la carencia de las palabras, de la trivialidad, y por eso, aunque me desmorone, será por momentos, y seguiré en la búsqueda incesante de lo estético para beneficio del lector y de mi interés personal porque sea, finalmente, comprendida.

¿Y cuál es el alimento de mi obra? Es el sufrimiento de todos los mortales: La inmundicia de la sociedad, el abandono del hombre por él mismo y el pecado inherente a la degradación de las almas que desatan los odios. Al fin y al cabo, solo de esto se alimenta la literatura. En este caso, en el mío, es el dolor de la mujer ultrajada en su inocencia: Han quebrado el cristal de su cuerpo y han desnudado su intimidad como el peor de los magnicidios porque nunca más será la misma. El ambiente de marginalidad y la enfermedad de los hombres, heredada como un cáncer, serán la savia de la injusticia y con ella del olvido. Es así como los actos incestuosos ocultos continuarán bajo la amenaza disimulada de nuestra estirpe.

En ese recorrido por la auscultación de mis personajes, en el conflicto que desencadena la historia, es donde me detengo ahora. De allí en adelante todo será más fácil, aunque no sé en qué medida, pero de lo que sí estoy segura es que podré despabilar mi mente de las ideas, aunque sufra los tragos amargos en el trazo de cada palabra. El problema que se avecina es la verosimilitud de un personaje que es real en un mundo real. ¡Qué contradicción y qué juegos misteriosos son los de la escritura! Sin embargo esos son los encantamientos que nos mantiene atados al poder de la creación donde debemos convivir con nuestros personajes y sufrir sus infortunios. En ello, en esta tarea, y en

medio de la lectura de mis maestros, seguiré en la búsqueda de las palabras precisas para armar mi historia.

Ahora bien, la escritura es única y es la mía, aunque no totalmente. En ella deambulan los versos de los maestros que hemos leído, y se cuelan entre nuestras líneas. De hecho, somos sus alumnos y queremos ser como ellos. No hay nada que pueda impedir nuestra adhesión, de pronto, a sus representaciones y a sus juegos intrincados de sinestesias y metáforas. Sin embargo, me pregunto, si yo podría aprovechar con acierto sus huellas en mis trazos, qué más quisiera yo, que cuando mi obra pase por las metódicas miradas de los lectores puedan percibir a Faulkner, a Gabo, a Hemingway, a Joyce, o a tantos otros cuyas obras han sido mis encuentros más maravillosos con la literatura. Sería una fortuna heredar sus cualidades intuitivas y estéticas. Espero, algún día, así sea inconscientemente, que su ejemplo habite en mi obra. Eso querría decir que fueron mis modelos y que como un homenaje les he seguido. Para nada encuentro en ello el remedo vil o el hurto de su obra. Es más, todos ellos, a su vez han aprendido imitando a otros.

Por ejemplo he percibido a Faulkner en García Márquez, ahora que lo he leído. Y en aquel aparecen los pasos de Sherwood Anderson, sucesor de Mark Twain. Faulkner reconoce el valor literario de Mann y Joyce así como el de Dickens, Conrad y Cervantes. ¡Maestros! Por eso no es casualidad encontrar en él, el monólogo interior de Virginia Wolf y de Joyce o descubrir el espejo de Yoknapatawpha en el Macondo de “Cien años de soledad”. Así, podríamos encontrar toda una genealogía de la literatura donde unos son arquetipo para otros, los padres y los hijos de los hijos quienes heredan o toman para sí la estética y la técnica, a veces sin ser consciente de ello. Eso no le quita veracidad a las obras, ni mucho menos el valor literario que las ha llevado al lugar donde se encuentran.

Gracias a la literatura por lo que de ella he recibido. Debo confesar que a veces me he alejado de la lectura, aunque no por mucho tiempo, y menos ahora, que la maestría me ha ofrecido un recorrido generoso por ella, de gran riqueza inspiradora, desde la forma o desde el ámbito creador. Y aunque leo más con la intención del divertimento que con la mirada escudriñadora del escritor, lo último ha ido calando, casi sin proponérmelo para beneficio personal. Se cumplió el dicho de una de las maestras: “Nunca más volveríamos a leer de la misma forma”, y así fue.

A propósito de maestros y de lecturas, debo agradecer a la maestría Escrituras Creativas de la Universidad Nacional, y no porque sea una obligación hacerlo, sino por mí. Ella rompió la rutina del trabajo, me paseó por la lectura de los más reconocidos y también de aquellos, que aunque no figuren en las listas de popularidad, son grandes porque compartieron con nosotros en el aula, nos contaron sobre sus obras, su progreso, su devoción por la escritura y los intrínsecos debates a que nos lleva el escribir. Hablo de nuestros queridos escritores colombianos, entre quienes están nuestros maestros. Podría nombrarlos a todos, pero olvidar a alguno de ellos no tendría perdón. Sus obras, sin excepción, fueron estadios de aprendizaje, y me llevo algo de cada uno, como lo hace el enamorado con la flor robada del jardín para su amada, sin ninguna mala intención.

En cuanto al tema que me he propuesto hilvanar he encontrado ciertos relatos que me han aportado al ejercicio de crear. Si bien es cierto, el abuso sexual incestuoso es una enfermedad oculta en nuestro entorno, es muy frecuente, más de lo que parece, y la literatura le ha sido esquiva. Solo ha sido denunciado a través del periodismo y como meros episodios en muchas obras literarias. Así lo veo en “La fiesta del chivo” de Mario Vargas Llosa, donde solo hasta en el capítulo XXIV Urania relata cuando con tan sólo 14 años, Trujillo, mayor de 70, la obligó a besarlo y después la violó con sus manos, gritándole cosas horribles que la hacían pensar que la mataría. Desde entonces, los hombres le producían asco. La tía Adelina le pidió que perdonara a su padre, que dejara de vivir en el odio, pero ella solo quería olvidar. En “Desgracia” de Coetzee también se relata la historia de la violación de Lucy en manos de dos hombres y un niño negro cuando roban la granja. Ella decide ocultarle a la sociedad lo sucedido, incluso acepta la consecuencia de tal acto: el embarazo. Decide olvidar y seguir su vida. En “Santuario” de Faulkner, aunque no es evidente, la violación de Temple recorre todo el relato. Popeye, un criminal impotente es el culpable, luego la prostituye, y ella acepta, en cierta forma, este estilo de vida y no lo denuncia. En “Mientras agonizo”, Dewey Dell, es violada por el médico que pretendía con eso, romper el curso del embarazo, propósito personal de su ida a Jefferson. Como vemos, son pequeños ejemplos de un problema que pretende ser desconocido por la literatura como si no le perteneciera a ella concebirlo.

El texto que a la postre desarrolla el abuso incestuoso en toda su plenitud, con base en mis aún incipientes lecturas, es “No se lo digas a mamá”, libro autobiográfico de la escritora Toni Maguire (2008). Allí, la hija se traslada desde el hospital para enfermos terminales donde se encuentra su mamá, a intervalos, hacia el pasado, cuando era una

niña de seis años, violada por su padre insistiendo en que aquel fuese su secreto. Confió en su madre para que el padre desistiera, pero no lo hizo. Quedó embarazada a los catorce años, él fue enviado a prisión y ella fue rechazada por todos incluso por su madre. Aun así, ella la perdonó.

Con todo esto ya puedo, al menos, traer la realidad a la ficción donde no pierda su veracidad y como escritora aprendiz viajar a los infiernos para traer los demonios. A buen momento manifestaba Baudelaire “*Seré esta noche borracho muerto; entonces, sin miedo y sin remordimiento, me acostaré en la tierra, y dormiré como un perro.*” Así podré purificar mi alma y, de paso, redimir a los inocentes.

Durante este proceso de alimentar mi espíritu para forjar la idea y adiestrar mi mano hacia el trazo claro, he pasado de la novela, mi primera intención, al cuento, para quedarme con la novela, finalmente. Han sido los desaciertos de mi inexperiencia, pero en ello, también hay crecimiento, pues en el ejercicio de las diferentes narrativas es que la obra va tomando forma. En ese proceso, agradezco a mis tutores, que han sabido guiarme por el difícil camino de aprender a escribir con arte.

Mi experiencia con la escritura ha estado supeditada a todos los problemas que se les ocurran: La construcción del personaje de Sandra, una riña permanente entre ella y yo. La realidad en busca de la verosimilitud, el juego de narradores en el hilo de una misma historia, la duda por el conflicto inicial, tantas veces modificado, el lenguaje propio de los personajes, de la obra en sí, y el tono, ese ritmo que seduce, huidizo como la liebre a mi juicio. Solo con la reescritura, no solo una sino muchas, y con la investigación de contextos y lenguajes fue tomando forma. Cada lectura fue estableciendo nuevos espacios de intromisión, de por sí enriquecedores en el proceso creador.

Así mismo, el repasar cada vez lo escrito me va acercando a mis empeños, y ese encuentro una y otra vez con lo narrado será el vínculo afectivo que nos unirá hasta que ella, mi obra, dé sus primeros pasos.

El mismo ritmo de la escritura es el que va ajustando en el camino, el ambiente y en él, al personaje: Sandra, la protagonista, asiste al sepelio de su padre. El acto de comprobar su muerte devela la ira disimulada por tanto tiempo, la realidad reprimida y se la descubre a sí misma. *Nunca es tarde* es un largo monólogo donde el personaje va soltando entre trago y trago, en medio de la embriaguez del momento, el abuso que

ocasionó todos sus males y llenó su corazón de odio. La expiración de la maldad y la consecuente osadía de desnudar su alma, la purifican en cierta forma, y la preparan para la muerte.

Ésta es la presentación de mi obra, y el papel de la escritura, el alimento de mis postreros años. Lo que inicio hoy es sólo el garabateo de mis primeras palabras, y aunque mi trazo continúe lento, no dejaré de hacerlo porque es mi propósito culminarlo.

Martha Lucía Acosta R.

Bogotá, octubre de 2014





# NUNCA ES TARDE

*“El odio es un borracho en el fondo de una taberna...”*

*Charles Baudelaire*



## 1

**La muerte**

Desde que me enteré de la noticia escogí uno de los trajes negros de mi guardarropa, me vestí y salí apurada para la funeraria. Debía acompañarla, él era su padre. Ella había hecho lo mismo en varios momentos confusos de mi vida. Llegué a las 9 y 30 de la mañana y la busqué ansiosa, entre la gente.

Encontré a Sandra con la mirada más vacía que jamás haya visto, como si su alma no estuviera en este mundo. Estaba inmóvil. Después la vi acercarse al féretro con una curiosa desesperación. Lo miraba, pero no con la tristeza habitual que provoca la muerte, ni con el asombro que produce su llegada inesperada. Era diferente. El enojo que se asomaba en sus ojos se esparcía por su rostro. Había aparecido como un atisbo de resentimiento en una mueca inacabada.

Por el contrario, su madre lloraba con una profunda pena. Los ojos hinchados no se le veían entre los surcos de los párpados marcados por el tiempo. Colocó sus manos sobre el cristal que dejaba ver el cuerpo contraído y se quedó mirándolo. Luego, lo recorrió con la mano derecha como si quisiera acariciarle el rostro. Intentó reclinarsse sobre el féretro, pero se detuvo. Un suspiro inconsciente de vendavales internos la paralizó. Con la mirada humedecida vio el rosario con cuentas de madera que formaba círculos desiguales sobre el vidrio. Por algunos instantes, con sus dedos nerviosos jugó con él hasta dejarlo a un lado. Me estremeció verla así y no pude evitar sentir cierta desazón. Sandra parecía no darse cuenta y se alejó de allí con paso ligero.

Sandra tenía un caminar hermético, no el acostumbrado zigzagueo de su frescura. Su atuendo negro la hacía ver más delgada, aunque era el color habitual en su ropero. El cabello le caía en ondas asimétricas por los costados de los hombros y le tapaba un poco el rostro pálido, desprovisto de maquillaje. Sus brazos se contoneaban levemente, justo en cada zancada hasta que se

encontraron, al frente, en sus dos manos entrecruzadas. Se había detenido cerca a uno de los muros de la sala.

En alguna ocasión me había dicho que le agradaba mi compañía, así como le agradaban mis apuntes rebuscados para avivar los comentarios. Sin embargo, era costumbre de las dos apelar a la literatura para preciarnos de lo que pasaba por nuestras manos, pues leíamos con frecuencia libros recientes para no dejarnos arrinconar por el tiempo. Un poco de literatura y un poco de lo demás para luego sumergirnos en intercambios anecdóticos. Era de las personas que guardaba cierta distancia con el mundo sin abandonarlo. Por eso, compartíamos nuestros compromisos en medio del chismorreo y la camaradería para desterrar, por momentos, el agotamiento.

De vez en cuando acompañábamos el tedio con unas cervezas, hablábamos de música y de los desaciertos o disgustos que surgían en la cotidianidad de nuestro oficio. En esos desvaríos, también hablábamos de nosotras, después de haber agotado lo laboral. Mis problemas estaban siempre sobre la mesa, entre sorbo y sorbo, y ella los escuchaba y los resolvía con optimismo. No la perseguían como a mí. Eso creía. De hecho, le decía que envidiaba su serenidad para enfrentar los disgustos cotidianos. Los hacía tan simples que no le afectaban el espíritu. Ahora, descubría que no eran los únicos. Y no era, precisamente, la muerte.

Al lado derecho estaban las tías, pequeñas y delgadas, cotorreaban en susurros entrecortados y luego, lloraban como unas magdalenas. Eran las hermanas del difunto, hablaban entre ellas de: Cómo había sufrido los últimos años. Y solo allá en esa tierra de nadie. Así lo quiso. ¿Recuerdan la última vez que lo vimos? Estaba demacrado. ¡Ah! Sí, cuando lo del accidente de Juanito. ¡Sí! Se metió la mano al dril para correr con los gastos. Es que Ceci no tenía con qué pagar ni lo del hospital. Eso sí para qué... dejó de ser tacaño. Y con esa tos. ¡Ja! Lo que le ha tocado a la pobre Luisa. Llévelo y tráigalo. Y ella con esa artrosis.

Cerca de ellas estaban otros familiares que no conocía, pero que seguramente eran muy cercanos por los rasgos heredados que hallaba en sus rostros.

Conversaban sobre los encuentros lejanos y el desconsuelo de tener que reunirse en esas circunstancias. Sandra no les prestaba atención y miraba hacia el otro lado de la sala. También estaban las hermanas de doña Luisa, la madre de Sandra: Y ¿qué le pasará a Sandra? No sé. Ella y el finado poco de nada. Como que no se llevaban bien. ¡Ja! Esos dos. Y ella... Está como pa' hacerle compañía al muerto. Ana, pobrecilla, y con todos esos muchachitos. Y Quique, corra pa' allá y pa' acá. Con las vueltas que hay que hacer. Y, Luisa, mírenla no más. ¡No!

Sandra levantó la mirada y al verme movió la mano para que me acercara. Le di un abrazo y ella se apartó con suavidad y detuvo sus manos en mis hombros. Agachó la cabeza y se dejó ir contra la columna que sobresalía de la pared a un costado de la sala. Después, como en un arrebato, desgonzó los brazos que se cayeron por la gravedad. El cabello le tapaba un poco el rostro y ocultó cualquier expresión que pudiera delatarla.

Con la amabilidad de siempre me presentó a las tías Chela y Olivia que venían hacia ella. Ellas le expresaron sus más sentidas condolencias y Sandra solo bajó la cabeza con una sonrisa fingida. Si se esperaba que rompiera a llorar cuando alguien la abordara como siempre sucedía en los velorios, eso no pasaba con ella.

Las tías la dejaron con su mutismo, con sus pensamientos inciertos y se aproximaron a su madre. Intentaron consolarla y, al hacerlo, se desgarró en gritos lastimeros. Su cabeza se contoneaba de un lado a otro hasta que la dejó caer sobre el hombro de una de ellas. Mientras tanto, la otra la convencía de tomar un sorbo de agua de una botella. Sandra también miraba la escena.

—Mamá no deja de alterarse. Estaba cansada... —dijo.

—Nadie se acostumbra a la muerte, aunque nos avise—agregué con un tono de sorpresa.

— ¡Bah! Pensé que sería diferente.

— ¿Cómo puedes pensar eso?

—Sólo lo sé. Siempre ha estado sola...

—Es distinto —le dije sin saber qué más agregar—. Es diferente...

—Vivían separados. Bueno, hasta que él se enfermó. Tuvieron que traerlo casi a rastras para Bogotá —dijo.

Flotaba en el aire el olor a flores, a azucenas, a rosas y a gladiolos, a vela derretida y... a muerto. Vi el arrume de adornos florales con cintas violeta y letras doradas que Sandra observaba. Me pareció normal ver las coronas con los apellidos de la familia y escuchar a los convidados “Mire no más, qué ramo tan hermoso, y qué me dice de este otro. El tío tuvo que haber pagado el favorcito porque no creo haya venido desde tan lejos.” Pero ella sólo apretó los labios hacia un lado en una mueca agria y dijo:

—Muchos...

—La tradición —dije.

—Son muchos.

—Y muy bonitos...

—No vale la pena —dijo con un dejo de vaguedad.

— ¡Qué! —agregué confundida.

—Por fortuna, no terminarán igual —añadió con acento gélido.

Me quedé callada y aproveché que su esposo llegaba para interrogarlo por esa actitud de Sandra, pero él me eludió como si no se hubiera dado cuenta. Luego, se quedó mirando un par de niños que jugueteaban mientras su madre los amenazaba para que hicieran silencio. Así que, olvidé el asunto.

Durante el tiempo que estuve con Sandra su esposo se alejaba por ratos a conversar con unos y otros, se fumaba un cigarrillo y regresaba con el olor a nicotina impregnado en su chaqueta. Me parecía que se escapaba con la intención de dejarnos a solas para que conversara con ella y la desconectara de la realidad, sin embargo no sabía de qué hablarle y los silencios se me hicieron eternos. Cuando llegaba le pasaba el brazo por la espalda, la acariciaba con

sutileza y luego le estrechaba la mano logrando sacarle una sonrisa o por lo menos un suspiro.

Se respiraba un aire a café que llegó en tenues oleadas en medio del calor por la aglutinación de la gente, en torno al muerto de la familia. Me retiré del muro donde me encontraba con Sandra y su esposo. Le dije que me iba a tomar un tinto. Observé en las mesas de las esquinas los vasos desechables usados y los montones de bolsas de azúcar a medio rasgar. Serví el líquido oscuro de la greca de una de las mesas y volteeé a mirar a Sandra por entre los que allí se encontraban. Pensé que ella no me dejaba sola por simple cortesía y decidí demorar los sorbos para evitarle esa molestia.

Entre tanto, contemplé a la familia desperdigada por la sala. Hacían grupos y mientras unos cuchicheaban sobre lo conversador y divertido que había sido el finado, otros reían con fingimiento sobre historias que no alcanzaba a escuchar. Sandra seguía de la mano de su esposo. Él la miró de soslayo, la apretujó contra su cuerpo y siguió mirando a los niños que habían dejado de jugar.

De pronto, apareció Ana, su hermana. Gritaba y lloriqueaba dando resoplidos incesantes. Su esposo apenas si podía sostenerla. Ella se le fue de entre los brazos y uno de los primos se acercó para ayudarle con el peso de su cuerpo. Detrás estaban sus cuatro hijos. Los dos pequeños iban tomados de la mano de los dos mayores. La cara de la joven, la hija mayor mostraba el abatimiento más profundo. Miraba a su mamá y también lloraba como ella sin soltar la mano de su única hermana. Sandra los quería mucho, con frecuencia me hablaba de ellos, así como de Ana. Sin embargo, aunque siempre se la llevaban bien, no tenían ningún hilo íntimo en común, ni siquiera sus padecimientos. Por lo menos eso era lo que ella me decía.

El esposo de Sandra había vuelto a salir. Alcanzaba a ver las ligeras nubes de humo por sobre su cabeza. Por eso, regresé a su lado con el ánimo de no dejarla sola, aunque no se preocupara por mi presencia. Sin embargo, me miró por un

segundo para evitar cualquier comentario mío y después comenzó a hablar como justificándose por algo:

—Ana siempre me cuestionó mi desinterés por los achaques del viejo. Qué más da, de algo se va a morir, le decía yo. Un día, él llegó a casa con un ojo de vidrio y el otro escondido entre la hinchazón de tanto limpiarse las lagañas y las lágrimas. ¡Ja! A duras penas podía mantenerse de pie. Respiraba como si tuviera un grillo entre los pulmones y chillaba porque sentía que se ahogaba por lo que Ana tuvo que ayudarlo a encontrar el inhalador entre los bolsillos y a ir hasta la cama...

Por eso hacía como diez años vivía en el pueblo para huirle al frío. Decía que el clima de aquí le hacía mal para el asma. Y mamá decidió quedarse. ¡Ja! Por los nietos... Sin embargo, cuando venía a la ciudad se le veía el esmero por ella. ¡Cómo es la vida! Decía que había cambiado desde que estuvo en un centro de no sé qué, según él. Nunca fue claro con eso. Lo cierto fue que dejó de fumar, aunque ya le había ganado la enfermedad. Tosía y tosía, y se le crispaba el pecho hasta terminar agotado y con la cara roja. Por eso se fue para el campo.

Luego..., el problema de las cataratas. Le hicieron una cirugía y se quejaba por todo. ¡Ja! Hasta que en un descuido se frotó un ojo. ¡Vaya lío! No fue posible detenerle la infección y lo perdió. Venía con frecuencia a la capital por esos malestares y por otros que ni me acuerdo. Tenía mil achaques. Mamá y Ana hablaban de eso todo el tiempo. Yo solo les decía que se lo merecía. Después, ni les prestaba atención para evitarme sus sermones.”

De repente, se quedó callada. Deseé que continuara y le dije que a veces era bueno hablar para desahogar las penas, pero mis palabras quedaron en el aire.

En ese momento la tía Ceci se aproximó y la abrazó.

—Mijita, llore, es mejor llorar... — dijo con voz entrecortada.

—Tía, tranquila. No he estado mejor. —le dijo con serenidad y un acento de ironía.

---

—Dios la bendiga— dijo la tía con extrañeza.

La tía la observó con ternura, deslizó su mano derecha, rugosa y pecosa sobre su mejilla y la acarició. Después la llevó del brazo hacia el diván de la sala para que se sentara. Yo la seguí guardando la distancia. Mientras caminaba vi a su hermana, ya tranquila, sobre el regazo del esposo, frente a ella. La tía se sentó al lado de Sandra sin decir una palabra. Yo permanecí de pie olisqueando el aire enrarecido de los difuntos que calaba en mi nariz y veía el luto de los asistentes. El negro me olía a muerto y el silencio a incertidumbre. Estaba esculcando en mi memoria mis encuentros con ella, algo que pudiera servirme de indicio para lo que veía, cuando la tía se levantó diciendo que iría al baño.

Noté que, de tanto en tanto, algunas personas se volteaban hacia Sandra, se le quedaban mirando y luego murmuraban. Ella, en cambio, no se preocupaba por nadie, así pensarán que era una insensible o que no le afectaba su muerte. Era un hecho que ella era ella y no tenía por qué actuar como los demás. No obstante, a mí sí me alarmaba su estado.

A los pocos segundos, descubrí cómo su cuerpo se desgonzaba y presentía que se fuera a ir de narices contra el piso. Por eso, miré hacia la entrada de la funeraria con la esperanza de ver a su esposo regresar cuanto antes. No lo vi por lo que apresuré la salida con ella tomándola por la espalda. El aire de la calle le haría bien.

Escuché, en ese momento, una voz que anunciaba la salida hacia la iglesia y las honras fúnebres. Desde afuera observé a la madre que se arrimaba por última vez al finado, abatida, del brazo de su único hijo. Algunos se apretujaron cerca al cajón, detrás de la viuda, para hacer lo mismo. Su hermana de nuevo lloraba, y otra vez, los primos se aproximaban para consolarla. Sandra, desprevenida, miraba los transeúntes que pasaban por la acera como si no le importaran los lamentos que se oían desde el interior.

El esposo de Sandra llegó a nuestro encuentro, y también sus hijos. La hija abrazó a la madre y en el rostro de aquella se dibujó una gran tristeza. La joven le organizó el cabello hacia los lados y hacia atrás. En ese momento, advertí que sus ojos estaban adormecidos y sin brillo. En los contornos se le marcaban las arrugas como si en un día hubieran pasado todos los cumpleaños aún no cantados. A sus cincuenta, su piel no había reflejado la tortura del tiempo hasta ese momento. Percibí aún más la palidez de su semblante. La hija la miraba con el ceño fruncido y una gran intensidad como si compartiera con ella un mismo secreto.

Nos dirigimos a la iglesia, cerca de la funeraria. Mientras avanzábamos se develó el golpeteo de las pisadas de los zapatos sobre el cemento y el suave rozamiento de las mangas con las chaquetas o los gabanes al caminar. Ni una palabra, solo el sonido de los pasos que al avanzar cortaba dócil el aire formando un traqueteo regular.

En la iglesia los parientes escuchaban el sermón acostumbrado de la resignación y la resurrección, las virtudes del finado y el dolor de la muerte mientras Sandra reposaba sus letanías en el vacío de un cuerpo abandonado. Los ecos de las voces iban y venían entre los pilares y la cúpula, se alargaban como los minutos, y nosotras dos estábamos allí, quietas, a la espera de la bendición.

Regresamos a los vehículos e iniciamos el recorrido hacia el cementerio del Apogeo por la autopista del sur. En el trayecto, las palabras se hicieron esquivas y quedamos embelesados mirando por las ventanas cómo avanzaba el cortejo. Los carros se adelantaban con cautela para no quedarse atrás. El silencio avivó el sonido de la sirena del coche fúnebre que se confundía con las voces de los vendedores ambulantes. Los hijos de Sandra comenzaron una discusión fuera de todo contexto, que el abuelo no era de esas personas que uno deseara ver todos los días. El otro, que a él si le pareció simpático y muy divertido. El uno, que se pasaba de morboso, más con las mujeres. El otro, que eso lo hacía divertido. El

esposo de Sandra los calló con un grito apagado y un gesto de intimidación que no tuvieron otra cosa que hacer silencio.

En el cementerio, los buses se desocuparon y la gente se apresuró a acompañar el séquito hasta la sala de cremación. Alguien había dicho que era deseo del padre ser incinerado por aquello de que si lo enterraban vivo las llamas lo alejarían del suplicio de morir ahogado entre un cajón. Recuerdo que Sandra al escucharlo había dicho que así se iría acostumbrando al purgatorio. Yo lo tomé como una broma. A veces se expresaba con ese tipo de frases en momentos inoportunos.

Se abrió la compuerta del crematorio y con lentitud los encargados empujaron el féretro hacia el interior. En medio del aire encendido de las tres de la tarde con olor a flores y a muerto, de gritos lastimeros, de oraciones por la paz de su alma, desapareció el cajón de la mirada de todos. Me pareció que la única que se le quedó mirando sin perturbarse fue Sandra. No le vi brotar de su rostro ni una lágrima, ni de su cuerpo un estremecimiento.



## 2

**Los hombres**

Eran casi las ocho cuando llegamos al bar. Sus hijos habían resuelto acompañar a la abuela después de que Sandra les manifestó su preferencia por estar sola. A la salida del cementerio le dije que me iría. Ella necesitaría recuperar el tiempo perdido con su familia, rescatar los recuerdos y vivificar las anécdotas que sólo permiten los funerales. Pero, al contrario de lo que yo pensaba, ella quería escaparse de las murmuraciones y las apariencias.

Me había invitado al mismo bar al que solíamos ir algunos fines de mes y no pude negarme. Apenas le confirmé me haló del brazo y en segundos estuvimos fuera del cementerio. Aunque el tránsito por la ciudad fue muy lento como de costumbre, llegamos a buena hora. Le guiñó al barman para que nos llevara dos cervezas frías. Él ya sabía que tomaríamos lo mismo de siempre. Nos ubicamos en una de las mesas de madera burda que quedaban al otro costado de la barra. Chispeaba la luz de la vela en el recipiente de cristal y se escuchaban, como una bienvenida, las notas apresuradas de “Black Night” de Deep Purple.

Contemplé las sombras enigmáticas de los escenarios en los cuadros de la pared, la Gioconda con los ojos retocados, el vestido negro y las manillas de cuero con taches en las manos. Su mirada era la misma del cuadro original con un poco más de misterio por la sombra. Los otros cuadros, más lejanos, representaban escenarios igualmente sobrenaturales y oscuros. No era la primera vez que los veía, pero aquella noche, me parecía que Sandra encajaba muy bien en uno de ellos.

Las llamas de las velas oscilaban por nuestras respiraciones irregulares y reflejaban en la pared nuestras sombras alargadas y deformes. Aunque aquel sitio no fue agradable para mí, terminó por serlo después de tantos encuentros que devanaban nuestros sentimientos. Se empiezan a querer los lugares cuando se aprecian las personas que encontramos en ellos, y Sandra era parte de aquel

lugar. Además, se extasiaba con la música, la tarareaba y se movía al ritmo vertiginoso de las canciones. Y yo me confabulé con ella en esas locuras.

Cuando llegó el barman y dejó las cervezas sobre la mesa, Sandra le sonrió. Era una sonrisa natural que no le había visto en todo el día. Cogió la botella, la llevó hacia ella y echó una ojeada a la etiqueta sin detallarla. Luego recorrió el establecimiento con la mirada y volvió a sonreír. Era una sonrisa como de esas que recuerdan las picardías del pasado. Una sonrisa que solo la cerveza le podía generar.

—Como en los viejos tiempos. Bueno... hoy no es un buen tiempo.

—Así es. Se bebe para festejar o para recordar —le dije.

— ¡Ja! Estarán solo bla, bla, bla de él —comentó sin mayor emoción.

—Sí, reunidos.

—Tal vez.

—Y estarán preocupados por ti.

—Es mejor así.

— ¿Qué se preocupen?

—No, que estén sin mí.

A medida que pasaban las cervezas, aumentaban los sorbos y con ellos las palabras. Siempre nos ocurría que terminábamos divagando de la sordidez del mundo, los arrebatos cotidianos de los maridos y los hijos para después pasar a los recuerdos, aunque los de aquella noche no serían los mismos.

—Es un buen día para beber.

—Y una larga noche —le dije.

—Sí, para recordar.

—Y olvidar.

—Yo diría que para acabar.

— ¿Qué quieres decir?

—Sí, tantas cucarachas que tengo en la cabeza.

— ¡Ah!

—Sí, matar los recuerdos.

— ¿Por qué no emocionarse con ellos?

— ¿Cómo se matan los recuerdos? —esquivó mi pregunta.

Parecíamos estar en el juego de completar frases, unas veces ella, otras veces yo, como si fuéramos una sola persona.

—No se puede. Son parte de la vida. —me respondí.

—Y de la muerte.

— No te entiendo.

—Porque se los llevan a la tumba.

—Y ahí se esfuman —le dije.

— No para el que queda vivo.

—Así es. En cierta forma vivimos de los recuerdos.

— ¿Cómo borrarlos sin dejar de ser?

—Imposible.

—Dejar de ser...

Sandra desvaneció sus palabras y se quedó abstraída. Al momento dijo con tono seguro y punzante:

—Esto es una farsa.

— ¿Una farsa? —dije con curiosidad.

—Sí, una farsa.

— ¿La muerte?

— No sé —dijo Sandra con rabia—. Haber ido, tal vez.

— ¿Por qué?

Sandra dejó entrever cierta inquietud, y luego, sin ver la botella la llevó hacia la boca y la sostuvo hasta que tres grandes sorbos bajaron por su garganta. Después de esto, no supe cuándo empezó a divagar y las palabras le fueron brotando a chorros.

—Es por mí, tal vez. Y lo odio... ¡Bah! —tomó un largo aliento.

“Era muy joven y pensaba que estaba tan vieja que me parecía que el tiempo se me iba sin ton ni son. Y la verdad, sentía miedo de no encontrar alguien que me amara, pero solo lo sentía porque como lo veo ahora ni siquiera había salido de los pañales. Y me apresuré, y no sólo una vez. Recuerdo que en el colegio me dejé llevar por uno de mis arrebatos con un pelele de esos que se creen papacitos. Era un don Juan al que todas se le rendían ante sus coqueteos y es que parecía el Richard Dean Anderson de Mac Gyver. Y cómo no, también caí. Estábamos en una coca-cola bailable en el colegio y bailábamos “Stairway to heaven” cuando me besó. ¡Ja! y me sentí en el mismo cielo. Lo repetió muchas veces mientras yo me enorgullecía de que me miraran porque estaba con el más lindo del salón. Al otro día cuando llegué a la clase ya era hazme reír de todo el mundo. El bobalicón había dicho que si veían cómo caían con solo una miradita. Esa fue mi primera aventura estúpida.

Pero de la siguiente, ni se diga, porque la verdad de esa aún no me recupero. No había sido más que una broma de la vida y lo peor fue que me lo tomé en serio. Me acosté con un tipo joven, bueno, a decir verdad era solo dos años mayor que yo. Me acababa de graduar del colegio el año anterior y venía de vacaciones de casa de los abuelos. El bus intermunicipal se había varado en pleno páramo y todos estábamos crujiendo de frío a esas horas de la noche. El conductor intentó arrancar y la carcacha no respondió por nada del mundo. Por eso, tuvo que pedir otra ruta que nos recogiera y los pasajeros cansados de protestar terminaron por volverse a acomodar en sus puestos. Después empezaron a cabecear a pesar del frío mientras llegaba el otro bus.

Recuerdo que yo estaba sentada en una de las sillas de adelante y al lado mío estaba él, mirándome de vez en cuando. En una de esas se encontraron nuestras miradas y me sonrió. Así que ya roto el hielo, comenzamos a hablar y de paso a conocernos de prisa mientras llegaba la madrugada. Lo suficiente como para no perdernos en el futuro. Después de eso, solo sé que llegué con él a un hotel del

---

centro de Bogotá y entramos a la primera casona que me señaló. Era de paredes blancas y con una lucecita roja en el pórtico. Me llamó la atención por su gran arbusto en el antejardín y las enredaderas que llegaban hasta los ventanales. Aún me parece ver la mirada escrutadora del hombre que nos dio las llaves. Y yo que nunca había pisado esos lugares me volteé y todavía estaba ahí con esa mirada. Aquel día renuncié a mi inocencia por mi propio capricho, sin pensarlo, tal vez por placer, no sé. Bueno, la virginidad entregada por uno mismo porque creo que ya la había perdido. ¡Ay! Todavía me parece tener impregnado ese olorcito de su loción en la nariz. ¡Ja! Y eso fue porque se me pegó hasta en la piel. Lo peor fue que odié ese olor meses después.

Recuerdo que me contentaba con sentirme libre, y más de la presión de mi papá, así fuera por una noche. Soñaba con rebelarme. Tal vez por eso terminé por acostarme con el primer extraño que al otro día ni se acordaría de mí. Me sentí avergonzada por haber manchado las sábanas de sangre, de tener mi cuerpo desnudo ante su presencia, y más por el rubor que me encendía las mejillas. Y no lo pude disimular con todos esos cristales que se extendían por las paredes y el techo de la habitación. Pero a lo hecho pecho.

Al salir, nos separamos como dos desconocidos y regresamos a nuestra rutina sin saber el uno del otro. En casa siempre se tuvo la idea de que la varada del bus nos había detenido en medio del páramo hasta después de la madrugada y que por la falta de medios de comunicación no pude avisar a nadie. En esa época qué celulares. Y era normal que ese tipo de cosas sucedieran con esa carretera llena de huecos que más parecía una trocha.

Olvidé el asunto. Después aproveché mis estudios en la universidad para salir del encierro familiar y escaparme de vez en cuando de los oficios de la casa. Inventaba seminarios que recibía en los bares o cualquier cosa con tal de hacer vida social. El hecho fue que las náuseas por las resacas se confundieron con las del embarazo. Y el olor a loción fuerte como de almizcle empezó a perseguirme. Esa loción..., esa de mi primera aventura. Era como si a todos los hombres les

hubiera dado por usar la misma para recordármelo como un karma. Me fastidiaba y me daban vértigos. Cuando comprobé mi estado me asusté, no sabía qué hacer. Decidí ir a donde trabajaba el personaje del autobús y a preguntas logré dar con él. Le dije que me echarían de la casa y tanto se asustó que al otro día ya tenía el dinero y la dirección para detener su curso.

No tuve tiempo de reflexionar sobre la vida que crecía dentro de mí. No pensé sino en lo que podría pasarme si mi papá se enteraba. ¡Ja! No podía tener amigos porque los sacaba corriendo de donde estuviera. Por eso conversaba con ellos en la puerta de la casa. Decía que siempre me conseguía esos marihuaneros que no tenían nada más qué hacer. En fin, ni de fundas podría llegarles con un regalito como esos. ¿A dónde hubiera ido a parar? Ni siquiera me imagino lo que hubiera pasado. Pero, esta jugarreta de la vida es la que ahora me punza el corazón como una espada atravesada. Y eso no paró ahí. ”

— ¿Aún hay más? —le dije con el interés y el asombro que me producía su relato.

—Eso no es nada comparado con el resultado de mis decisiones.

— ¡Ajá! Te escucho.

Y Sandra continuó sin titubeos:

“¡Ah! Nunca olvidaré aquella casa de tipo colonial, como esas de la Candelaria, con paredes blancas y ventanales con marcos labrados de madera gruesa. Y el portón macizo de color verde después del antejardín donde me detuve por unos minutos con ganas de devolverme. ¡Ay! Aún recuerdo la escalera interior hacia la segunda planta, angosta y oscura. El frío allí era atroz como el de mi voluntad.

Y todo conjugó a la perfección: las sábanas blancas de la cama metálica, el olor a alcohol y la dureza del médico cuando me dijo que le había mentado. Ya pasaba de los dos meses. ¡Fue terrible! Recuerdo mis piernas abiertas y el padecimiento mientras las pinzas desintegraban la carne entre mis entrañas, sin anestesia.

---

Luego, la cubeta llena de coágulos de sangre, y nuevamente, la mirada fría del médico que me insinuaba que parecía niño como si quisiera restregarme mi culpa en la cara. Pero yo le había pagado y él lo había aceptado cuando vio los billetes en la mano. La verdad que me dolió, y no había nada que hacer.

Y es cierto que lo pensé. Pero el látigo en las manos de mi papá, la mirada enardecida como de toro en corrida que siempre mostraba cuando me castigaba, los sermones, las palabras de mamá que su papá tenía toda la razón y mi ropa en la calle sin saber para dónde coger. ¡Ja! De algo estaba segura, las amenazas de mi papá se cumplirían por encima de cualquier cosa y ya no había vuelta atrás.

Meses después me lo volví a encontrar. ¡Sí! A aquel hombre. Aunque no se mostraba arrepentido tenía la sensación de que quería recompensarme con algo. O, no sé si es que ahora sí le interesaba tener algo conmigo. ¡No! No tuve que pensarlo. De inmediato lo rechacé como rechacé de ahí en adelante a los hombres. Ninguno me parecía sincero. Y tuve que pasar por la rebeldía en contra de mí misma para superarlo por aquello de no quedarme solterona. Aunque eso era más bien locuras momentáneas de moral.

En mi casa, todo siguió como siempre. A mamá solo le importaba que el aseo estuviera hecho los fines de semana. Y los sábados me daba la medianoche limpiando la cocina. Lo hacía cuando llegaba de trabajar. Era el único día que podía hacer cualquier cosa para costearme los gastos de la universidad pública. Mamá decía que en la casa tendría la comida y la dormida, lo demás tendría que conseguirlo con mi esfuerzo. Aproveché la oportunidad y me dediqué a sacar mi carrera adelante. Eso sí, mi papá sacaba pecho cuando decía: “Ay, tan juiciosa que es la hija, mire no más que da la cara por todos. ¿No ve que está en la universidad?”, pero ni un peso para unas fotocopias”.

—Y tus padres, ¿se enteraron?—la interrumpí sin dar crédito a lo que oía.

—Mis padres nunca se enteraron de nada. ¡Ja!

“La verdad, no se han enterado de muchas cosas. Ni cuando a los dos meses me comenzaron unos dolores terribles en la cintura. Así como disimulé los ruidos de mis vómitos en el lavadero y con la llave abierta haciendo que lavaba mi ropa, también disimulé después mis retorcionjes de cintura hasta donde pude. No podía permanecer de pie, ni sentada, ni acostada. Sentía como agujetas que se empecinaban en mortificarme día y noche. Finalmente, mamá se enteró y me llevó dónde uno de esos médicos naturistas que lo saben todo con solo mirar. Yo suponía que algo había salido mal, pero no tenía por qué comentarlo. La gente se enferma de cualquier cosa sin causas aparentes. Y ese era mi secreto. Me ordenaron unas aguas amargas que tomaba cada mañana como si saboreara mi desgracia en cada bocanada.

Pero, eso de olvidarme de los hombres no me duró mucho. Nunca se aprende y volví a caer. Unos pasaron sin pena ni gloria, pero de este otro. ¡Ja! Mamá me decía que cuál era mi afán, que esperara alguien que valiera la pena y no cualquier bueno para nada. Yo le decía que no tenía ningún afán, solo eran experiencias que pasaban. Y me iba de lo más bien en la universidad como para inquietarme. Y era cierto. Por mi papá no me preocupaba porque estaba lejos de enterarse de mis aventurillas. Bueno, hasta cierto punto.

Cómo te decía, me enamoré de un completo mequetrefe y me dejé llevar por esas emociones que se le meten a una como una adicción. Quedé embarazada de él y me echaron de la casa como se echa a un perro. Eso ocurrió porque de la universidad se habían tomado la molestia de llamar a la casa para cambiarme la fecha de mi primer control y mi papá contestó el teléfono. No lo pude ocultar. No valió haber vomitado a escondidas en el lavadero. Abría la llave para disimular los ruidos y arrojaba hasta la última gota de acidez de mi estómago, todas las mañanas. A veces, ni los trozos de banano que me echaba a la boca me calmaban las ansias.

No había nada más que hacer y me fui. La vida me llevaba, me tiraba a mi destino como a Ulises hacia el mar. Y me embarqué en mi propio barco aunque

---

no tuviera remos. ¿Me entiendes? No supe de mis padres por un buen tiempo. Mi papá no me volvió a dirigir la palabra hasta mucho después. Mamá me decía que la podía visitar solo en su ausencia. No recuerdo si a ella le molestó, pues siempre estaba detrás de las decisiones de mi papá y él era el que se encargaba de esos asuntos: “Ahora se las verá con su papá”, apuntaba. Tampoco es que él se lo permitiera porque la desautorizaba frente a todos: “Deje así que a usted ya le vieron la cara”.

Y volviendo al cuento, de verdad que aquel tipo era un completo mequetrefe. No sé cómo llegué a aguantarlo tanto tiempo. A veces le daba por jalarme el cabello en plena calle cuando lo dejaba hablando solo porque me celaba hasta con el de la panadería. Con el tiempo me di cuenta que era un aprovechado. Al comienzo era solo sonrisitas y chistecitos y terminó por parecerme un payaso. Estaba decidida a dejarlo si no se preocupaba por trabajar y tomar la vida en serio. Por lo menos no se metía con mis estudios. Yo vería cómo me las arreglaba para salir adelante. Es lo único que le agradezco, que no se hubiera metido con eso. Sin embargo, los hijos llegaron y con ellos las obligaciones.

Y me le aguanté la infidelidad y los golpes de sus obsesiones como si yo fuera un objeto de quitar y poner. ¡Ja! Lo perdoné muchas veces en todos aquellos años. Pero esa situación no duraría mucho tiempo. Me dio el batazo final que nunca le perdonaría y lo abandoné. Logré liberarme de mi inexperiencia y de mis temores. Moví cielo y tierra para salir de ese atolladero y arranqué de nuevo. Ya recibía los primeros frutos de mi carrera y no tenía que deberle a nadie. Ese aire de libertad me dio seguridad y me sentí feliz. Tenía a mis hijos conmigo, no me importaba nada más. Lo mandé a la cárcel por aquello que nunca le perdoné... ¡Nunca!”

En medio de la pausa había prolongado el silencio como si su mente removiera un pasado funesto. Los ojos le brillaron de súbito y su expresión frenética extendió el rubor por sus mejillas.

— Y, como te digo, me levanté de nuevo...

— ¿Y cuándo empezaste con el licor? —le pregunté aprovechando el silencio que le otorgaba a su monólogo mientras tomaba un largo trago de cerveza.

—” ¡Ja! Eso fue muchos años después. Para no cargarme la soledad a mis espaldas, aunque ya la llevaba en mis venas. Cada trago era como un elixir contra los malestares de la vida, y contra la rutina. No era sino que llegaran los fines de mes con la platica en el bolsillo y ya estaba con mis amigos de farra liberándome de la monotonía. ¡Ah! Y en esos andares, otra vez, encontré el amor. Creo que el amor siempre está, por ahí, merodeando, solo que nos da miedo quedarnos solos y que no haya una próxima vez. Por eso nos apresuramos.

La verdad, no fue sino olvidarme de los malos recuerdos y me dejé llevar, de nuevo, por las sensaciones que le producen los cosquilleos en el pecho y las mariposas en el estómago. ¡Ah! Yo decía que iba a ser diferente. Y lo fue, en efecto. Recuerdo que él me susurraba al oído canciones que me fascinaban y les cambiaba la letra relacionándola con nuestros sentimientos o nuestras experiencias. Tocaba para mí esas canciones que le llegan al alma. De las que siempre me han gustado, roqueritas, tú sabes. Y las convertíamos en realidad.

Nuestros encuentros se combinaban entre los juegos de pintar cualquier desfachatez a las dos de la madrugada y los toques de la banda en los bares de la Avenida Primero de mayo. Y se nos fue yendo la vida entre los conciertos de la banda, nuestras locuras en el insomnio de la madrugada y amanecer entre las cobijas en mi cama. Uno que otro trago nos acompañaba todos los fines de semana, claro está, sin abusar. Comíamos una hamburguesa o un perro caliente y llegábamos a dormir con las primeras luces. Esos sí que fueron meses de desorden y de bohemia. Pero, me dejó por otra.

De ahí en adelante sí que empecé a beber en serio, por el engaño. No era que fuera alcohólica, las cosas se dieron y aprovechaba cualquier invitación de quien fuera, dizque para olvidar. Perdía la memoria y volaba como una pluma por los rincones del recuerdo. Trataba de calcinarlos en cada palabra. Ana me llevaba con sus amigos a los bares y yo cantaba mis tristezas. La mayoría de los días

trabajaba y se los dedicaba a mis hijos, pero al final de la semana dormía casi nada. Y no es que porque me la pasara en esas me olvidaba de ellos. ¡Jamás! Siempre tenían su plato de comida y la ropa limpia, cómo fuera, así no durmiera. A veces llegaba al trabajo escondiendo la resaca con una bomba de pastillas de Alka Seltzer que mezclaba con agua y limón. Me despejaba el cuerpo del sueño con una ducha de agua fría y pa' las que sea. Se me había convertido en una costumbre, pero lo supe sobrellevar sin caer en la locura. Y la verdad no perdía el control”.

—Y entonces, odias a tu padre por todo eso —afirmé.

— ¡Ja! Esas fueron las consecuencias. Tal vez por hacer de mi vida un total fracaso. ¡No! Por mucho más—agregó.

Por unos segundos dejó ir la mirada por el lugar. Y continuó:

—Esta es mi vida. Y pienso en la muerte. He logrado salir adelante, pero no puedo con otras cosas en mi conciencia. Lo único que sé, es que quizá, no perdone.

Sandra se zarandeó en la silla y luego se levantó como pudo hacia el baño. Y no era que estuviera ebria. La veía alejarse mientras que a mí se me hacían barullos en la cabeza. Ella no era una persona de esas que uno podría decir que lo tenía merecido. Su carácter tranquilo de aspecto huidizo, mas no solapado, la hacía ver como una persona correcta y amable. No había en ella ningún síntoma de alarma sobre su pasado, nada que la hiciera un ser despreciable. Reflexionaba sobre eso cuando ella regresó del baño. Era la de siempre, y sin embargo su apariencia disimulaba cierto misterio. El despejarse de los recuerdos como un soplo le arrebató su espíritu. Y pensar que sólo la muerte había logrado aquel espasmo.

Recordó a la abuela mientras yo vaciaba mi botella de una bocanada para arrumarla con los otros envases. Pedí otras cervezas mientras el rostro de Sandra reaparecía desfigurado. Empezó a divagar, transportada a otro espacio, a

otro tiempo. Y yo, indecisa, buscaba no interrumpirla para no lanzar juicios que la lastimaran.

## 3

**La casa de la abuela**

A medida que pasaban los minutos, los tragos y las canciones que se escuchaban como una banda sonora en medio del relato, fueron llegando los recuerdos, los de ella. Sandra empezó a ceder a su fortaleza para emprender el viaje hacia el pasado como siempre lo hacía en medio de la embriaguez de la noche. Y sus palabras se fueron haciendo más expresivas, era lo que lograba el trago en ella, como si la poseyera.

Sin embargo, esta vez su rostro era distinto, no lucía apagado, azaroso, ni mucho menos iracundo.

—En medio de todo, hay cosas que me reconfortan. Al fin de cuentas, todo no fue malo. Como mi niñez en casa de la abuela —La recordó con una sonrisa, como un entremés en medio de la obra de teatro, tal vez el único en su vida.

Y se explayó sin titubear:

“La casa se hallaba subiendo por uno de los costados de la montaña a dos cuadras de la iglesia. Sus paredes gruesas de adobe producían un ruido ahuecado y profundo al tocarlas. Como un toc toc interminable. Eso la hacía misteriosa, un poco como las de aquí de la Candelaria. Arriba estaba pintada de blanco, y abajo, de verde como casi todas las casas del pueblo. No es sino recordar cuando paseaba por las calles con los abuelos y les decía que tal vez habían escogido el verde para que hiciera juego con la hierba que les nacía por las grietas de los andenes. ¡Ja! Era solo una chiquilla. ¡Sí!

Lo que más recuerdo fue el último día. Bueno, por decirlo de alguna manera. El hecho fue que me cambiaron los lugares y lo que yo consideraba mi hogar con los abuelos pasó a ser el de las visitas vacacionales y la casa de mis padres pasó a ser, otra vez, mi residencia.

Ese último día, la tarde resplandecía y el viento removía las hojas secas que se amontonaban en el solar de la casa. Mamá esperaba sentada en uno de los bancos del corredor mientras yo sentía un gran vacío en el estómago que se hacía más grande de solo pensar en la partida. Empecé por buscar mis zapatos para salir en la única alcoba. Era grande, con cuatro camas en cada esquina. Un panel de madera burda a manera de mampara dividía la cama de mis abuelos y la mía, que ya no sería más la mía, de los catres de las tías. ¡Ja! Allí se colgaba de todo: ropa, ruanas, sacos de lana y hasta los sombreros campechanos del abuelo, de esos negros de ala corta. A un lado, debajo de una mesa se asomaba un baúl de madera maciza donde estaban las sábanas, las fundas y los almohadones con olor a alcanfor. De las paredes pendían cuadros de santos, el sagrado corazón y la virgen con el niño confundidos con las fotos de medio cuerpo de mis tíos, los mayores. Todos vestían sus uniformes militares y sus gorras verde oliva como si fuera la foto obligatoria después de las de la primera comunión. ¡Ah! Cada cosa que veía con ese olor a historia y a campo humedecía mis ojos de niña.

Y volviendo al cuento, debajo de una de las camas encontré los benditos zapatos de charol. Me molestaba tener que ponérmelos para un fin que no era el habitual, ir a comer helado o salir a la misa dominical o a la plaza de mercado. En ese momento prefería mil veces asistir al almuerzo donde los compadres de la abuela, así tuviera que quedarme quieta como una estatua y poner la mejor cara como una señorita, según decía tía Chela.

Y los benditos zapatos estaban bajo la cama de la alcoba donde las tías se la pasaban en las noches con sus confidencias a escondidas. Era una murmuradera de nunca acabar. Hablaban de lo que pasaba con sus noviecitos cuando salían con ellos y cosas que la abuela detestaría saber cómo del fulano que la había mirado, del zutano que la había invitado a salir, de las cartas bajo la puerta y de las causas de las tardanzas que molestaban al abuelo. ¡Ja! Cuchicheaban como cotorras, reían con picardía y paraban la oreja al menor ruido. Se asomaban para

ver si yo las estaba espiando detrás de la puerta, pero yo había decidido variar mis escondites para no despertar sospechas. Era divertido.

Ahora me da gracia recordar cuando cogía a hurtadillas las uvas y los chocolates que le traía el novio a tía Olivia. Siempre les cambiaba de lugar y yo me daba mañas para encontrarlos. Ella terminaba quejándose con la abuela, pero la abuela sólo le decía que me dejara en paz. ¡Ah! Las tías...

Tía Chela siempre me mandaba tomar fotografías el día de mi cumpleaños y le enviaba una a mamá. Bueno, cuando al fotógrafo, un tal “Cuchufli”, se le daba por entregarlas. Y con esas cámaras de rollo que no son como las de ahora. ¡Ja! Siempre estrenaba un vestido y la tía me compraba un helado de tres copas después de posar para la foto. ¡Esa era la Tía Chela...! Ella también se encargaba de ir a las reuniones de la escuela, de comprarme los útiles escolares con el dinero de mamá y de tenerme la jardinera lista para ir a estudiar. De verdad que se preocupaba por mí. ¡Ja! Como aquella mañana en la escuela cuando le dije a la maestra:

— ¿Por qué tenía que pegarle a la niña, si se estaba defendiendo de esa otra? Voy a tener que quejarme con el párroco.

Y lo hizo después de la misa del domingo. Yo había arrastrado a una compañera de las trenzas por todo el salón porque cuando pasaba cerca de mi puesto aprovechaba para dañarme los cuadernos cuando se le venía en gana. Y cuando le fueron con el cuento a la profesora, ella se ensañó conmigo. Me golpeó en las manos con una regla, me castigó lavando los baños y, como si fuera poco, me calificó dos en disciplina. Hasta ahora estaba en segundo de primaria y era la primera nota en rojo en mi libreta de calificaciones. La tía no se iba a aguantar que yo siendo tan buena estudiante fuera a ser tratada de esa manera.

¡Ah! Bueno, el caso fue que me puse los zapatos y salí de la alcoba. En el corredor escuché la radio de pilas, un transistor Sanyo con funda de cuero negro, que el abuelo prendía apenas se levantaba con su acostumbrada *radio melodía*...

*la que manda en sintonía.* Y como un ritual, el abuelo jugaba a sintonizar emisoras todas las mañanas. A veces me despertaba ese seseo acompañado de pequeñas descargas eléctricas para al final dejarla en la misma de siempre. Luego colgaba la radio en la puntilla de la pared al lado de la puerta de la cocina. El abuelo, ¡cómo extraño al abuelo! Era un hombre recio, que si bien andaba con un hermetismo extraño todo el tiempo nunca lo vi de mal genio.”

Sandra sonrió con nostalgia, exhaló un suspiro que se esfumó en medio del ambiente denso del bar iluminado con luces de neón mientras sus recuerdos se iban recreando en mi mente como imágenes de una historieta. Me extrañaba el matiz que estaba tomando su relato. Cada que se movía en su recorrido de aquel día se quedaba como embelesada en un sinnúmero de descripciones de cada lugar. Ya decía yo que los lugares se quieren como se quieren a quienes los habitan. No tenía ganas de intervenir y me quedé mirándola mientras ella reanudaba su historia.

“Cuando la abuela me llamó desde la cocina, había que ver lo que sentí en el pecho, como una opresión que me ahogaba y me fui contando los pasos hasta que me detuve frente a ella. La cocina estaba ubicada al lado derecho de la alcoba, era reducida y de techo alto con maderos entrecruzados que sostenían las tejas de zinc. En las mañanas el sol atravesaba los agujeros de las tejas y formaba unos rayos de polvo que iluminaban las telarañas. Al fondo, sobresalía la estufa de leña donde la abuela ponía las ollas para el desayuno desde que despuntaba el día. Las portezuelas corroídas siempre estaban calientes, por una se asomaban las astillas de madera y por la otra los residuos de ceniza. Con los zapatos ya no sentía el suelo frío ni el cemento agrietado por las lavadas de tantos años bajo mis pies. Cuando andaba descalza la abuela me decía que si era que las pantuflas eran de adorno porque nunca me las ponía para levantarme.

¡Uf! La madera ardía durante casi todo el día hasta bien entrada la noche. Además del calor de los leños, su continuo crepitar nos adormecía. Tal vez por

---

eso era el lugar de los cotorreos nocturnos de las tías con la abuela. Principalmente cuando contaban historias de muertos, de espíritus y de brujas, como la de la vieja que le dio un bebedizo a quien sabe quién y ahora anda como un zombi o la de la vecina a la que le aparecieron los harapos en el piso como si un alma en pena se los hubiera tirado por todo el cuarto. O de aquel que mientras dormía lo asustó un pajarraco negro con ojos de fuego aleteándole en los oídos para dejarlo sordo. Por eso decían que debían dejar los calzones al revés para que las brujas tuvieran que voltearlos al derecho y en ese quehacer les llegara la mañana. Así se esfumarían para siempre o, mejor aún, se les vería el rostro de quiénes habían hecho el maleficio. ¡Ay! Hablaban de que cuando habían desenterrado a “misiá Dolores” vieron los huesos de sus manos repletas de cabello y la osamenta de la cara con una mueca de dolor como si la hubieran enterrado viva. Lo cierto era que esos cuentos me aturdían tanto que siempre me escabullía muerta de miedo.

Preciso cuando estaban en sus habladurías tocaban el portón de la casa y cómo sabía que tenía que abrir la puerta, me enfurruscaba para no ir, pero de nada valía. Me paralizaba en el ante portón, al final del corredor, que me parecía que quedaba lejísimos del otro que daba a la calle del susto que tenía. Miraba a los lados y preguntaba quién era antes de salir corriendo como alma que lleva el diablo a quitar los cerrojos de arriba y de abajo. ¡Vaya, si me daba hasta escalofríos! El viento mecía las ramas de los arbustos esqueléticos de mirto y el guayabo que yacían en la entrada y más me asustaba.

Será por esos cuentos que cuando me acostaba en la cama pequeña, cerca de la de los abuelos me embelesaba mirando la luz de la luna que se embutía por un agujero, encima de la puerta. Esperaba el momento en que las brujas entraran en forma de pájaro para hacer de las suyas. ¡Ja! De haberse aparecido habría quedado muda del pánico.”

Sandra elevó un largo suspiro y se quedó mirando con cierta gracia la decoración del bar, como si aquellas imágenes fantasmales de su infancia fueran ahora su

mayor goce estético. Así como llegaba a la realidad se iba en anécdotas del pasado que se alargaban como si las quisiera retener.

—Pero, amiga, esa era la vida que yo quería —me dijo agachando la mirada y con voz apacible continuó:

“La verdad, prefería todo aquello a lo que mamá decía que podía encontrar en la ciudad. Ni siquiera por los médicos que tenía que visitar con frecuencia. Esos viajes eran bastante tediosos. Pues en aquel tiempo era sonámbula. Amanecía con alguna de las tías o debajo de las camas y solo me daba cuenta cuando al levantarme medio dormida me pegaba con las tablas. ¡Ja! Y a veces a mitad de la noche me sentaba en la cama a gritar como una endemoniada. Ellas decían que no me podían despertar cuando estaba en esos trances porque se me podría correr la teja.

Pero... ¿en qué iba? ¡Ah! Cuando entré a la cocina la abuela me acercó un vaso de jugo y me miró con tristeza. No tuve más remedio que darle la espalda para no llorar y luego dejé el vaso en la mesa sin probarlo. Me pareció ver al abuelo sentado, en silencio, royendo el hueso que había sacado de la mazamorra de maíz, de las que ya no se hacen en ningún lado. También me veía a mí misma, del otro lado, en un banco pequeño con un taburete frente a mí, donde la abuela dejaba la mía, bien caliente. El abuelo acababa “en un santiamén”, así decía la abuela, mientras yo seguía jugando con la cuchara entre la mazamorra ya aguada. ¡Ja! El abuelo estaría en ese momento cortando tablas en la carpintería de Don Roque y yo estaba allí, quieta como una marmota.

Al levantar el vaso, me fijé en el fuate del abuelo colgado del muro. Y recordé las veces que me calentó las nalgas por no comer. ¡Ja! A veces las hilachas de cuero se enredaban en las patas del taburete y frenaban el golpe. Eso sí que me hacía reír, pero me contenía para no enfurecer al abuelo. Después apareció frente a mí todo el arsenal de ollas, olletas y pailas colgadas de las puntillas de la pared. Más abajo, el mueble pintado de beige donde se guardaba el arroz, la manteca, el

---

azúcar, la sal y los sobrecitos de color y comino El Rey. A un lado, sobre otra mesa, continuaba el desorden de losa sucia entre el platón metálico.

Tomé el jugo con desgano y la más completa lentitud, no por la abuela, sino por todo lo que significaba aquel día. Y por lo que tendría que volver a vivir en la ciudad. Es que de no ser por la ventolera de mamá todo habría sido diferente.

Los domingos eran de fiesta para mí, así me cogieran de portera porque eso sí, entraba y salía gente durante todo el día. La abuela vendía sopa de arroz, rellenas y tamales con café a los campesinos que bajaban al pueblo para ir a misa o a mercurio. Desde el día anterior todo era ajetreo. Había que preparar y moler el maíz, poner a hervir las hojas de plátano, cocinar la carne, los huevos, la zanahoria, alistar las rellenas. ¡Uf! Al final, todas nos sentábamos en bancos, las tías y la abuela, una echaba la masa en las hojas de plátano, y las otras, las tajadas de zanahoria, las rodajas de huevo, los trozos de carne. Después les hacíamos las camas con hojas a las ollas para que los tamales no se quemaran, traíamos la leña y metíamos las astillas en la hornilla. Y, por fin, las ollas llenas iban a dar al fogón mientras la abuela atizaba el fuego. Era el día más feliz de la semana porque comía tamal a toda hora, con ese café tan suave que se servía con leche de pura vaca.

Acabé el jugo y salí a recoger mis únicos juguetes en la carpintería, al lado de la cocina, donde los dejaba abandonados: la muñeca que me habían regalado en el jardín de niños, una estufa y las ollas de metal. Siempre fue el lugar de mis juegos imaginarios. Allí, mientras el abuelo serruchaba, alisaba los maderos con el cepillo o clavaba las puntillas en las tablas yo hacía montañas y ríos de aserrín, casas de trozos de madera y pueblos completos, cerca al río, con sus iglesias y parques en el centro, la alcaldía, la escuela, la casa de la abuela... Todo con los trozos de madera que el abuelo tiraba. ¡Vaya tiempos aquellos!

En alguna época me dio por hacer zuecos imitando a los que usaban las tías. Recogía las tablillas alargadas y gruesas del largo de mis pies, tomaba retazos de

tela del cesto de la abuela con los que ella decoraba las cobijas cuando estaban rotas, y con las puntillas que le robaba al abuelo, martillaba también como él, pero la tela a la madera para hacer mis zapatos de tacón. Me gustaba como sonaban contra el piso cuando caminaba. La abuela se burlaba cuando me caía con ellos, tropezando de lado a lado, y las tías se morían de la risa de verme tratando de mantener el equilibrio.

Recogí mis juguetes de entre el aserrín mientras me regocijaba con ese aroma a madera seca. Luego tomé por el pasillo de cemento, hecho con arena de río, por donde habían pasado mis siete tíos en la infancia, el mismo que había sido barrido por escobas de ramas atadas con cabuya hechas por la abuela, las que olían como ninguna otra, a ruda y a eucalipto.

Mientras guardaba mis pocas pertenencias en una maleta resonaban en mi cabeza los tarareos de las tías, “Aquel inmenso amor, aquellas caricias, las has olvidado, por tu separación y tu hipocresía...”, “Estelita qué linda que estás, Estelita, quisiera con usted conversar, Estelita, si usted tiene novio, Estelita...”. ¡Ah! Esa fue la música con la que me crié, Palito Ortega, Vicky, Leo Dan, Leonardo Fabio y todos esos artistas del Club del Clan. También Los Bukis y el Grupo Miramar. Bueno, por lo menos no tenía que escuchar la carranga que tocaba mi papá. Y otra vez las recordaba. Cuando las tías se iban con sus novios armaba la pelotera porque no me llevaban y la abuela salía en mi defensa como siempre. Por eso me entretenían con un helado o con cualquier golosina mientras ellos se besaban o se apretujaban contra los árboles del parque. Así era.

Terminaba de arreglar mi maleta y mamá me devolvió a la realidad.

— ¡Vaya al baño! No vaya a ser que le den ganas de orinar por el camino—gritó ella entrando a la cocina.

Al frente de la alcoba estaba el baño cruzando el pasillo, tres peldaños abajo. La puerta de madera gruesa, pintada de verde aceitoso, salía a volar hacia el fondo al abrirse. El retrete amarillento tenía ranuras por todos lados. No había cisterna

---

como en el baño de la Mona y echábamos el agua a baldados. Detrás de la puerta estaba el cajón de madera donde depositábamos los pedazos de papel periódico. ¡Ja! El abuelo siempre recortaba en cuadrados pequeños los periódicos viejos que traía y los dejaba sobre la tapa del cajón para limpiarnos la cola.

Me lavé las manos jugando con el agua. La alberca estaba cerca al baño donde la abuela se paraba mañanas enteras a refregar la ropa. Era tan grande que allí me bañaba en las tardes de mucho calor cuando a las tías les daba por desocuparla para la limpieza. Me dejaban un buen rato jugando con el agua hasta que les colmaba la paciencia de tanto reguero que hacía. En el lavadero que cubría la alberca se amontonaba la loza para lavar. ¡Ja! Tres veces al día estaba repleto de ollas tiznadas, pailas, platos y pocillos de todas las formas y colores. Todo aquello se confundía con los colores rosado, amarillo y blanco de las begonias y el morado de las violetas, sembradas en materas alrededor del lavadero.

Por el otro lado de la alberca se salía para el solar donde los pollitos y las gallinas se unían en un solo concierto de píos y cacareos. Había guayabos y chirimoyos, y enseguida estaba el cafetal. Daba gusto ver los racimos de frutos verdes y rojos que pendían de los arbustos. El solar estaba cercado por cañaduzales que colindaban con la calle empedrada. Era bastante húmedo, tal vez porque el platanal cubría los cafetos. Por aquel lado, recogía con la Mona, mi mejor amiga, y su hermana pequeña, las grandes hojas de la ahuyama que surgían de las enredaderas por encima de las cañas. Las usábamos como sombrillas. También arrancábamos las ramas de la hierba y el pasto, de ese de las orillas, así como las flores de diente de león que nacían entre los bejucos de las ahuyamas desperdigadas por el piso y las guatilas que la abuela echaba con el guisado de papas, yuca y arracacha.

Recuerdo que bajaba con mis amigas al platanal para escondernos de los adultos y allí nos refrescábamos del calor por la humedad que producían las hojas del plátano. El piso de hojas que caían unas sobre otras era blando como los juncos

que tenían las camas donde dormíamos o como el musgo que nacía por los lados de la alberca. A veces nos acurrucábamos para ver las filas de hormigas arrieras cargando grandes trozos de hojas y las seguíamos hasta meterse en los hormigueros. Cómo olvidar eso.

Desde allí se escuchaba el agua del riachuelo que corría reposada, al final de la platanera, y separaba el solar de la casa vecina. Tuve la intención de llevarme algunas frutas, pero entre mamá y yo no podríamos sino con mi equipaje. Había chirimoyos, guayabos, árboles de limas y moreras, y eso que aquel lugar era un poco más grande de lo que ocupaba la casa hasta terminar en el riachuelo. Es que todo aquello era para mí como un patio de recreo.”

— ¿Me estás escuchando? —exclamó Sandra, de pronto, sacándome de mi mudez.

— ¿Ajá? Estoy atenta como una lechuza —le respondí. Mientras ella hablaba yo tomaba cortos sorbos de cerveza y la miraba con la tranquilidad que me producía la naturaleza que describía. —Continúa.

“Cómo extrañé al abuelo cuando vi a las aves en las grandes jaulas que colgaban del muro cerca al baño. Tenía azulejos y toches que cantaban todas las mañanas y él les silbaba intentando hacer coro con ellos. Cuando me levantaba no era sino verlo poniéndoles el dedo para que lo picotearan y le decía que los tenía tan mimados que solo le cantaban a él. Por lo demás, siempre estaba callado, metido en sus silencios.

Cuando me fui a recoger la toalla que estaba en la cuerda del solar me quedé indecisa frente al jardín de la abuela. Observé los geranios, las azucenas, las dalias, los gladiolos y las rosas. Y entre las flores había también llantén, hierbabuena, ruda y toronjil. En las mañanas les rociaba agua y en las tardes, a veces, se le veía allá clavada quitándoles la maleza y las hojas secas. Y yo no sabía si devolverme y enfrentar a mamá.

Por ese lado junto al jardín era por donde jugaba mucho con la Mona y su hermana Adela. Hacíamos las supuestas compras y paseábamos con el mercado de hojas y ramas en bolsas de papel. Juntábamos piedras de tamaño mediano y hacíamos un fogón con cuanta maleza encontrábamos. Después, cuando mamá me regaló las ollitas con la estufa de metal, colocábamos bajo la estufa ramas secas y trozos delgados de madera, me robaba los cerillos de la cocina de la abuela y le prendíamos fuego. En las ollas echábamos agua y todas las matas que habíamos cogido del solar.

La verdad fue que todo eso se agolpó en mi mente como los granos de maíz cuando caían en el molino o como las pepas de café que la abuela tostaba en la paila. No habría más comidas de mentiras con la Mona y con Adela, y lo peor era que no estaban allí para decirles adiós.

Eran las dos de la tarde y mamá me repetía la hora como un disco rayado mientras terminaba de completar el equipaje. Yo, irritada, volví a revisar toda la casa para no olvidar nada o, más bien, con el propósito de llevarme un poco de esos recuerdos.

— ¿Qué se hizo la niña? ¡No vaya a ser que se le olvide todo lo que aprendió! — dijo la abuela desde la cocina.

No había vuelta atrás y las tías me esperaban para despedirse. Me decían todo lo que iba a lograr con el bendito viaje disimulando sus voces entrecortadas. De la abuela, ni se diga... sus ojos pequeños ni se le veían en la cara de lo escondidos que los tenía para no mirarme. Y el abuelo como no era de despedidas había preferido no llegar para evitarse ese problema, sin embargo, sabía que estaría muy triste por mi partida.

— ¡Vamos! La flota no demora en llegar —rezongó mamá.

—No me quiero ir —fue lo único que dije, pues ya había repetido una retahíla de motivos para no hacerlo y nada podría cambiar la decisión de mamá. En esas

palabras estaba todo mi desaliento y mi frustración y tuve que intentar contenerme para no llorar.

— ¡No me quiero ir! —Lloré finalmente y no pude evitar un pellizco de mamá.

—Usted debe estar donde están sus papás y sus hermanos —dijo con cólera por mi berrinche, que era lo que representaba para ella.

Cogí una de las maletas, entre sollozos, y salimos de la casa. De no haber sido por ese período en que mi madre tuvo que dejarme con los abuelos porque había quedado desamparada con dos hijos en este mundo, no habría conocido lo que es jugar entre matorrales y flores silvestres, respirar aire puro y probar la verdadera niñez que antes me había sido negada. Así que me fui de allí para siempre y el ambiente enrarecido de la ciudad me devolvería a la realidad de mi destino en esta vida.”

Sandra cogió por fin la botella de cerveza y se la mandó a la boca como para recuperar el ánimo. Yo desconocía en qué podía terminar aquella confidencia por lo que no me atreví a hacer preguntas.

## 4

**Jugar a la mamá**

La ciudad a esa hora de la noche emanaba un aire tibio y amañador con olor a cigarrillo. Desde la mesa se veía la gente que cruzaba vociferando sus aventuras y fumándose sus miedos. Un vendedor con ropas desgastadas y manos rugosas le acercó unos chicles a Sandra, la miró y le zarandeó la caja de chicles frente a sus ojos para llamar su atención, pero ella no los aceptó. Entonces, él dio media vuelta y se fue con su caja de madera llena de dulces colgada del cuello a otra parte.

Sandra se removi6 en la silla, por fin daba muestras de cansancio despu6s de haberse desparramado poco a poco mientras hablaba. Luego, se retir6 un mech6n de cabello que le tapaba un costado de la cara y le producía comez6n en la nariz. Estaba despeinada, sin embargo a esa hora y con los tragos encima ya no le importaba el qu6 dirán. Y sigui6:

—Cuando era pequeña pensaba que todo lo que estaba a mi alrededor era lo único que existía. ¡Vaya que sí! Todos los días recorría el barrio con sus casas de un piso a medio construir y las calles destapadas llenas de huecos que hiciera buen tiempo o lloviera daba igual, pues si no era el polvo que los carros nos hacían tragar era el barrizal que teníamos que esquivar dando brincos. Todo era lo mismo, las tiendas, la quebrada La Pichosa con sus laderas llenas de desechos y malos olores como a curtiembre y el puente de madera a punto de colapsar hasta llegar al jardín de niños que estaba en La Picota. Ese era el jardín donde cuidaban a los hijos de los guardianes.

No hace mucho escribí una historia de esa época como lo he hecho de otros tantos recuerdos que se han ido al bote de la basura. Esta, ha sido diferente. No sé, tal vez por eso siempre la llevo entre mis apuntes como esos billetes de un dólar que uno nunca saca de la billetera. Es de esas imágenes que se

convirtieron en pesadilla antes de irme a vivir con la abuela y lo cierto es que están ahí...

Sandra metió las manos en el morral que reposaba en el espaldar de la silla y sacó una libreta de pasta dura. La abrió, pasó algunas páginas y comenzó a leer:

“La niña jugaba junto a su hermano. Inventaba vestidos de encajes, sombreros de plumas y zapatos de oro, carruajes con alas y príncipes como los de los cuentos de hadas que le leía la profesora. Peinaba y volvía a peinar con el mismo moño, desvestía y volvía a vestir con el mismo vestido la muñeca que le habían regalado en el jardín por su buen comportamiento. Tomás, mientras tanto, arrastraba por el piso los carros de madera pintados de verde y rojo, café y amarillo, con voluminosas ruedas que al girar producían un eco estrepitoso.

En la mesa, junto al árbol de navidad, reposaban vacíos los platos soperos de plástico donde se paraban las moscas. Su mamá prefería que comieran todo frío a que prendieran la estufa de gasolina y ocasionaran un desastre. De hecho, tampoco sabrían cómo bombear para encenderla. Por eso, la niña lo único que tuvo que hacer fue quitar las tapas que cubrían los platos, poner las cucharas en ellos y pasarle uno a su hermano. Había arroz, lentejas y un pedazo de carne que ella le cedió a Tomás. A veces tiraba la carne debajo de la cama para que se la comieran los ratones como si con esa acción se burlara de la miseria.

El árbol de navidad parecía empolvado. Estaba repleto de bolas y espumillones de muchos colores. Colgaban de él tarjetas grandes y pequeñas con el pesebre pintado. La noche en que su mamá lo sacó para alargarle las ramas alambradas y colocarle los adornos, la chiquilla y Tomás estaban felices. Cogían los lazos y los desenredaban, le pasaban las guirnaldas a su papá para que las pegara en la cabecera de la cama y en la puerta. En seguida, intercambiaban las bolas multicolores y las acomodaban en las ramas.

La habitación olía a amoníaco y a comida revuelta. La bacinilla estaba a un lado de la cama llena de orines turbios. Más allá quedaba la puerta que permanecía

cerrada con candado hasta que sus padres llegaran. Cerca de la desvencijada chapa había una ranura alargada del tamaño de un ojo. Por allí, su hermano y ella se asomaban al percibir el menor ruido de los vecinos. La niña podía ver la entrada del otro cuarto, el de doña Lola, quien pagaba arriendo por la otra parte del primer piso de la casa. Allí se embobaba con la rutina de la vecina, pues la ventana de la habitación era tan alta para su estatura que no alcanzaba a ver ni empinando los pies. Sin embargo, le agradaba poner el rostro hacia ella cuando se reflejaban a través del cristal los destellos del sol.

A ella le gustaba que sus papás estuvieran en casa para poder salir del encierro y apretujarse contra la ventana de la vecina en compañía de su hermano. La anciana les permitía que pegaran las narices en el vidrio, con tal de que no se entraran. Veían a Enrique, a Beto, a Lucas, los personajes favoritos de Plaza Sésamo en la pantalla del televisor a blanco y negro. Ver un programa completo lo consideraba mucha suerte porque no faltaba el “¡Que venga!, ¡Que vaya! ¡Que haga!”, sin embargo, poco le importaba desde que sus padres no le negaran ese gusto. Por eso corría con los mandados y se arremolinaba allí de nuevo.

Mientras ellos llegaban la niña se quedaba jugando sola o con su hermano. Se hacían compañía así él no se preocupara sino por jugar o por entretenerse con cualquier novedad, como cuando veía a las arañas suspendidas del techo. Le daba por tirarles cuanto juguete se le atravesara en el camino hasta hacerlas caer. Por lo menos esa sería la rutina hasta que regresaran al jardín terminadas las vacaciones.

Su mamá se levantaba muy temprano para prepararles el desayuno y el almuerzo, luego se los dejaba servidos en la mesa antes de salir para el trabajo. Llegaba a la casa enseguida de su papá. Entraba a la cocina con los trastos de todo el día para apilarlos en el lavaplatos, calentaba la comida y lavaba la loza. Entre tanto, en el baño, la niña enjabonaba a su hermano, le restregaba el cuerpo y lo enjuagaba con agua fría. Él tiritaba y resoplaba al mismo tiempo sin pronunciar una sola palabra de desagrado como una costumbre llevadera. Luego

lo mandaba para la habitación envuelto en la toalla. Terminada la tarea, se bañaba ella, vestía la pijama de ositos y tiraba la ropa sucia en el platón cerca al lavadero.

Esa mañana la chicuela se había decidido por un vestido color rosa, unas medias blancas y los zapatos de siempre. A Tomás le había pasado un pantalón corto y una camiseta con el dibujo del troncomóvil de los Picapiedra. Se recogió el cabello dorado en dos coletas detrás de las orejas mientras se miraba el rostro pálido en el espejo del mueble de la ropa. Sintió un diente de leche a punto de caer y lo removi6 con la lengua. A su hermano le alis6 el cabello hacia ambos lados y le amarr6 los zapatos. Su mamá le recordaba que era la hija y la hermana mayor por lo que debía estar pendiente de los quehaceres de la casa y, principalmente, de Tomás. Por eso se encargaba de él como si fuera la mamá. Después de esos deberes arreglaba la cama a medias, olvidaba ser la mamá y se ponía a jugar.

Ella miraba de vez en cuando la calle improvisada de su hermano, parecida a la que iba desde su vivienda al jardín de niños. Por allí pasaban los carros de madera en medio de las casas que no eran más que cajas viejas de jarabes para la tos. Entre tanto, bañaba la muñeca a manotadas de agua invisible. Levantaba las manos, apretujaba los dedos como si quisiera mantener el líquido para luego esparcirlo sobre el juguete. Restregaba la cabeza y el cuerpo, una y otra vez, le pasaba la toalla, después lo vestía con la misma ropa. Entre tanto, escuchaba a Tomás que imitaba los sonidos de los carros: rrrrruuuuuumm, rrruuuumm. A veces, era un solo juego en el que cruzaban palabras de “piiipiiiiiiii, está la Sra Lola, piiiiiiiiiii” y sí, se acaba de bañar, ya sale, que la espere.

Por la ventana empezaba a desvanecerse la claridad de la seis de la tarde cuando se escuchó la cerradura de la puerta. Era el horario habitual de la llegada de su papá. Se abalanzaron, Tomás, el primero. La niña demoró un segundo más con su muñeca mientras la dejaba en la cama con el cuidado de una madre:

¡Papito! ¡Papito! Brincaban y gritaban de alegría. El padre se agachó para recibir los besos en la mejilla y los abrazos como un ritual de todos los días.

— ¡Qué es ese desorden! Vaya desocupe la bacinilla —le dijo furioso a Tomás. El cambio brusco de temperamento esfumó la sonrisa de los rostros infantiles. Se sentó en la cama y se deshizo del morral y la chaqueta exhalando respiros entrecortados.

— ¡No se vayan a salir! ¡Quédense adentro! —agregó.

Su hermano entró con el bacín y cerró la puerta. La pequeña recogió algunos zapatos y levantó la ropa tirada por el suelo. Dejó las calles de Tomás con sus carros de madera y la muñeca que tenía sobre la cama improvisada con cobijas de encajes imaginarios. No tardó en recogerla nuevamente y le alisaba el cabello cuando su papá la llamó.

Él se soltó los cordones de los zapatos polvorientos, se le vieron las medias del mismo color de toda la semana y se acomodó en la cama bajo las cobijas. Al instante le dijo a la niña:

— ¡Venga! juguemos al papá y a la mamá.

—Noooo- murmuraba extendiendo el sonido, retardándolo.

—Sólo un rato.

Tomás, indiferente, como el aire enrarecido que pululaba por los rincones jugaba de nuevo con sus carros imitando pitos, frenadas y aceleraciones. Ella, a regañadientes, arrastrando los pasos, se acercó a la cama. Dejó a un lado la muñeca sin las cobijas de encajes imaginarios y se recostó junto a su padre. Era en esos momentos cuando envidiaba a su hermano, prefería esos juegos al que su padre le proponía. Tanto estar pendiente de él y él ni se daba cuenta de lo que pasara con ella.

— ¡Quítese los zapatos! Va a ensuciar la cama —le dijo el padre.

Aflojó las hebillas de sus zapatos cobrizos por el desgaste y la mugre que conservaban aún el color rojo en el talón. Se los quitó, los dejó bajo la cama y se volvió a recostar. Él la cubrió con las cobijas sin mediar palabra y sintió el humor de ajo, la respiración agitada cerca del rostro, las manos que escarbaban bajo el vestido y le bajaban los calzones hacia los pies. La pequeña se movió hacia un lado como si quisiera deshacerse de las manos que la tocaban.

— ¡Déjese! Cierre los ojos, duerma si quiere, que yo juego al papá.

—Quiero jugar con Tomás. Yo no quiero dormir —decía la chiquilla con voz entrecortada. Y siguió con los ojos abiertos.

— ¡Quédese quieta! —susurró con enojo y le quitó los calzones.

El rostro inocente de la niña accedió y su cuerpo quedó inmóvil.

Al otro lado de la habitación se oían los pitos, las frenadas, las aceleraciones. Los carros de madera se desplazaban de un lado a otro conducidos por las pequeñas manos. Tomás impasible miraba de reojo a su hermana cuando la escuchaba refunfuñar. Luego, movía las casas de cartón, creaba nuevas calles y cambiaba las rutas de los carros, uno primero, otro después.

La niña, detenida, acalorada entre las cobijas, dejaba que su papá la arrastrara para el centro de la cama y se bajara los pantalones. Ella sintió las manos que le separaban las piernas, el pecho velludo sobre su rostro que a veces le tapaba la cara y le hacía voltear la cabeza, los vellos entre las narices con intervalos apresurados o aprisionados contra sus mejillas. En esas presiones escuchaba latir el corazón de su padre de una forma desaforada. Estaba sofocada y abandonada. Él le presionaba entre las piernas con el miembro erecto y duro, sin introducirlo. Respiraba con dificultad más arriba de su cabeza. De pronto, se inundó el ambiente de reposo, sudor y cansancio. Y, al instante, el cálido y espeso líquido le mojaba y le resbalaba por los muslos y por su vagina expuesta. La niña no decía nada, era la mamá.

Pasaron los minutos. No se oían los pitos, las frenadas, las aceleraciones. Tomás había renunciado al juego para mirar por el orificio de la puerta. La pequeña, desde la cama, lo veía como ponía las manos a los lados del agujero para apoyar el rostro. Tal vez, observaba a la vecina lavando la ropa porque se escuchaba restregar los trapos contra el fregadero a medida que botaba el agua a platonados.

Entre tanto, la niña dejó que su papá le pasara un trapo y la limpiara con cuidado por entre las piernas. Le subió los calzones, se dejó caer a un lado hacia la pared y se durmió. Ella aprovechó ese momento para escaparse, buscó la muñeca y se confundió en el espacio del juego de su hermano como antes de tener que acostarse.

Recreó la cocina para hacer la comida de mentiras. Esta vez, cogió la olla invisible de la estufa de colores y la pasó al otro lado de la cama de cobijas de encajes imaginarios. Sirvió, le dio unas cuantas cucharadas a la muñeca y se acordó que no tenía zapatos. Se los colocó sin enlazar las hebillas.

La noche llegó sin avisar. La puerta dejó escapar un crujido y la niña escuchó a la madre que saludaba a doña Lola mientras abría la puerta: ¡mamita! ¡mamita! Nuevamente los besos y los abrazos se confundieron con la alegría del encuentro.

—Vengan, Tomás, ¿si se comieron todo? —dijo la madre con alegría.

— ¡Si mami! ¿Qué me tlajo? —dijo él a media lengua y con el rostro radiante.

—Hay para los dos —dijo la madre, poniendo un chocolate en la mano de cada uno.

La pequeña recogió los juguetes, los de su hermano y los de ella, como si la apresuraran y destapó el chocolate. Miraba el papel multicolor que envolvía la tableta cuando el padre se despertó murmurando con toda tranquilidad palabras

discontinuas. Él se sentó en la orilla de la cama, se alisó la camisa arrugada y miró a la esposa que recogía los platos de la mesa.

— ¡Hola hija! —le dijo a la mujer.

—Como siempre ¿Por qué no ha calentado la comida? —le dijo ella.

—Estaba cansado. Fue un día muy duro —dijo él con sorna.

Después se levantó rezongando y caminó detrás de ella para la cocina. La niña, en ese momento, ya estaba achatando las narices contra la ventana de doña Lola. Colocaba las manos en el borde inferior para ver las imágenes mágicas de la televisión tratando de darle espacio a Tomás. Él se apretujaba junto a ella empujando los pies. Se sintió tranquila: los juegos y arrebatos compartidos como aquel, le hacían perder la memoria.”

Sandra terminó de leer y enmudeció de pronto. Sus ojos se clavaron en el vacío como si se hubiera quedado en aquel recuerdo que no le fue posible contar de otra manera. Segundos después cerró la libreta y la guardó en el morral. El silencio, el suyo, y el de sus recuerdos fue matando cada minuto en el entorno de soledad de la mesa pese al sonido estridente de la música en el bar. Se zarandó en la silla como sacudiéndose, así fuera por un momento, de ese pasado. Durante todo el tiempo de la lectura había dejado de tomar. Ella sabía distanciarse de la bebida, por ratos, para no embriagarse.

—Y qué, ¿No dices nada? —dijo de improviso.

—No... no salgo de mi asombro. No sé qué decir, pero no necesito que me lo expliques. Es espantoso, es inaceptable, es... —No sabía cómo nombrar acto tan atroz.

—También es difícil ocultarlo por tanto tiempo.

— ¡Sí! Ahora tengo claro muchas cosas, y te admiro.

— ¿Cómo puedes admirarme? No entiendo.

— Perdón, no es eso lo que quiero decir. Es tu fortaleza, tu empuje. ¿Quién podría imaginarse lo que has vivido? Y aun así, eres un ejemplo a seguir.

—Sí, tampoco es para caer en el abismo, o en las drogas. Hay que salir adelante, superarse...

—Y qué me dices de él. Como lo veo ahora...

— ¡Bah! —exclamó interrumpiéndome y esquivó mi mirada.



## 5

**El primer amor**

— El presente se ha encargado de atarme al pasado. —dijo Sandra después de haberse extasiado durante algunos segundos en uno de los cuadros de la pared del bar. Era un paisaje siniestro. Las lápidas blancas con epitafios en letras góticas y cruces desordenadas deslumbraban en medio de la oscuridad y la incipiente luz de la luna.

El joven barman recogió diez envases de la mesa y trajo una cerveza más. Le había extrañado ver a Sandra leyendo una libreta en esa semioscuridad, pero estaba acostumbrado a la esquizofrenia y a las insólitas conductas de los ebrios. Había llegado más gente que ocupaba algunas mesas y en la barra muchos se arremolinaban para conversar con el administrador, un hombre jovial, de cabellos cenicientos y largos que mantenía el orden desde allí. Sandra se enderezó en la silla, dejó esta vez la botella sin empezar y reanudó su relato:

“Sí. De tantas veces recuerdo también la de esa noche. Eso fue muchos años después de que mi papá se hiciera al lote, justo en un barrio de los alrededores del río Bogotá que después se inundó por su poco drenaje y estar debajo de su nivel. Bueno, pero para esa época todo andaba bien y el primer piso estaba casi terminado. Mi hermana tendría dos años porque yo tenía doce, por eso fue que a mamá le dio por traerme del pueblo para que le ayudara con los quehaceres. Y esa noche, la rumba había comenzado como a las nueve y los convidados no dejaban de bailar. ¡Vaya rumba! Imagínese, si eran caleños, y lo buenos que son para azotar baldosa bailando salsa. Ellos sí que sabían contagiarnos con su energía. Así eran, bulliciosos. La sangre de su raza negra les corría por las venas. Yo me regocijaba viéndolos y siguiendo el ritmo del son montuno, aunque solo con el movimiento de los hombros, un poco con disimulo. Aprendí nuevas piruetas de esa forma. Solo los miraba y guardaba los pasos en la mente para después practicarlos sola en mi casa, ante al espejo del armario de la ropa. Iba

de atrás para adelante, daba volteretas y llevaba las puntas de los pies hacia el frente. Yo sé que llegué a bailar como ellos. ¡Ja! Y no me iba a dejar dar en la cabeza. Pero en esos momentos, la verdad, estaba muy nerviosa. Y solo me limité al movimiento de los hombros”.

—Se recuerdan los momentos maravillosos de la juventud así como los más crueles que nos marcan la existencia ¿Sabes? —dijo como con un murmullo lastimero y calló por unos instantes.

—Así es —atiné a decir.— Solo aquello que despierta fuertes emociones se nos clava en la conciencia.

—Es difícil olvidar, es difícil.

—Desahogarse puede servir. De terapia, tú sabes...

Y ella prosiguió:

“Yo estaba sentada cerca de mamá. Me tomaba una gaseosa, sorbo a sorbo, me detenía unos segundos como cuando se piensa en un deseo y me tomaba otro. La verdad, esperaba que Javier me invitara a bailar. Parecía que me observaba y yo sentía que el aire se me acababa en los pulmones, bajaba la mirada y no me atrevía a levantarla de nuevo hasta comprobar que había dejado de mirarme. Sentía mariposas en el estómago. Al rato me hacía la loca y volteaba para verlo bailar con una de sus primas, llevaba el compás alternando los pies, luego el paso cruzado y daba vueltas como para llamar mi atención. Terminaba la canción y otra vez me miraba, y también miraba a mi papá. Suponía que quería bailar conmigo, pero quién no se asustaba con la presencia de mi papá que intimidaba a cualquiera. No era justo lo que me pasaba.

Después de bailar, mi papá se sentaba a fisgonear con las vecinas o con mamá mientras desocupaba botellas de cerveza que luego apiñaba debajo de la silla. Los ojos le resplandecían con descaro y las mejillas se le coloreaban como tomates.

Miré de nuevo a Javier, me gustaba su color negro como el de toda su familia. Sin embargo, era el más claro de todos ellos y el de cabello menos ensortijado. Tenía unos ojotes con unas pestañas bien pobladas y se veía muy bien con sus jeans entubados. Últimamente, se me había despertado el encanto por él y hasta en los cuadernos figuraba su nombre.

Recuerdo que había muchos negros en el barrio. Era natural escuchar a mis vecinos con su “oíste ve”, “qué hacés viejo”... cuando caminaban por las calles o mientras retozaban frente a la puerta de la casa. Sacaban las sillas a la calle y se ponían a dormir patiabiertos mientras escuchaban música a todo volumen, de la grabadora que dejaban sobre la acera. Podían hacerlo porque salían antes de aclarar el día a cargar bultos en la plaza de mercado. Con eso ganaban lo del diario. Llegaban temprano con racimos de plátanos o bultos de comida y los bolsillos llenos de fajos de dinero. Y les quedaba para festejar el fin de semana.

Mi papá cada rato repetía que por qué me metía con esos negros, y eso que a veces le regalaban sandías o manojos de bananos. ¡Ah! Pero esa noche estaba allí con nosotras. A menudo le escuchaba chistes racistas cuando tomaba con don Luis o con don Tulio. Ellos le llevaban la idea, y luego, les decía que sí era mucho lo de malas que para colmo los tenía al frente.

Sin embargo, no era sino ver a don Rafael tan corpulento como era, con su gran estómago entrando a la tienda que se le olvidaba el color y le daba la mano para saludarlo. Al rato estaba diciendo que se procreaban como ratones.

Don Rafael alimentaba una familia numerosa con ayuda de los dos hijos mayores que trabajaban con él. Doña Ceci y seis hijos, nacidos uno tras otro, morochos y de cabello enmarañado, mayores que yo. Sólo la menor era de mi edad, la única mujer, pero igual de vivaracha a toda la familia. Cuando llegaban las primas y los tíos a pasar largas temporadas en la capital se veían venir las farras que duraban hasta tres días.

La verdad, mi papá se burlaba hasta de cómo habían pintado la casa. Decía que era otra de sus camisetas porque la fachada tenía muchos colores. Y preciso, la casa de ellos, estaba frente a la nuestra que era del color del ladrillo como casi todas las demás casas del barrio. Allí, mamá recibía a su clientela en la tienda de abarrotes y cervecería que levantó cosiendo pijamas por satélite.

Recuerdo que sirvieron la lechona, mi papá recibió doble porción y de ñapa mamá le regaló su parte del cuero grasiento. Alguien pasaba de vez en cuando y recogía las botellas vacías que había bajo la silla y yo rogaba que fuera Javier porque aprovechaba para alimentar la vista, pues a veces se me escabullía como si lo hiciera a propósito. Y, por fin, se decidió a bailar conmigo cuando desocupé mi plato. No supe ni qué hice, pero en segundos estaba de pie. Le demostré que sí sabía bailar aun cuando me daba pavor hacerlo frente a todos. Se dio cuenta de mi nerviosismo y me sonrió, yo no sabía cómo salir de ese embrollo. Opté por dejarme llevar al ritmo de la música y al movimiento de sus manos que me atrapaban con suavidad. ¡Vaya que me sentía en el cielo danzando con los ángeles! Si mi papá pudiera leerme el pensamiento habría dicho que si acaso los ángeles eran negros.

Mamá me miraba de vez en cuando sin notar mis arrebatos internos, y escuchaba a doña Ceci. ¡Qué diferentes me parecían! Una, bien callada, sólo sonreía y afirmaba con la cabeza mientras se frotaba las manos sobre las piernas entrecruzadas. La otra, fuerte y grande, parloteaba a grito entero que por más que la música estuviera a todo volumen, todos la escuchábamos. ¡Ja! Y se reía de tal forma que toda ella se agitaba y se revolvía en la silla con las piernas despatarradas.

Bailé con alguien más y después Javier, de nuevo, me extendió la mano. Era un ritmo suave que me permitió acercarme más y oler su aroma. Sus rizos caían sobre los hombros. Sentí que mi mano derecha sudaba entre la suya, pero no me atreví a soltarla hasta cuando terminó la canción. Me sonrió y casi se me sale el corazón de la alegría como si con eso me hubiera dicho que me quería. ¡Vaya

---

que sentía mariposas en el estómago! Contuve un suspiro y me senté junto a mamá que llevaba la charla de doña Ceci con todo un sartal de interjecciones. Ese fue mi último baile de la noche y mi último encuentro con Javier.

Mi papá se complacía bailando con todas las mujeres. Les lanzaba piropos y se reía. De vez en cuando bailaba con mamá quien no se atrevía a contradecirle en nada. ¡Vaya que si se daba ínfulas de machote! A mí me parecía más un viejo verde. Después de bailar se sentaba y seguía bebiendo. Amontonaba las botellas vacías bajo la silla sin importarle un carajo lo que la gente pensara. Y mamá, por su lado, permanecía sola cuando doña Ceci empezaba a repartir más trago. Fue preciso en uno de esos momentos, para mi desdicha, cuando a mi papá le dio por decirle a mamá que ya era hora de que yo me fuera a dormir.

Lo que hubiera dado porque se hubiera dormido en una silla o siguiera bebiendo como lo hacía en otras ocasiones. Yo no tenía nada de sueño y por lo general me quedaba callada ante las decisiones de mi papá, pero no me aguanté y rezongué. Él, sin embargo, de lo ebrio que estaba ni se dio cuenta de eso.

—Más tarde la llevo, ni que fuera lejos —dijo mamá.

—No, yo la llevo ¡mija! Quédese usted y diviértase que ya vengo.

Y se me vino el mundo abajo. Él levantó la mano y les hizo señas a todos de que pronto regresaría y salió. Miré a mamá con rabia por no haber intercedido por mí. Tuve que seguirlo. Cruzamos la calle y mientras él abría la puerta le di un último vistazo a las siluetas que se reflejaban tras las cortinas de la ventana. Escuché la algarabía y en mi pecho empezó a crecer el rencor.

Entró a tientas en la casa oscura, abrió la puerta de mi alcoba y me mandó a dormir. Mientras vestía la pijama escuché la llave en el cerrojo de la otra alcoba, el chirrido de la puerta al abrirse y al cerrarse, y luego el silencio. Después se oyó otra vez el chirrido y la luz del baño se coló por la ventana. Me terminé de vestir, dejé el jean y la blusa que había llevado a la fiesta sobre la vieja máquina de

coser de mamá. En ese momento, se desvaneció la luz. Me acosté y me disponía a dormir como fuera cuando percibí un golpeteo suave en la puerta.

— ¡Venga! Abra la puerta que la necesito —susurró.

Quedé paralizada. Si no le abría la puerta, la empujaría de todos modos. Si le decía que no, me saldría con lo de siempre. Por lo menos cuando era niña sólo me quedaba quieta y jugaba a la mamá, ahora me daba cuenta que nada estaba bien. Cuánto hubiera dado por salir corriendo y dejarlo con los crespos hechos, pero no tenía fuerzas ni para gritar. La verdad, me daba miedo.

— ¡Abra que no me voy a demorar! —Pronunció más fuerte al otro lado de la puerta.

—Pero mamá lo está esperando y yo tengo sueño. No quiero... —atiné a responderle mientras le abría.

Todo fue en vano, me cogió del brazo para llevarme hacia la cama, me dijo que me acostara y le hice caso. Refunfuñé en silencio. La turbación me asaltaba, no sé si por permitir que lo hiciera o por ocultarle a mamá esos encuentros. Me daba rabia conmigo misma por no ser capaz de soltar la lengua y contar todo de una buena vez, pero no era tan fácil. Pensaba que tal vez lo sabría y se quedaba callada como siempre para no contrariarlo. Hoy puedo asegurar que nuestra naturaleza frágil, la de ella y la mía, la ingenuidad y la cobardía, mantuvieron el secreto.

—Yo no quiero hacer esto. —Le dije.

—Ya le he dicho que esto lo hacen todos los papás con sus hijas. Las mamás no tienen por qué saberlo. Además se ponen celosas.

—Si es normal ¿por qué se hace a escondidas?

— ¿Ha escuchado alguna vez que las esposas cuenten a sus vecinas lo que hacen con sus maridos? Eso es inmoral, no faltaba más que me venga con esas.

¿Por qué no le pregunta a Berenice? Ella también lo hace con su papá. Aunque lo negará por lo mismo que le estoy diciendo.

Y, por un instante, recordé a Berenice, pero no sé si era mayor la rabia con mi papá por tener que dejarme o por alejarme de lo que más quería. No lo podía soportar y cuánto hubiera dado porque no fuera así. Intentaba resistirme pero al final me desvanecí en emociones contradictorias.

Me desgoncé en la cama y mi papá me deshizo de la pijama. Lo alcanzaba a ver tras la oscuridad. Se quitó la ropa y en medio de la respiración irregular, jadeos y movimientos bruscos, dijo que le gustaba. Y mientras hacía con mi cuerpo lo que se le daba la gana, yo me preguntaba por qué ninguna mujer hablaba de eso, ni Berenice. ¿Por qué nadie hablaba de eso? Empezaba a sentirme incómoda con lo que hacía. ¿Era yo la rival de mamá? ¿Era yo con quien ella lo celaba en las noches cuando llegaba en unas borracheras que ni se podía sostener? Y le renegaba por no haber tomado en la misma casa.

Me preguntaba por qué mamá nunca se había dado cuenta de lo que hacía conmigo, pensaba que tal vez lo sabría y lo ocultaba porque eran secretos de mujeres y la intimidad no se tenía por qué ventilar. Y eso que alguna vez me dijo que me cuidara de los hombres, pero a esa edad que iba yo a entender de qué me hablaba y mucho menos de si mi papá se contaba entre ellos. ¡Ja! Pero dice el dicho que uno no debe escupir para arriba porque le puede caer en la cara. Ya sabrán por qué.

Así que sentí que mi inocencia ya no lo era tanto cuando volví a sentirme mojada entre las piernas. Y otra vez, me mandó a limpiar, se vistió y salió del cuarto dejándome desnuda. Si me hubiera atrevido a gritar yo hubiera salido perdiendo. Hoy, eso ya no tiene sentido. Las culpas que nos generan los adultos cuando somos niños nos hacen más vulnerables.

Recuerdo que la puerta de la calle se abrió de pronto. Y no era mi papá que salía sino era mamá que entraba.

— ¡Oiga mijo! ¿Qué hace que no se ha ido? ¿Y aquí?

¡Aquí! —pensaba yo— ¿Dónde? En su habitación, saliendo de la mía. ¿Por fin había empezado a sospechar y quería comprobarlo? Era difícil explicarme lo que significaba para mamá cualquier desconcierto. Sus preguntas inacabadas, sus palabras tímidas, su actitud sumisa fue siendo también la mía.

—Ya iba para allá. ¡Deje su interrogatorio!

—Y ¿Qué hacía? —atinó a agregar.

— ¡humm! Vámonos más bien.

Mamá no dijo nada más y salió tras él. Se volvió a escuchar el trancazo de la puerta. En medio de la oscuridad de la alcoba llegaron a mis oídos, entonces, los sonidos suaves de la música, a lo lejos.

Hoy me pesa no haber actuado diferente. Pude haberle preguntado a Berenice y aprovechar nuestros espacios, lejos de la mirada de los adultos para disipar mis dudas, pero la verdad, no se imagina el miedo que le tenía a mi papá, y donde le hubiera salido con alguna triquiñuela de seguro hubiera salido trasquilada. Y era tan hábil que nadie se daba cuenta.

Sin embargo no dejo de pensar en eso, no había llegado a la pubertad y ya me sentía como si estuviera fuera de contexto. Era la sensación de ser una mujer en un cuerpo de niña que por un lado se prestaba a cosas de mayores, de por sí irritables, y por otro lado, empezaba a sentir los síntomas del enamoramiento, fruto de mi propia voluntad. Todo eso me llevó a aborrecer a mi papá.”

Sandra tenía el ceño fruncido y los labios contraídos. Se podía percibir como apretaba los dientes con determinación como si quisiera morder toda la rabia. Y no era para menos. Este tal por cual no merecía más que la cadena perpetua, o la tortura antes que la muerte. Con razón su actitud. La entiendo. Y tener que guardarse todo ese rencor. ¿Cuántas como ella esconderán esos secretos? Y... sin nadie que las salve. ¡Qué ciegos somos!

## 6

**Berenice**

— Descansa. Si quieres te acompaño a tu casa—le dije con resolución.

—Ni de fundas. Esta es mi noche. Pide otras que esto se acabó.

— ¿Estás segura?

—Si tú no quieres me lo vas diciendo. Pero yo de aquí no me muevo.

No tuve más remedio que pedir otras cervezas mientras Sandra continuaba con su monólogo. No era mi intención dejarla sola, pero me preocupaba su estado. Y pensar que no quería sino mi compañía.

“Berenice era la hija menor del amigo de mi papá. Era una joven alta y desgarrada, dos años mayor que yo. Recuerdo que a pesar de tener labio leporino, o tal vez por eso, no se detenía ante nada y cuando quería llevarle la contraria a su papá no había quien le ganara. Le decía que iba conmigo a cualquier cosa, y así él se negaba ella se salía con la suya y cuando de muchachos se trataba le gritaba que si la quería para vestir santos. Se le escabullía mientras que yo tenía que hacer todo el oficio del mundo para poder salir de la casa.

En esas ocasiones salíamos a recorrer las calles y a jugar al soldado libertador con los vecinos de la cuadra. Javier y sus hermanos eran los primeros en armar el convite y los equipos con otros chicos de la cuadra. Los policías empezaban a corretearnos para llevarnos a la cárcel y nosotras, del equipo de los ladrones, arrancábamos a correr para no dejarnos. Los embestíamos tras los postes de la calle y luego le dábamos la vuelta a la cuadra, o nos escondíamos en la esquina tras el montón de tierra. ¡Ja! El montón de tierra que dejaron después de arreglar lo del alcantarillado y que duró años sin que nadie le metiera la mano. A veces nos resbalábamos o nos tropezábamos con las piedras en las calles desniveladas cuando tratábamos de liberar a los que estaban en la cárcel, pero nos

levantábamos y no nos importaba el dolor en las rodillas. Los de nuestro equipo se cogían de las manos y se estiraban a más no poder hasta que nosotras los alcanzábamos para liberarlos. Aprovechábamos que éramos mujeres y nos dejaban cierta distancia, aunque a veces eso no nos sirviera para ganar.

Berenice se había convertido en mi amiga desde una vez que su papá, borrachín como el mío, la llevó a nuestra casa porque se aburría en la suya. Desde entonces, los sábados siempre llegaba con él. Jugábamos mientras ellos tomaban cerveza y escuchaban carrangas y joropos desde las primeras horas de la tarde. Cada que el balón se nos metía en la tienda, decíamos que olía a ¡fuchi!, a trago revuelto con humo de cigarro y a orines de borracho. Para colmo el orinal estaba a un costado de la tienda cerca de la puerta que daba a la calle y el cenicero en la mesa siempre estaba lleno de colillas.

A veces recorríamos las calles empedradas chupando helados de cincuenta pesos que comprábamos en la esquina de doña Hortensia. Mirábamos los nuevos almacenes que empezaban a funcionar en la entrada principal del barrio y nos deteníamos en las vitrinas comentando qué le gustaría comprar a cada una. Cuando teníamos que ir a recoger agua a las piletas comunales dejábamos los baldes, uno tras otro, en la fila como hacía todo el mundo. Los íbamos corriendo hasta que nos tocaba el turno y mientras tanto jugábamos a la golosa. Berenice hacía los cuadrados en el piso con una piedra o con la tiza que se traía de la escuela y así nos distraíamos mientras mamá llegaba a recoger los baldes con agua. Ella decía que esos de la alcaldía siempre se demoraban con lo de los pobres porque era el colmo que ni siquiera hubiera acueducto.

Todos los tubos de cemento permanecían rodeados de hierba cerca a la capillita de Santa Luisa de Marillac. Qué capilla ni qué nada, era una casa prefabricada donde el párroco celebraba la misa del domingo y la mayoría de la gente tenía que escuchar desde la calle de lo pequeña que era. Cuando salíamos de la iglesia nos metíamos a gritar por entre los tubos para oír los ecos que producían nuestras voces. También jugábamos a las escondidas mientras mamá

---

conversaba y comía empanadas con avena en compañía de doña Hortensia. Un día se le acabó su tertulia con la vecina porque me tropecé con los benditos tubos y me rajé una rodilla. Doña Hortensia, muy acomodada, acompañó a mamá hasta la casa y me taponó la herida con café dizque para que me dejara de fluir la sangre.

En medio de todo, esa época era divertida. Cuando era época de lluvia aumentaba el agua estancada de los humedales que rodeaban los potreros y nos íbamos con bolsas transparentes a coger renacuajos. Luego, los dejábamos en los platones destartalados de metal que mamá ya no usaba para remojar la ropa. Y desde ahí no les quitábamos los ojos de encima para ver cómo se les iba encogiendo su larga cola a medida que les salían las patas.

El día que le compraron la bicicleta a Berenice, ella llegó más temprano a la casa y me invitó a las afueras del barrio donde había llanos y pastales. Me enseñó a montarla entre costalazo y costalazo. Sabría que no tendría una, pero me contentaba con montar en la de ella. Así pasábamos las tardes de los sábados que era cuando mis papás me dejaban salir a la calle.

Esperaba el fin de semana con impaciencia y mientras tanto iba a estudiar todas las mañanas. Llegaba al medio día, almorzaba y lavaba la loza. Después tenía que barrer los tapetes de los cuartos y limpiar el polvero que se levantaba cuando les pasaba la escoba. Esos tapetes se los habían regalado a mamá como muchas otras cosas, y ella ni corta ni perezosa aprovechaba lo que le dieran, así fuera de segunda, para ir amueblando la casa. Luego, me sentaba en la mesa para seguir con mis tareas hasta bien entrada la noche.

Cuando mamá tenía bastante costura, lo que pasaba a menudo, ella me gritaba desde la tienda:

—Sandra, tienda la ropa que dejé en el platón sobre el lavadero.

—Sí, mamá.

—Y bájeme la ropa seca de la azotea—decía mientras sonaba el traqueteo de la máquina.

—Silencio.

—Y espero que no me haya dejado ningún reguero de loza.

—No, ya la lavé.

Y más tarde...

—Le tocó que me haga una sopa de arroz porque esto va para largo.

—Está bien—le respondía fuerte para que me oyera.

Trataba de terminar rápido lo que me faltara porque si llegaba mi papá y no había comida quién se lo aguantaba. Mientras hacía los quehaceres ponía la grabadora para escuchar música a todo el volumen que daba el aparato. Mamá no decía nada, pero cuando mi papá estaba ni de riesgo podía hacer esas gracias porque me salía con que dónde había aprendido esas mañas de escuchar esa música de locos.

Y llegaba el fin de semana y con ella el respiro en medio de la rutina. Terminaba rápido el oficio por si las moscas. Mi papá llegaba a almorzar y luego se recostaba un rato a ver televisión hasta cuando aparecía don Eliécer con su guitarra. Se iban para la tienda y empezaban a afinar las cuerdas. Un toque y le apretaba el transportador, otro toque y lo aflojaba y así duraban varios minutos hasta que por fin empezaban a tocar una canción completa. Luego llegaba don Pedro con la guitarra colgada a la espalda en compañía de su hija Berenice. Se me alegraba el día porque si bien no me dejaban salir por lo menos podría jugar con ella al frente de la casa. Ya sabía que no era sino que se escucharan las primeras carrangas y mamá les destaparía las botellas de cerveza. Ya entrados en gastos empezarían con sus chistes, y con los tragos en la cabeza se olvidaban de todo.

---

Por eso en las tardes en que les daba por tocar sus guitarras me escapaba con Berenice. Yo me embolsillaba las tapas de cerveza y gaseosa que recogía de la cesta de la basura, cogíamos hacia los potreros y nos juntábamos con otros chicos para jugar a los ponchados. Ante la necesidad de palos los sacábamos de los guacales que botaban cerca de la plaza de mercado en el límite con el potrero. El grupo que tumbara la hilera de tapas salía a correr mientras el otro cogía los palos y la pelota para ponchar a los contrincantes. Sudábamos de tanto correr para no dejarnos ponchar mientras alguno formaba la hilera de tapas, una sobre otra, y de esta manera salir vencedores. Repetíamos el juego hasta que nos cansábamos y después nos íbamos a comprar helados.

En el mes de las cometas nos íbamos a mirar el cielo repleto de pájaros multicolores. Casi todos los niños llevaban las cometas que hacían en la escuela y las elevaban con sus padres. En esos días era cuando compartía con mi hermano porque él llevaba la suya y yo le ayudaba a sostener la pita. Él también tenía sus oficios, pero en cuestión de amigos, cada uno andaba con los suyos. Además él no tenía que hacer tanta antesala como yo para poder salir. Mi papá decía que los hombres se tenían que educar diferente a las mujeres. Las mujeres eran de la casa y no tenían que estar por ahí mal parqueadas.

Tal vez por eso, mi hermano era más tranquilo y cuando mi papá estaba en sus tomatas, él hacía de las suyas y le pedía más de la cuenta. Mi papá como estaba entonado le soltaba la plata y olvidaba que ya le había dado. La astucia de mi hermano nos sirvió en algunas oportunidades para ir a circo o al parque de juegos mecánicos. Eran esos parques ambulantes todos desvencijados que aparcaban entre el barro o la maleza del potrero. Lo que era nosotros aprovechábamos para subirnos al martillo y aunque rechinaran los hierros oxidados éramos felices y gritábamos al sentir la adrenalina cuando uno de sus extremos giraba hacia el cielo. Por lo demás, mi hermano se la pasaba en sus cosas y yo en las mías. De todas formas él ni se daba cuenta de lo que pasara conmigo, o se hacía el de la vista gorda, y yo nada que ver con él sobre mis intimidades.

Así que sólo en esas ocasiones estaba con mi hermano. Lo que sí me gustaba era cuando le daba por ser creativo. Desde pequeño se la pasaba jugando solo desbaratando radios viejos o inventándose aparatos para jugar. Un día le puso cuerdas a los tarros de leche Klim, de la que le daban a mi hermana pequeña. Después le dio por buscar otros tarros más grandes y empezó a caminar con ellos como si fueran zancos y me retó a hacer lo mismo. Repetía que el que no lo hiciera sería una gallina. No le hice caso, y al fin fue que él se cayó dando tumbos por estarse burlando de mi cobardía.

Berenice no le paraba muchas bolas a mi hermano y decía que era muy chiquito para andar con nosotras, aunque ella no le llevara sino tres años. Y se reía de él y de mi papá cuando tenían que arreglar la antena del televisor. Mi hermano Quique, arriba en la azotea, la corría para un lado y para otro hasta que mi papá le gritaba que no la moviera más. Él se bajaba y otra vez se iba la señal por lo que mi papá otra vez le gritaba que se quedara quieto. ¡Ja! Eso era de nunca acabar. En la época de *La abuela* Berenice iba con frecuencia a hacernos compañía hasta que se terminaba la telenovela. Mi hermano y yo nos quedábamos juiciosos para que nos dejaran ver televisión y no nos mandaran a dormir. Berenice le decía a mis papás que Quique no debía estar despierto a esas horas, pero solo era por quitárselo de encima o sacarle la piedra. Así era Berenice.

Mientras con La Mona recuerdo al pueblo y la casa de la abuela, con Berenice recuerdo los potreros empolvados alrededor del barrio y con lo allí vivido, los inicios de mi pubertad. Lo cierto era que me divertía cuando estaba con Berenice y olvidaba todo aquello que me incomodaba en mi intimidad. Tal vez por eso pasaron los años y nunca me atreví a preguntarle por aquello que los papás siempre hacían con sus hijas y que se debía guardar como un secreto.”

Sandra por fin cogió la botella y tomó sorbo tras sorbo como si estuviera sedienta. En ese momento, un borracho trastabilló cerca de su mesa, advirtió su presencia y continuó su marcha imprecisa hacia la calle. Tal vez los que la veían les

extrañaba su actitud porque sólo movía las manos y no paraba de hablar mientras yo era como un sacerdote en el confesionario, casi invisible. Sólo quedaba un grupo de hombres y dos o tres parejas de amantes que le hacían el quite a la vida.

— ¿En qué íbamos?

—Bueno... hablabas de Berenice.

—Ah, sí. ¡Qué días, aquellos! —dijo.



## La demanda

Pasaba la noche mientras que los pensamientos en la cabeza de Sandra emergían ligeros con voces disímiles. El desequilibrio se iba apoderando de ella. Cada retazo de su vida, aún más desalmado era un copo de nieve que crecía desigual. A veces era ella, a veces otra, irreconocible, con una voz extraña que salía de su garganta.

Sacó un espejo de su mochila arhuaca que colgaba del espaldar de la silla y se miró en él. Tuvo que darse cuenta de su tez pálida porque se aplicó un poco de polvos compactos y se organizó el cabello con los dedos. Dejó, de nuevo, la mochila en el espaldar y observó las botellas ya casi vacías sobre la mesa.

Recordó la visita a la inspección de policía cuando tenía como trece o catorce años y, aunque por alguna razón su mente había borrado muchos momentos, otros perduraron para punzar la herida y destruirle su cordura. No entendía por qué unos eran tan vívidos como si hubieran sucedido ayer, y otros tan nublados que tal vez se los imaginaba para enlazar los sucesos.

Estaba sentada con su madre en una de las banquetas de la inspección de policía. El recorrido desde la casa hasta Ciudad Kennedy había sido corto, pero la espera se volvía cada vez más agobiante. Recordó que balanceaba los pies porque estos no alcanzaban a tocar el piso. También era manía suya, solo que en aquel momento era un movimiento desesperado, y no eran ganas de orinar como su mamá siempre le decía. Ella no le dijo nada. Igual que Sandra, miraba las personas que pasaban por el corredor. Las pocas sillas que estaban a ambos costados permanecían ocupadas.

Una señora de piel trigueña y cabellos recogidos en una cola de caballo, sentada frente a ellas, sollozaba. Le resaltaba el rojizo en las mejillas y en la nariz. A cada rato se le humedecían los ojos saltones y agachaba la cabeza en actitud de

vergüenza. Le faltaba un diente cuyo espacio se le veía cada que levantaba el labio de ese lado de la boca. Otra señora de más edad la acompañaba e intentaba mantener la conversación con ella. Luego, las dos se quedaron con la mirada fija en el vacío. Sandra y su mamá esperaban como ellas, con el corazón en la mano y el desaliento en sus rostros.

Sandra se sentía nerviosa y reflejaba su ansiedad con los movimientos de los pies. Su madre miraba la gente con disimulo y se ponía la mano en la cara. Intentaba taparse el ojo morado y el rostro inflamado del lado derecho. Entre tanto, las personas no dejaban de entrar y salir de una de las oficinas, luego se agolpaban en la ventanilla de información y se quejaban por la demora. No recordó si le habían dicho qué tenía que hacer. Ella y su mamá solo esperaban a que pasara algo, por lo menos que se apiadaran de ellas.

Por fin, Sandra escuchó que la hacían seguir. Tomaron por uno de los pasillos de la comandancia detrás de un oficial regordete. Llegaron a una oficina estrecha donde las esperaba otro oficial, un hombre delgado cuyas facciones marcaban la dureza. Él no pronunció ni una palabra y se quedaron de pie. El hombre obeso les señaló las sillas para que sentaran antes de cerrar la puerta tras él.

El oficial llenó unos formatos que tenía sobre el escritorio y después de unos minutos levantó la mirada.

— ¿Cuál es su nombre? —dijo el oficial mientras se disponía a llenar un nuevo formato.

—Luisa de Herrera.

—Cuéntenos, señora Herrera, ¿quién la golpeó así?

—Mi esposo... me pegó hasta que no le quedó aliento. Intenté defenderme, pero me gana en fuerza.

— ¿Qué pasó, señora? —preguntó el oficial.

---

—...es que..., si usted supiera, se pasó de... con la hija. La estaba manoseando cuando lo vi. Y le reclamé por eso —dijo ella acongojada.

— ¿Cómo así? ¡Explique! —exclamó el oficial.

—Estaba durmiendo en mi cuarto cuando escuché que mi hija gemía en el de ella. Me levanté tanteando en la oscuridad el cuerpo de mi esposo para que mirara que pasaba, pero no estaba. Entonces, me fui para al otro cuarto evitando hacer ruido. Mi hija sollozaba y callaba por ratos. Abrí la puerta y cuando prendí la luz, imagínense lo que vi. El papá estaba de pie junto a la cama. Sandra se empezó a quejar, que su papá le estaba acariciando los senos, que le había metido los dedos en la vagina y que ella no quería que la siguiera tocando. Él ni se impresionó y dijo que eran mentiras. Según él, dizque ella había gritado y venía a revisar qué le estaba pasando, que eso sacaba él con preocuparse si no le iban a creer. Que tal vez ella se lo había soñado y no sé qué más.

Todo me pareció tan extraño que le interrogué por no haberme avisado. Él decía que los asuntos de los hijos eran mi problema, no el suyo. Y ahora miren lo que pasaba. Y Sandra decía que sí, que era verdad. Por eso me enfrenté al papá, pero se armó la de virgen y señor mío y miren cómo me dejó. Los gritos despertaron a los vecinos y en menos de nada todos estaban en mi casa. Alguien llamó a la policía y ellos se lo llevaron para la comandancia. Me dijeron que viniera aquí a formalizar la demanda. Y aquí estoy.

—Y ¿qué pasó con su hija? —preguntó el oficial, con el rostro contraído.

—Después de todo ese barullo de gritos, de los vecinos que llamaban a la puerta, de la policía, del interrogatorio, de la ira de mi esposo que quería lanzarle el palo de escoba a todos por metidos, de que se lo llevaran detenido a la estación, le pregunté a Sandra realmente que había pasado y ustedes ni se imaginan lo que la muchachita me dijo. Ella se los dirá —dijo mirando a la niña.

—Así es, pero lamento informarle —dijo el oficial— que estos asuntos no corresponden a esta inspección. Su esposo ya está detenido y no lo dejarán libre por ahora. Usted debe dirigirse a la sede de Bienestar Familiar que hay en su barrio. Yo le doy la remisión a Medicina legal para su caso. Usted me entiende... por los golpes de su esposo, pero el caso de su hija no es nuestra competencia. Diríjase a dónde le digo. ¿Conoce la sede de su zona?

—Sí —dijo doña Luisa con un dejo de desesperanza.

— ¿Nombre de su esposo?

—Vicente Herrera.

—Herrera que...

—Díaz.

—Número de cédula.

—Es éste —le mostró un papel con unos números disparejos al oficial.

—Pase con el secretario, el que está en la siguiente oficina. Él le tomará la indagatoria para entablar la denuncia. Por agresiones personales, obviamente.

— ¿Cómo así? ¿Otra vez debo...? —dijo confundida.

—Es necesario. Y cuente todos los detalles. Sus datos y los de su esposo. Luego firmará los documentos que el secretario le entregue. Después se remitirá a Bienestar familiar.

—Y ¿lo de mi hija? —dijo con desánimo.

—Directamente con el Bienestar. ¡Ah! Ya le haré llegar la orden para Medicina Legal.

—Y después... si sale libre... si se desquita conmigo por esto. Usted no lo conoce...

—Tranquila, por lo menos estará tres días en la inspección —dijo el oficial.

—Por eso. Solo tres días y miren cómo me dejó. Vuelve y juega. Hace como ocho años casi me mata, fui a la inspección de policía donde vivíamos. Tenía moretones por todos lados. Lo denuncié y con todo lo que me preguntaron. ¿No le digo que casi me mata y sólo lo dejaron tres días en la inspección? Y dizque iba a tener protección... ¡Cuál protección!—dijo la mujer levantando la voz.

—Debe tener paciencia —dijo el oficial y se enderezó estirando el cuello.

Sandra se levantó de la silla y se fue detrás de su madre para donde le había indicado el oficial. Además de tener el ojo morado y el lado derecho de la cara inflamado, sus mejillas se encendieron con un matiz rojizo por la ira contenida.

Pasaron sigilosas por entre un grupo de personas que discutía frente a la entrada de la oficina. Esperaron de pie hasta que el secretario se desocupó. Sandra se quedó embelesada mirando la cantidad de carpetas y fardos de papel recogido con bandas de caucho sobre el escritorio. Mientras tanto, su mamá se sentaba y saludaba al hombre quien colocaba un nuevo formato en la máquina de escribir.

Sandra se despreocupó por el proceso. En medio del calor y el bullicio de la gente que pasaba frente a la entrada abierta, iban y venían las preguntas del hombre que tecleaba y tecleaba sin levantar la vista. Nombre..., documento de identificación..., dirección..., barrio..., localidad..., estado civil... ¿Trabaja? Su esposo..., nombre..., documento de identificación... ¿Dónde labora? Dirección de la empresa. Hora del suceso. ¿Dónde se encontraba? ¿Qué pasó después?...

Solo se escuchaba el traqueteo de la máquina de escribir, el golpeteo de los dedos contra las teclas metálicas, el chasquido del carro de un lado a otro después de liberarlo con la palanca y el movimiento del papel en cada trancazo. Los movimientos de los dedos del secretario eran ágiles sobre la máquina. La mujer hablaba bajo y miraba de tanto en tanto hacia afuera como evitando que la fueran a escuchar.

Después de media hora, el hombre liberó las últimas hojas del rodillo de la máquina, quitó el papel carbón que estaba entre las dos hojas y se las pasó a la mujer con un bolígrafo. Ella las firmó y le echó un vistazo a su hija. La joven se había sentado en el piso entapetado de la oficina y miraba a la gente que se agolpaba en la entrada. El oficial que había hablado con la mujer en la oficina anterior se presentó con un sobre en la mano. Le dijo a Luisa que se dirigiera con ese sobre a Medicina Legal y luego al Bienestar Familiar. Después salió sin despedirse y vociferó que despejara la entrada a las personas que obstaculizaban el paso.

Llegaron a la casa y su mamá le decía que todo iba a cambiar: “Nada podrá impedir que su hermano y usted sigan sus estudios”. Saldrían adelante con el negocio de víveres. Ella decía que no se iría a dejar amedrentar por él, por sus amenazas, y luego, por sus perdones. Ya era hora de sentar cabeza y acabar con la deshonra a que la tenía sometida.

De golpe, Sandra se enderezó de la silla, sacudió la cabeza como si deseara librarse de los malos recuerdos, respiró profundo, cogió la cerveza y la levantó hacia la boca hasta vaciar la botella. En la cabeza se le agolparon los pensamientos convertidos en agujones. Con todo lo que había pasado, su voz se había hecho eco en la casa, en la familia y en la delegación de policía. No creía que su mamá creyera en su inocencia. La hacía sentir como si ella fuera cómplice de las morbosidades de su padre. En alguno de los interrogatorios de la familia, alguien le preguntó que si había llegado a sentir algo en esos encuentros y solo le bastó un melindre para que la dejaran en paz. Supuso que su madre les había dicho que lo averiguaran por su propia cuenta porque ella no movería ni un dedo para descubrirlo.

A los pocos días su papá estaba, de nuevo, en la casa. Y a su madre, los moretones de la cara se le fueron desapareciendo, así como su voluntad para negarle la entrada y expulsarlo de su vida. Ella decía que no había ley que lo condenara porque ni siquiera el examen había arrojado alguna prueba. Renegaba

de tanto trámite y de que la justicia no la hubiera escuchado. Sin embargo, Sandra no recordó su revisión médica en Medicina Legal, ni su visita al Bienestar Familiar para continuar con el proceso, ni mucho menos los interrogatorios por los que tuvo que pasar, según su mamá comentaba en las reuniones con las tías. También podría ser que lo hubiera olvidado.

El hecho fue que Sandra no podría olvidar jamás el escozor que le producían las manos repulsivas de su padre cuando pasaron por su cuerpo. Así como lo que decía su tío Heriberto: “En este país de mierda no es posible que la voz de un niño tenga valor. Ni siquiera aparecen sus derechos en la Constitución Política. La justicia es solo para los que cagan fajos de billetes, eso sí es justicia.” Y que nada pasara.

Su tío Heriberto era el único que sabía algo de leyes. Le faltaba poco para pensionarse de la policía. Se acordó que aparecía con el uniforme lleno de insignias. Una vez le había dicho que cada una indicaba un ascenso en su carrera. Su mamá nunca lo llamaba para que la sacara de los problemas en que su esposo la metía. Ella prefería disimular los sufrimientos y le decía que no dijera nada. Su tío siempre le sermoneaba: “Luisa, ustedes las mujeres por qué son tan tontas y se aguantan que los hombres las humillen. No crea que porque no me lo ha contado no lo sé.” Aquella vez, su decisión de llamarlo fue una fortuna y sus consejos ayudaron para que fuera a la inspección de policía.

La conmoción por todo lo sucedido había logrado que la familia estuviera más pendiente de su mamá. La visitaban con más frecuencia. Sin embargo, Sandra sentía que a ella no la determinaban. Los primeros días no la dejaban en paz, la atormentaban con preguntas y suposiciones, después la abandonaron a su suerte. Los tíos y las tías se fueron acostumbrando a la presencia del padre en la casa. Si su mamá no decía nada, qué podían hacer los demás ante sus decisiones. Sandra era la única que se sentía incómoda. No soportaba verle la cara, servirle la comida y tener que llevársela a la mesa. No entendía por qué después de todo ese escándalo que criticaban unos y otros, su papá se la pasaba

a sus anchas tomando con los vecinos haciéndose el que no era con él. Y los vecinos se comportaban como si todo estuviera olvidado.

Por aquellos días su papá se regocijaba diciendo que por culpa de Sandra se había quedado sin trabajo y que lo tendrían que aguantar en la casa hasta que encontrara otro. El certificado judicial se le había vencido y necesitaba refrendarlo, pero renegaba porque tener que ir al DAS le implicaba dar explicaciones de lo que consideraba era un atropello contra su honra. Su mamá le aguantaba los reproches y seguía en los asuntos domésticos. Zanjaba los gastos con lo que procuraba la tienda y las costuras, sin reclamos. Desde temprano ponía la olleta para el tinto, subía el portón metálico del negocio, hacía el aseo y se sentaba frente a la máquina de coser. De ahí en adelante, el motor no dejaba de retumbar en medio del silencio de la madrugada a menos que llegara algún cliente.

Después de la marea, la rutina volvió a la casa. Su papá encontró un nuevo empleo y llegaba en las noches con cualquier vianda que su mamá recibía con una sonrisa. Sin embargo, los detalles y la amabilidad no le duraron mucho. De nuevo, empezaron los disgustos por cualquier tontería. Los parientes dejaron de frecuentar la casa y Sandra reconoció que las cosas no iban a cambiar. Las decisiones de su mamá eran tan volubles como su voluntad y no podría vivir sin su papá.

## 8

**Detrás de la puerta**

Sandra se desplomó en la silla y zigzagueó un poco. Susurró algo imperceptible, luego, enmudeció. Ya no estaba en sus cabales aunque aparentara estar bien.

—Es hora de irnos —le dije.

— ¡Ja! Esto hasta ahora empieza. No te ofusques. Si quieres ¡Vete!

—No es por mí, es por ti. Estás cansada y no es para menos.

— ¿Cansada? ¡No! Esto me da ánimo. ¡Ja! —dijo y tomó otro trago de cerveza.

—Cuando quieras irte yo te acompaño. ¿Oíste?

No me respondió y continuó:

“Siempre callé. Nunca tuve la intención de preguntarle a mamá por lo que ella sentía. Además en aquella época yo no me preocupaba por esas cosas. Si un día había peleas, al otro ya estaba olvidado y no había más qué decir. Quien fuera el culpable de lo que pasaba se mantenía en silencio para no echar más leña al fuego. Era una tensión espantosa como en la guerra fría. Mamá era callada, pero con la mirada me expresaba todo como si los ojos hablaran. Sólo una vez la escuché insultar a alguien que no fuera mi hermano o yo, la vez que un vecino le tiró una piedra a Quique y le descalabró la cabeza. Ella no era de palabrotas y cuidadito si nosotros las pronunciábamos. Cierta vez, me lanzó a la cara qué golpazo con el cucharón de la sopa humeante cómo estaba, sólo porque le dije “mentirosa”. Ya ni me acuerdo por qué lo dije, pero eso fue suficiente para no volver a intentarlo.

La única que la hacía hablar era la abuela. Así pasó una vez cuando fuimos al pueblo para la navidad. Eso fue después de todo el boroló que hubo en la ciudad

por lo que sucedió conmigo. La escuché por el respaldo de la puerta. Me acerqué y me apretujé detrás de ella porque me pareció extraño cómo le fue bajando al tono de la conversación. Y la verdad, empecé a parar oreja por cualquier cosa. Por alguna razón, me interesaba saber lo que le decía la abuela.

Mamá había sido criada por campesinos y, como ellos, no se arrugaba ante la pereza y ante los compromisos. Nació para el trabajo y aguantaba largas horas en la máquina de coser, pero en cuanto a sentimientos se refiere ella era una tumba. Como siempre, actuaba ante los impases de la vida sin conmoverse. Cualquiera hubiera dicho que era una indolente hasta con sus propias desdichas, pero como dicen por ahí, la procesión va por dentro. Yo creo que heredé eso de mamá. Así era también el abuelo, y estricto como él solo. Le dio la primaria, la apoyó con un curso de modistería y la preparó para que se defendiera en la capital, aunque no de los hombres.

Y a propósito de lo que escuché aquella mañana. Sí, era de madrugada. Mamá se levantaba a las cinco para ayudarle a la abuela a preparar el desayuno. No sospechaban que con mi falta de sueño a esa hora me hubiera dado por levantarme. Estarían sentadas las dos en las butacas cerca al fogón, atizando la leña y tomándose su cafecito caliente. Mamá le decía a la abuela:

“Sí, y no es mentira, ella tuvo que haber permitido que el papá le haya hecho lo que le hizo. Luego, ¿no estaba yo ahí para defenderla? ¿No le parece extraño? Es cierto que siempre me ha golpeado y me ha dejado como ha querido, llena de moretones por todos lados, como cuando me quemó el cabello que porque yo estaba hablando con el mozo y por eso era que llegaba tarde. Nunca entendió lo que a una le toca hacer por sus hijos para que no les falte nada sin tener que dedicarse a la mala vida. Y Sandra, qué miedo le va a tener al papá si de pequeña estuvo con ustedes acá en el pueblo. No ha aguantado tanto palo como Quique. Ese sí que ha aguantado. Es que es tan inquieto, pero Sandra no rompe ni un plato.”

---

La abuela le decía que la chinita era lo más de juiciosa, pero también muy callada. Ese de su marido tuvo que haberla amenazado como dice. Me imaginaba los gestos que ella hacía cuando siempre se refería a alguno que no era de sus afectos, estiraba la boca hacia un lado señalando al descarado que no estaba ante su presencia porque no le gustaba mencionar ni su nombre.

“Y eso que tiene que ver que no haya sido capaz de contarme —decía mamá. Si para eso estaba yo, para que la defendiera. Ahora somos la comidilla de toda la familia. Yo no me esperaba eso. A mí que no me gusta estar contándole a todo el mundo lo que me pasa. La ropa sucia se lava en casa. Y tuve que llamar a Heriberto porque es el que trabaja en la policía. Y él se encargó de regar el cuento dizque porque necesitaba apoyo familiar. Pero, la verdad, es que ese día sí tuve que hacerlo porque es que me dio tanta rabia. Tampoco es que yo no tenga sentimientos como todo el mundo dice. Estaba manoseando la china cuando yo abrí la puerta, y no sólo eso, los ojos que le vi eran de un apetito, que ni se imagina los celos que me dio. O no sé si era eso o no sé qué. Si yo estaba durmiendo con él. A qué se levantaba, qué le hacía falta al muy tonto. ¿No soy yo su mujer? ¡Mucho tontarrón! Creía que no me iba a dar cuenta.

Suponía que algo andaba mal, pero a quién se le hubiera ocurrido que esto. Tanta preocupación por la china cuando íbamos a las fiestas, esas de los compadres, y que tenía que venir a acostarla, que me quedara, que él ya regresaba, que no se preocupara. Y la china no se quería ir a dormir, quería quedarse conmigo. Yo no le hacía caso porque se dormía en la silla y se quedaba callada y con los ojos abiertos como sonámbula. Y tan grande como para llevarla en brazos y tan pequeña para dejarla entre los borrachos.”

Y la abuela le decía, si ve mijita que usted fue bien bobita consiguiéndose a ese... Me imaginaba otra vez el gesto de la abuela mientras yo me acomodaba detrás de la puerta.

“Pero, es que a esta china qué le pasó. Yo sí creo que haya sentido algo, yo sí creo. Esperar hasta ahora para venir a contarlo todo. Ni que yo no fuera capaz de mandarlo a freír espárragos. Ya otras veces lo he dejado. Lo que pasa es que no se aguanta vivir solo, va y me ruega y me llora y me dice que no puede vivir sin mí, que si no lo perdono se mata. Y míreme otra vez donde estoy, que le creo, lo perdono y vuelvo con él.

¿Es que acaso mis problemas no se van a acabar nunca? Primero llega borracho y me golpea, luego me pone los cachos y ahora mire lo que hace hasta con su propia hija. Lo mismo que lo del papá. Acuérdesse lo que contaban, dizque se había acostado con la tía Julia. Sí mamá, la tía Julia. Eso fue cuando vivían en las Eras. Pero la tía no era hija de él. Él era el padrastro. No creo que haya tocado a sus propias hijas, pero miren a éste.

Y ahora todos me dicen que me van a ayudar, que no me preocupe. Y sí, me visitan y me llevan mercaditos los domingos. Al final no llevan sino un pan y una bolsa de leche. Y yo, solo con las ropitas que coso y la tiendita. Lo que gano no me alcanza ni para comer. Y el estudio de los chinos qué. Y la chiquita, qué hago con ella si ya es hora de que vaya a la escuela.

No, mamá, eso lo puede decir usted porque mi papá siempre fue un buen hombre y respondió por usted dándole a la madera y cosechando sus cafetos que de algo le sirvieron para levantarnos a todos nosotros”.

Otra vez la abuela decía que eso no tenía nada que ver, que una saca a sus hijos adelante como sea. Que si acaso no le remordía la conciencia por no haber dejado en la cárcel a ese sinvergüenza. Y mucho más por no explicarle lo que es la vida a esa criatura de Dios. Que qué le iba a decir a su hija cuando creciera, cuando supiera que su mamá no había sido capaz de dejar a ese infeliz.

“Pero mamá... De lo que sí estoy segura es que él ya no se mete con Sandra, no es tan bruto de volver a caer. Ya sabe que lo vigilo, estoy con los cuatro ojos bien puestos. No creo que sea tan bruto. Además, ella ya está en el bachillerato y ha

aprendido muchas cosas que le servirán para que se cuide. Ni boba que sea. Yo nunca le dije nada porque a mí tampoco. ¡Ay mamá! ¿Quién me lo dijo? ¿Usted mamá? Acuérdesse. ¡Ah! Pero sí le expliqué qué debía hacer cuando le llegara la regla, y le corté varios pedazos de tela para que se los metiera entre los calzones. Y cómo los debía lavar para que los pudiera volver a usar. También le dije que se cuidara de los hombres, que ellos usaban muchas artimañas para engolosinarlo a uno y luego ¡zas! La dejaban a una preñada.”

Me quedé asombrada de cómo mamá le hablaba a la abuela. Ni con mi papá la oía hablar así, no era tan expresiva, pero es que la abuela lo miraba a uno y le hacía sacar las palabras solo con los gestos.

“Ahora no me va a decir, mamá, que yo no he sufrido también. Como cuando estuvo en la cárcel. O fue que ya se le olvidó. ¿Por qué cree que Sandra estuvo con ustedes cuando era chiquita? Tuve que sacarla del jardín y traerla para que me la cuidaran. A Quique me lo llevaba para el trabajo. A veces lo tenía que dejar encerrado en la pieza, pero desde que casi me quema las poquitas cosas que teníamos me tocó cargarlo. Otras veces lo dejaba con mi madrina. Ella hacía lo posible por ayudarme, aunque no tuviera tiempo. Mamá, por eso le traje a la muchacha. A Quique no se lo hubiera aguantado ni un día. En ese entonces visitaba a Vicente y le llevarle el almuerzo, cuando se podía. Decía que allá los tenían aguantando hambre. Usted también lo hubiera hecho por mi papá. Además, si no iba era que ya tenía otro. Usted lo conoce. Es que si es celoso.”

Tal vez la abuela habría hecho cara de desconcierto porque mamá le explicaba. “Ay mamá, ya perdió la memoria. No ve que cuando eso él era guardián. Y le dio por pegarle a un preso dizque porque no le hizo caso. Él otro que le manda su leñazo y Vicente que le clava el cuchillo. Por eso perdió el trabajito. Y dos años en la cárcel. Yo sola en este mundo con dos hijos, y la única que podía darme la mano en la capital era la madrina. Me tocaba trabajar como fuera. Por eso le dejé a Sandra casi cinco años. Acuérdesse que no se quería ir conmigo. Ya cuando

nació Ana, tuve que llevarla para que me ayudara con los quehaceres. Esa también fue una época dura.”

Y la abuela le decía “amalaya no la hubiera llevado. Mire lo que ganó con eso. Ve por qué ella no se quería ir. Vaya uno a saber qué es lo que ese... le hacía. Vaya uno a saber.” Mamá le refutaba “Yo no creo que se haya atrevido antes de eso. Por lo menos yo no lo sé.” “Vaya uno a saber”, repetía la abuela. “Y si pudo sola cuando eso. Por qué ahora no”, le decía.

“Mamá, ya se lo dije, las entraditas no me alcanzan para cuatro bocas. Y ¿el estudio? En la capital no es tan fácil, el agua, la luz, que para la gasolina. No, mamá. Aquí todavía la tierra da, y allá, solo polvo y barro. Y vaya uno a sacar prestado cualquier platica, y ahí sí, todos los vecinos que por ahora no pueden, que tienen una deuda en la carnicería, que si pudiera con mucho gusto. Y nada. No ve que al comienzo sí, todos aparecían con cualquier cosita. Ya se lo dije mamá. Y después, hasta mis hermanos se perdieron. ¿Qué se podía esperar de los demás?

No, mamá, la vida para la mujer no es fácil. Si una está sola no puede con los gastos y si tiene marido no puede uno mirar para ningún lado y toca servirle y arreglarle la ropa y tenerle todo listo. Pero por lo menos hay para echarle al estómago. Por eso, cuando empecé a pasar las duras y las maduras me arrepentí de haberlo mandado para la cárcel. Y además me amenazó. Me decía que eso no se iba a quedar así, que por qué le creía a esa mocosa, que la televisión la estaba embruteciendo. Que eso no se iba a quedar así.

Él me sigue negando todo. Que ese día no sabe qué le pasó y que se fue para el baño y no sé por qué resultó en el otro cuarto. Que tal vez estaría embrujado, que él no era así y no sé cuántas cosas más. Hablamos largo y tendido. Me prometió que si le quitaba la demanda no iba a pasar nada. Qué se iba a dar cuenta que todo eran mentiras de la china, pero que tampoco las cogería contra ella. Que no se preocupara, que los muchachos inventan cosas solo para llamar la atención.

Yo ya no sé qué pensar. Y mejor dejo las cosas así. Por lo menos él ya está juicioso aunque le costó encontrar ese trabajito. Gracias a Dios no siguió echándome en cara que por culpa mía se había quedado sin empleo y que sus amigos habían dejado de ir a la casa un tiempo. A nadie le dije nada, qué piensen lo que quieran. Lo cierto es que todo volvió a la normalidad y los vecinos creen que fue pataleta de la muchachita, o no sé. ¡Ay! Que piensen lo que quieran, mejor así.”

Mejor así, mejor así, decía la abuela. ¡Bah! Válgame Dios si vuelve a hacer algo ¡Válgame Dios! Que no se le ocurra meterse con la china. Y escuchaba chirriar los leños en el fogón, como si la abuela hablara y atizara al mismo tiempo.

Mamá pareció eludir el comentario porque no se escuchó nada más, solo el aleteo de la tapa que la abuela utilizaba para producir aire y alimentar el fuego. Me preocupaba que les diera por abrir la puerta o alguno de mis movimientos me delatara en ese espacio de silencio, así que me retiré con sigilo hacia la alcoba.

Aquella mañana eso fue lo único que le escuché a mamá y no sé si fue del todo sincera con la abuela. No sé por qué siempre sentía que ella escondía la mitad de sus sentimientos para evitarse los cuestionamientos de los demás. Y nunca fue capaz de tomar decisiones en su vida que le dieran un nuevo rumbo.”

—Así son las cosas, querida amiga —dijo.

— ¡Sí! Nuestros padres fueron criados de otra manera. Hombres machistas y mujeres sumisas. Bueno, unas más que otras. No es su culpa.

Me di cuenta que Sandra me miraba con extrañeza por lo que acababa de decir.

—Silencio.

—No quiere decir que esté en contra tuya, pero a veces juzgamos a nuestros padres sin conocer las causas de sus comportamientos.

—Puede ser, como en el caso de mamá, pero todo tiene un límite. Y no se puede vivir para aguantar la tiranía y la mentira de los hombres. Yo no lo veo así. Y mucho menos cuando cogen a los hijos y los tratan como bestias, y para colmo abusan de ellos.

—Tienes razón. Sin embargo, el mundo cambia, no es como antes. Y no podemos juzgar a todos por igual.

— ¡Sí! Pero no se puede tapar el sol con una mano. El abuso infantil es más frecuente de lo que crees. Otra cosa es que la gente no denuncia. Y no me cabe en la cabeza que las mujeres lo permitamos.

—Y lo peor, la justicia. Pero... ¿Podrás, algún día, dejar eso atrás? No sé...

— ¿Cómo crees? ¡Nunca!

—Y ¿si buscan tu perdón?

—No lo harán. El orgullo no se los permite.

—Ya veo.

## Mamá

Desde que a Vicente se lo había llevado la policía, hacía unas cuantas noches, Luisa se hacía la desentendida con los vecinos y los evitaba dedicándose a su labor. Ellos tampoco intentaban averiguar. Pensaba, sin embargo, que podrían estar especulando sobre lo sucedido y no iba a ser ella quien se los aclarara. En algún caso respondería con evasivas. Desde entonces se dedicó a lo que mejor sabía hacer: coser, atender la tienda y cuidar de sus hijos. Tenía muy claro que no los iba a dejar aguantar hambre por muy mala vida que pasara.

Luisa abría la tienda a eso de las siete de la mañana. El olor a cerveza revuelta con colillas de cigarrillo se esparcía por el negocio. Recogía el reguero de botellas, las dejaba en las canastas debajo del mostrador. Desocupaba los ceniceros y barría el piso lleno de tapas de cerveza, cenizas y bolitas de papel de las etiquetas de las botellas. Tan pronto terminaba de trapear y lavar el orinal con detergente, le esparcía un poco de creolina.

En las estanterías de madera que estaban contra la pared se veían unas cuantas libras de arroz, fideos, margarina, sal, lenteja, rollos de papel higiénico, pastas de jabón de lavar y de baño, cajetillas de cigarrillos Malboro y Pielroja, botellas medianas de aceite, panela y libras de azúcar. Sobre el lado izquierdo del mostrador, junto al muro, reposaba un aparador de vidrio con golosinas. El poco surtido de víveres estaba tan bien organizado en los estantes que parecían llenos.

Luisa alistó la máquina de coser, detrás del mostrador de madera, enhebró el hilo, cogió las telas de entre la tula de cargar los cortes listos y empezó a coser. El triquitraque de la máquina era lo único que se escuchaba hasta que aparecía Ana, somnolienta aún y restregándose los ojos con sus pequeñas manos. Los

mocos le asomaban por la nariz y caminaba en medias. Luisa dejó la máquina y levantó a la chiquilla. Le limpió la nariz con un trozo de papel higiénico y luego la apretujó hacia ella para darle un beso. Le enternecían esos ojos negros y grandes de la niña y la volvía a abrazar.

En ese momento, se oyó el ruido del agua de la llave del lavaplatos en la cocina.

—Sandra, llévese a Ana y quítele la pijama. Calientele el tetero al baño maría y no se le olvide que debe quedar tibio.

—Sí, mamá.

— ¿Ya puso la olla?

—En eso estoy.

—Pique las verduras bien delgadas. No las deje como comida para burros.

—Sí, mamá.

—Échele suficiente harina. Acuérdesse que a su papá no le gustan los caldos.

—Pero, si no está.

—No importa. Y apúrese.

—Sí, mamá.

Era sábado. Desde que había despuntado la mañana, Luisa realizaba sus labores como cualquier otro día. Sin embargo, los fines de semana, ella contaba con la ayuda de Sandra, eso le beneficiaba porque podía dedicarse a la máquina y agilizar la confección de ropa por satélite. Si la muchacha estaba ocupada con los quehaceres, era Quique quien cuidaba de la pequeña Ana, aunque a veces tuviera que estar pendiente de los dos.

—No haga llorar a la niña ¿Qué es lo que le hace?

—Nada, mamá. Ana llora por nada.

—Pero, no la moleste.

—No la molesto.

Y el triquitraque de la máquina solo paraba cuando llegaba algún cliente o cuando ya no se aguantaba el llanto de la pequeña. Entre tanto, pensaba en cómo iba a ser de ahora en adelante. Desde que se habían venido del pueblo a probar suerte en la ciudad habían pasado por muchas dificultades. “La capital no es cómo la pintan”, decía. Y con dos muchachos, de arriendo en arriendo habían logrado ahorrar para un lote. Ya estaba construido el primer piso. “Por lo menos tenían donde meter las narices”. Pero ahora no eran dos hijos sino tres.

Le preocupaba también lo que Vicente le había dicho: “Usted sabe que yo no he hecho nada. A ver cómo se las arregla para sacarme de aquí porque si no se las va a ver conmigo. ¿Eso era lo que quería?” Ella le recordó que desde que tenían el negocio se había hecho el desentendido con el estudio de los muchachos y lo que daba para la comida no era suficiente. Aun así, ella sola no podría con todos los gastos.

—Y ¿de qué se preocupa? —le dijo una vez su hermana Chela—. Con las costuras y la tiendita puede alimentar a esos muchachos.

—Sola, no puedo.

—Ya lo ha estado —le decía la hermana con un gesto de resolución.

—Ahora son tres.

— ¿Y qué? Dónde comen dos comen tres.

—No sé si pueda — Luisa hablaba con un dejo de desconsuelo.

—Usted si es masoquista.

—No lo soy.

— ¡Cómo que no! Le parece poco los golpes después de las jincheras. Acuérdesse lo que dijo Sandra. Acaso no le pegaba, no le daba patadas y la dejaba tirada en el piso. ¡Pobres niños! Mirando todo eso. Ellos sin poder hacer nada. Además, cuando fue al pueblo y se veía con la prima, con la Josefina. Todo en esta vida se sabe. Tarde o temprano. ¡Ah! ¡No! Con usted los celos, y él qué. Es que el que las hace las imagina.

A Luisa le pasaron todos los recuerdos por la cabeza en unos segundos. Una vez, Vicente golpeó la puerta a las cuatro de la mañana y ella le reclamó por la hora de llegada. Vicente le decía: “Abra la puerta, sinvergüenza. Usted es mi mujer y yo mando en esta casa.” Ella le abrió y le reprochó su falta de responsabilidad con insultos, pero no pudo levantarle la mano. Él ya la tenía doblegada en el piso de dos bofetadas y un puntapié. Luisa le decía que por qué no se metía con otro igual a él y él le respondía que se lo mandara para atenderlo de un solo bofetón. Entornaba los ojos, respiraba con dificultad y hablaba arrastrando las palabras. Ella lloraba tendida en el piso y desde allí veía a Sandra, despierta, mirándola con ojos de miedo. Se había orinado en la cama.

—Y ¿qué cree? ¿Que no lo he dejado?

—Y él le pone cara de becerro degollado y otra vez lo perdona. Así no son las cosas.

—Así es que deben ser. Una se casa para toda la vida, pase lo que pase.

—Y ¡los hijos qué! Al diablo con ellos ¿No? Y Sandra, piense...

— ¡Ay! Vicente me dice que no le hizo nada. Ya no sé qué pensar. Vaya a saber si ella no tuvo que ver.

Luisa reconocía que aquella noche él se había propasado con Sandra, la había manoseado, pero que eyaculara en su vagina cada vez que se le antojara no lo podía aceptar. Prefería pensar que su hija lo hubiera provocado o por lo menos lo hubiera permitido. Así no tendría que sentirse culpable por lo que pasó en sus

narices y por su cobardía. Pensaba que si había pasado antes ¿por qué ella no había abierto la boca? De todas formas de qué se preocupaba si ya la justicia lo tenía en sus manos para castigarlo.

— ¿Cómo puede pensar en eso?

— ¿Es que no la ve? Ya le pica con los muchachitos y dizque se va a jugar con las amigas. Eso no se lo creo.

—Son otros tiempos.

—En mis tiempos no se hablaba de hombres a esa edad. Vaya a saber una si en el colegio no le meten cucarachas en la cabeza.

—Luisa, usted si es terca. Ahora hay que escuchar a los hijos.

—Escuchar... Lo que una tiene que hacer es velar porque la familia no se desmorone. Y que los hijos cumplan con sus responsabilidades. ¡No faltaba más! ¿Dónde está el respeto?

—Y ¿el respeto de los padres?

—Chela, no me venga a enseñar a hacer hijos.

Luisa se encerraba en sus argumentos. Sin embargo, eso era lo que decía de labios para afuera. Cuando pensaba, le hallaba la razón a Chela. Tomaba fuerza y decía que seguiría sola con sus hijos, costara lo que costara. Al rato, dudaba. “Por qué es que las cosas deben ser así. No puedo vivir sin él. Y con lo atravesado qué es, es capaz que sale de la cárcel y me avienta una paliza. ¡No! Ya no es capaz. No se atrevería. ¡Ah! Además esas cosas se las debemos dejar a mi Dios.”

Durante esos días, los hermanos de Luisa habían visitado la casa. Chela y Olivia habían viajado desde el pueblo para acompañarla. Heriberto llegaba con frutas y verduras en bolsas de papel. Le había explicado lo que pasaría de ahora en adelante con su caso. La fiscalía se encargaría de llamarla si requerían más

información. Una tarde, el tío se acercó a Sandra y trató de hablar nuevamente con ella sobre lo sucedido para convencerse de que la joven le estuviera diciendo la verdad. Luisa le dijo que la dejara en paz. Ya había sido suficiente tanto interrogatorio.

La familia de Vicente estuvo ausente de todo. Luisa sintió la necesidad de comentarle lo ocurrido a Cecilia, y ella se encargó de divulgar el cuento. Sin embargo, unos y otros decidieron alejarse para evitar los comentarios.

Con los amigos de su esposo pasaba igual. Un sábado, don Pedro Valbuena pasó por la tienda con la excusa de solicitar prestada la guitarra. Se tomó una cerveza y le hablaba a Luisa de lo mal que andaba el país con el Cartel de Medellín, los problemas de salubridad del barrio y otra serie de datos que a ella no le importaban. Tenía suficiente con sus problemas cómo para discutir los del país. Trataba de no seguirle la corriente porque, además, sentía que en cualquier momento aprovecharía para curiosear por su situación y, de seguro, ella no abriría la boca para ser el cuento de los demás.

Eran las cinco de la tarde y había pasado una semana desde que en todo el vecindario se propagó la noticia de los abusos de Vicente con su hija. En la tienda, sonó el teléfono. Luisa dejó de coser y levantó el auricular. El rostro cansado y pálido se contrajo levemente al escuchar en el saludo la voz de su esposo, al otro lado de la línea.

— ¿Y ese milagro de que me pregunte cómo estoy? —Después de todo, parecía haberla saludado bien como si hubiera olvidado los últimos acontecimientos.

—Bien..., tenga o no tenga marido a una siempre le toca criar a los hijos.

— ¿Que qué? Ni más faltaba—. Luisa subió el tono de la voz. El no tenerlo ante su presencia le dio más valentía para contrariarlo.

—Olvídese, no pienso aguantarle una más.

— ¿Y qué cree? Esto también es una cárcel para mí.

---

—Haga lo que quiera.

—Deje sus amenazas.

— ¿Qué?

—Sí, siempre lo quise y mire no más... —Si él se metía con sus sentimientos, podría estar en riesgo de debilitar su voluntad.

—Por algo me casé con usted.

—Y ¿por qué cree que le he aguantado?

— ¡Otra vez con lo mismo!

—Usted se aprovechó de que la china siempre fue callada.

—Y vuelve la burra al trigo.

—Entonces, ¿por qué Sandra dijo lo que dijo?

—Y dele con lo mismo.

—Que no me amenace.

—Se aprovecha porque estoy amarrada con la chiquita.

—Y ¿si hago lo que me dice? ¿Me va a cumplir?

—Déjeme pensarlo.

— ¿Está seguro?

—Sí.— Ese *si* suave e inseguro era la respuesta de la rendición. Lo que ahora venía no era más que la búsqueda del compromiso por parte de él como tantos otros que había recibido en la vida.

—Está bien ¿Qué tengo que hacer?

— ¡Sí! Mañana.

— Ahora, dele con sus celos. ¿Cuándo he estado con otro?

—Ya le dije que sí.

—Pero me cumple. Y nada de desquitarse con la muchacha.

—Sí, lo haré —. No había marcha atrás. Ella siempre cumplía lo que prometía.

La noche la pasó en vela. Vicente era de armas tomar y no se iba con contemplaciones cuando tenía que darle golpes a alguien. Cuántas veces tuvo ella que sacarlo a empujones de las cantinas con la ayuda de los amigos para que no se enganchara con los de la otra mesa. Y él les decía “Déjenmelo a mí que yo le quito el hipo. Déjenmelo, no más”.

Vicente era un hombre que podría tener sus cualidades, aunque las tuviera que contar con los dedos de la mano. Lo que más la inquietaba era su temperamento propasado y sus cambios bruscos de carácter. Nunca se sabía cómo iba a proceder ante cualquier aprieto. Recordó cuando Sandra y Quique eran más pequeños.

—Mija, ¿dónde está la guitarra? No la veo colgada.

—No sé si contarle —Dijo Luisa con algo de duda.

— ¿Cómo así? ¿Qué pasó?

—Lo único que le digo es que se modere con los muchachos.

—Entonces..., algo le hicieron.

No esperó que Luisa le explicara y corrió a dónde estaba Sandra. Desde que había comprado el aparato les había prohibido cogerlo. Iba furioso y Luisa no alcanzó a detenerlo.

— ¿Qué le hicieron a la guitarra?

Sandra no pudo ocultar el rostro de angustia, las manos le temblaban y agachó la cabeza.

— Fue sin culpa. Estábamos brillando el piso. Yo arrastraba a Quique y no nos dimos cuenta.

— ¿Dónde la dejaron? ¡Hable! —No le dio tiempo cuando ya se estaba quitando la correa.

—Mamá la guardó detrás del armario. Pero, papito, no me pegue, fue sin culpa —  
La niña comenzó a clamar.

Vicente cogió la correa, la dobló del lado de la punta entre los dedos de la mano derecha y se fue hacia el armario con la cara descompuesta. El color rojo que le matizaba la piel se tornó oscuro como la sangre. Miró encima del mueble el instrumento descompuesto. Vicente prendió en cólera y se dirigió hacia Sandra. Ella ya se había acurrucado contra la pared y aprisionaba los pies con los brazos para atenuar los golpes en las piernas. Vicente comenzó a lanzar la correa sobre el cuerpo de la pequeña y con la mano izquierda la halaba del brazo para poder descargar el garrotazo con mayor eficacia. Luisa observaba la escena sin poder impedirlo. Sus ojos revelaban el desconsuelo y la cobardía. De haberlo hecho también se habría ganado un alarido por alcahueta.

— ¡Quique! Donde se me esconda, no sabe lo que le espera.

El niño venía con la cara trémula y caminaba demorando los pasos. Vicente respiraba agitado y después de haber descargado toda su ira sobre la niña cogió a Quique por un brazo, lo arrastró hacia la alcoba y comenzó a lanzarle correazos por un costado de su cuerpo. Él se contorsionaba por el dolor, estiraba los pies y rogaba para que no le pegara más. Los tres pantalones que se había colocado no eran suficientes para disminuir el sufrimiento. Lloró hasta perder el aliento y ponerse azulado. Vicente despedía centellas por los ojos, lo abandonó a su suerte y siguió, otra vez, con Sandra. Ella seguía acurrucada, lloraba y se estremecía por el dolor. A él no le importó lanzar el cinturón a diestra y siniestra. Los latigazos caían sobre sus cuerpos como si con eso fuera a recuperar la

guitarra. Entre tanto, ellos se retorcían como serpientes en el piso de madera que esa tarde habían brillado.

Vicente se sintió cansado, no decía nada ante los gritos de los niños. Soltó la correa de su mano ya roja y estiró los dedos. Se la volvió a pasar por las trabillas del pantalón y les gritó a los niños:

— Y se callan. ¡Ya! Se callan.

Los niños fueron ahogando los lloriqueos para evitar que su papá volviera a quitarse el cinturón. Luisa se resguardó en la cocina. De seguro, seguiría con la cantaleta de como iría a reponer su instrumento y ya tendría ella que vérselas con el mercado.

Sin embargo, Luisa no solo pensaba en el pasado. Imaginaba lo que Vicente estaría sufriendo en la cárcel. Esas imágenes se revolvían con las de sus hijos y más, las de los últimos acontecimientos. No podía pasar por alto lo que había ocurrido con su hija. Ella le había aguantado todo: celos, golpes y humillaciones. Era cierto que ya no tomaba como antes. También era cierto que prefería beber en la casa con los amigos. Pero seguía siendo intransigente con sus hijos. “Y ahora esto”, decía en voz alta. “Y si cumple sus amenazas”, pensaba. No era un hombre que se anduviera con titubeos.

Al otro día, Luisa se levantó muy temprano, aún con el sueño en la cara. Prendió la estufa de gasolina y puso las ollas para el desayuno. Peló las papas y las echó en la olla. Dejó la colada caliente para Ana cerca a la estufa y se dirigió al baño. Al instante, salió con la toalla en la cabeza y se apresuró hacia la cocina. Sirvió caldo y aguadepanela con pan mientras llamaba a Sandra.

Sandra se levantó de la cama y se sentó en la mesa donde humeaba el desayuno. Soplaba cada cucharada de caldo que llevaba a la boca. Luisa le dijo que no abriría la tienda. A los pocos minutos estaba vestida y peinada. Se había maquillado y no tenía ningún rastro de los moretones de hacía unas semanas. Le dijo a la joven:

—Cuando Ana se despierte le da la colada que dejé en la cocina.

—Sí, mamá.

—No se le olvide ponerle ropa limpia. Yo la baño por la noche.

— ¿Se demora?

—Espero que no.

— ¿A dónde va?

—Deje la preguntadera. Está igual que su papá —apuntó.

Luisa le dio un beso a Sandra en la mejilla, y le dijo que le encargaba la casa. Siempre que salía sabía que la joven se encargaría de los quehaceres con responsabilidad. Desde que la había traído del pueblo le había enseñado a cocinar y a realizar los oficios que las tías y la abuela le habían ahorrado. La estirpe del compromiso y la obediencia no se irían al traste solo por la alcahuetería de la abuela.

Tomó el sobre de manila guardado en el cajón del armario y apresuró el paso hacia la calle. Cerró la puerta con llave para evitar que la niña en un descuido de Sandra intentara abrirla. Sus pasos se perdieron hacia la avenida, así como las decisiones de los últimos días. Había tomado una nueva determinación.



## 10

**El esposo de Sandra**

—Y ¿entonces? —le dije.

—Entonces, nada. El cuento no para ahí.

— ¿Cómo así?

—Todo es una cadena de errores.

Y prosiguió sin dar mayores explicaciones.

—La historia de la familia es un círculo vicioso, pero no por culpa de las mujeres sino de los hombres. ¡Ja! Lo mismo pasó con el papá de mis hijos, era un completo miserable hasta que lo tuve que mandar a la cárcel. Es difícil que alguien me crea, pero así fue. No dices nada...

— ¡Ajá! Por incumplir con la cuota alimentaria. ¿No es así?

—Eso es lo que siempre digo por evitarme los detalles.

— ¿No fue por eso, acaso?

—Extraño...

— ¿Extraño? —sentí que evadió mi pregunta.

—Esos me miran y se ríen. ¡Ja! Me siento como una demente...

—Es lo que te parece.

— ¡Vaya si me siento mareada! Y no me importa si me siguen mirando como bicho raro.

Sandra dejó de mirar a los de la otra mesa, tomó un sorbo más y siguió en lo suyo olvidando el incidente.

“Pero... si la vida me jugaba una mala pasada por segunda vez, era cierto. Yo vivía en arriendo con ese mequetrefe. Pagábamos en ese entonces un apartamento, si se le puede llamar así. Constaba de una alcoba, la cocina, el baño y un patio pequeño. Yo salía muy temprano a cumplir con mis compromisos y él se quedaba en la casa mientras conseguía empleo. Es que la verdad, nunca paraba en ningún lado. Por eso se encargaba de Nana, de mandarla para el colegio y esperarla a la hora del almuerzo. Y llevaba los dos chiquitos a la sala cuna. Yo los dejaba arropaditos con sus cobijas y bufandas, y la pañalera lista con teteros y pañales.

Nana tenía nueve años. Tuve que presionarla para que hablara. Y ¡vaya sorpresa! ¡Vaya sorpresa! Decirlo es tan duro como recordarlo. ¡Tal vez más! ¡Tal vez más! Fue después de un agarrón que tuve con ese imbécil. Y si tuviera el coraje para cortarle la piel a pedacitos lo hubiera hecho, o le hubiera cercenado el miembro. ¡Vaya si lo hubiera hecho, si hubiera estado como estoy ahora! Es poquito lo que se merece.

No podía creerlo. Le preguntaba de mil maneras y de mil maneras me respondía lo mismo. Eran sus palabras de niña intentando describir esas intimidades. Le resbalaban las lágrimas por las mejillas y me miraba con pudor como si aquello me atormentara. Y era así. Me sentí el ser más despreciable. La había abandonado a su suerte y solo el azar me había abierto los ojos.

Nana me dijo, al fin, que no le gustaba lo que el papá le obligaba a hacer. Aprovechaba para cogerle la vagina y le llevaba la mano de ella a sus porquerías. Y peor, me alargó el chiste cuando me dijo que se masturbaba frente a ella.”

Quedé de un tajo. Si el efecto de la cerveza hacía que me diera sueño, al contrario de Sandra, esta nueva revelación me lo quitó completamente.

“Recuerdo que la senté en un banco en la cocina y le decía que esas cosas que me estaba contando eran terribles. Un papá no podía aprovecharse así de su propia hija. Bueno, eso era lo que le decía. Ya el pasado me había demostrado

que todo era posible. Era como si las hijas mayores hubiéramos nacido con la señal de la calamidad para que los hombres de la familia se saciaran con nosotras. Me dolió más que fuera ella. La rabia me perforó los tímpanos y por siempre me negué a escuchar de perdones y sacrificios.

¡De pequeña era tan avispada! Con razón, en ese entonces, la veía tan retraída. Al fin, pudo dejar el miedo, un poco entre rabietas y lloriqueos. Estaba dispuesta a contarme los detalles. Saqué una grabadora de periodista que alguien me había regalado, me cercioré del buen funcionamiento de las pilas y tranquilicé a la niña. El aparato que había usado para sus juegos y para grabar sus primeras canciones registraba, ahora, su sentencia. Y yo era la madre que debía hacer justicia.

Le hice muchas preguntas y ella soltó a trancazos todas las atrocidades. Me aterraba lo que escuchaba. No había sucedido solo una vez. Fueron tantas que ella no recordaba ni cuándo había empezado todo ese tormento. La obligaba a chuparle el pene hasta que se venía sobre su cara. Le cogía la mano y se la llevaba por las piernas y el vientre velludo mientras con la otra se masturbaba. ¡Ja! No fue así como ella me lo dijo, pero es lo mismo. ¡Ah, ya lo había dicho! Es que... ¡Y en mis narices!

Pero... no fue así cómo pasó. No fue el día que tuve el agarrón. ¡No! Ya lo recuerdo. Vaya que el trago cumple con su deber. Lo que más escondido guardaba ha salido a flote. Ahora, me revuelve la conciencia, y me descifra los misterios. Me lo aclara todo.

Un día que llegábamos de dónde mis padres, el mequetrefe de mi esposo me la empezó a montar con sus celos. No sabía en qué iba a parar todo ese cuento cuando empezó a golpearme. Me las arreglé como pude y en un descuido suyo cogí el teléfono y llamé a mi hermano. Él llegó volando y como al canalla le asustaba enfrentarse a otro hombre, no fue capaz ni de defenderse. El muy cobarde quedó medio apaleado por un buen rato. Y le sirvió para que dejara de

decir barbaridades. Aunque ya las había dicho. Y lo que dijo prendió la alarma de mi torpeza.

Es que lo que me dijo me quedó sonando... Resultó con que yo porqué tenía que dejar a la niña con mis papás, que si acaso se me había olvidado, y yo, que de qué me hablaba, que si estaba delirando. Le explicaba que si Nana se iba para donde mamá y almorzaba allá era cuando en la casa no había nadie, que dejara de celar a su propia hija. Y él, que no confiaba en el abuelo y a la china no se la tocaba nadie y el que lo hiciera se las vería con él. De pronto, se le enrojeció la cara y la ira le brotaba por los ojos como si se le fueran a salir, caminaba de un lado para otro y se frotaba las manos con desespero. La verdad, me inquietó la manera como se comportaba. ¡Vaya, el ladrón juzga por su condición!

Y es que en una de mis borracheras yo le había contado por las que había tenido que pasar en mi infancia. Se me hizo una confusión en la cabeza. Advertí que le pude haber dado ideas con aquello de contarle mi vida. Mientras intentaba dormir caí en la cuenta. A veces nos falta astucia, esa es la verdad. Al otro día, esperé que se fuera. Era tarde. Nana debía contarme todo y me lo confesó, como ya lo dije.

No sé por qué todos me miran... bueno esos tres pelagatos que están en esa mesa. Vaya que ni saben lo que una ha vivido como para venir a criticarme y reírse como si les debiera. ¿Ves? Murmuran, agachan la cabeza como si alcanzara a escucharlos con este ruido y me comen con la mirada. Amiga, este trago es por la vida, salud. Es que a palo seco no se puede. ¡Bah! que hagan lo que se les venga en gana.

Lo cierto fue que tomé las riendas de mi vida y me abandoné a mi suerte, hasta donde tengo memoria. Y no es que este tipo de cosas se pueda olvidar tan fácil. Solo es una particularidad mía, salir del embrollo como sea y echarle tierra a los recuerdos. Pero con todo y eso, hay cosas que se me quedan adheridas a los tuétanos para recordarme que aquellos estúpidos nunca reconocieron sus injusticias. Y por eso, no tendrán perdón. Nunca es tarde para gritarlo a los

---

cuatro vientos. Mamá me decía que le dejara eso a Dios, él se encargaría de castigarlos con el purgatorio. Alguna vez le dije que Dios era muy benévolo y yo no podía esperar a que eso pasara.

Me armé de fuerzas y con tres hijos busqué para dónde irme. No me lo aguantaba un minuto más y menos compartiendo mi cama. Se me hacía una presión en el corazón que no me dejaba respirar, lograba por momentos tomar bocanadas de aire, y luego, sentía que me ahogaba. Era como si el oxígeno se me escapara por los poros. Encontré un apartamento pequeño donde acomodé el camarote de los niños, el armario, la mesita de noche, el comedor y la sala. Lo que había comprado y pude llevarme porque el muy imbécil no me dejó nada de la cocina, ni siquiera la estufa. Desde que tuviera trabajo me las arreglaría como fuera y no le daría gusto de verme derrotada.

Averigüé aquí y allá y me fui para la Comisaría Octava de Familia en el barrio Lago Timiza. Eso sí, me tuvieron todo el día llenando pendejadas. Esperaba el turno y se me aguaban los ojos viendo a Nana con su carita de aturdimiento. La llevaba de la mano y ella a veces se soltaba para quedarse como lela mirando a los demás. Escuchaba a media lengua una mujer que había sido golpeada por su marido. Le hablaba a otra que la acompañaba. Otra le peleaba a su pareja por los alimentos de su hijo, y la que estaba tras de mí sollozaba en silencio, agachaba la cabeza y la tapaba con su mano derecha. La mayoría eran mujeres con sus hijos en brazos. No sé si ella entendía lo que pasaba a su alrededor, pero yo sí descubrí que no éramos las únicas con una historia que contar.

De allí me remitieron a la Unidad de Libertad Sexual que quedaba en la 34 con quinta. ¡Vaya que de eso sí me acuerdo! No tuve pelos en la lengua para describir hasta lo que a mí me había pasado. Podía aprovechar y matar dos pájaros de un solo tiro para que se fueran los dos a comer de la que sabemos. Siempre hay alguien que le da a una fuerza para enfrentarse a sus temores. Cuando eso Quique me dio mucho ánimo. Escuchó los casetes con la voz de Nana y me los

entregó antes de irme para la fiscalía. Esa fue la prueba reina porque de los exámenes de Medicina Legal no se pudo obtener ninguna prueba.

Iba de un lado para otro, de una oficina a la otra con la carpeta de los documentos. Pasaba las hojas y repetía las mismas palabras, se me pegaban a la memoria y me carcomían los recuerdos: “Actos abusivos con menor de catorce años”. Y los nombres de los dos: abuelo y papá. ¡Ah! El destino me restregó mis silencios. Mamá saldría con su “hay que perdonar”. No me importaba. Aunque ella se quedara sola como yo, sentía un fresco en el alma. Si pensaban que me iba a quedar de brazos cruzados estaban muy equivocados. El mal de la familia me quemaba como una ponzoña y tenía que cortar de raíz esa enfermedad de una vez por todas. Aplacaban a las mayorcitas como si fueran sus mujeres, les endulzaban el oído con meloserías y cuando ya no conseguían nada con eso las amenazaban con decirles a sus mamás que ellas eran unas mentirosas. ¡Ay, qué rabia! Es que me da mucho coraje tanta salvajada. Solo de pensar en estas cosas se me revuelve el estómago.

Cuando el mequetrefe supo lo que le esperaba fue a hacerme escándalo. Como estaba sola las arremetió contra mí, que yo era una tal por cual, le había echado la sal y le había negado sus hijos. Me amenazó con demandarme por calumnia y cogió a puñetazos y a patadas la puerta de la casa donde vivía. Los vecinos se asomaban a la ventana y el desvergonzado seguía vociferando que yo era una mala mujer. Preferí callarme para bajarle los humos. Así se cansaría de estar hablando solo.

Pero eso sí, fui nuevamente a la Comisaría de Familia y solicité protección. No me importó tener que gastarme todo el día en esos trámites. Me aguantaba el llamado de atención de mis jefes por pedir otro permiso, me alistaba con la niña que perdía otro día de clase, cogía el cartapacio de papeles y otra vez a hacer de tripas corazón. No sirvo para hacerme la sufrida ni para llorarle a nadie como si les estuviera pidiendo un mendrugo de pan, pero como en este país las leyes solo están en el papel, había que tomar medidas. Pasaba de fila en fila hasta que se

les diera la gana de atendernos. Papeleo por un lado y por otro y de aquí para allá, unos les tiran la pelota a los otros. Con razón muchos desisten de tanta bendita tramitología. Me dieron una orden para el CAI de la zona y, por fin, recibí el apoyo que necesitaba. No sé cómo hice en aquel entonces para cumplir con todo. Dejaba a los pequeños en la sala cuna, trabajaba y estaba pendiente de los asuntos de Nana, así como de que fuera a la escuela. Si una se lo propone...

Y llevaba a Nana a sus citas con el sicólogo. Bueno, solo fueron dos. Ella se negaba a ir y se me escabullía. Hacía una cara de miedo y decía: "Es que... quiere que le cuente y yo no quiero." Estiraba las palabras casi como un susurro y hablaba entrecortado. Después se quedaba muda, apretaba los labios, fruncía el ceño y miraba al vacío. Cualquier reprimenda que le diera de parte mía recibía a cambio una respuesta como esa. Mejor dejé las cosas así. El silencio, para las dos, nos permitía olvidar, así fuera por momentos.

Al comienzo fue un corre corre con una cosa y otra y después nada. ¡Y vaya que no ocurría nada! La verdad, pensaba que la justicia se iba a burlar de mí nuevamente. Me dediqué a la rutina del trabajo, los quehaceres, los hijos, mientras el tiempo pasaba. Y de vez en cuando, me invadía la depresión por la espera. Ni una llamada, ni un informe del proceso, ni una noticia. ¡Nada!

Recuerdo que alguna vez fui a la fiscalía para saber si se les había olvidado el asunto. Como no me respondían les hablé durito y me contestaron que había muchos problemas en este país como para preocuparse solamente por los míos. Me quedé allí como petrificada y al final se condolieron conmigo, averiguaron en los archivos y me dijeron que mi caso estaba avanzando. Yo sabía que solo era un contentillo para que me fuera y dejara de estorbar su descanso de la mañana.

Había pasado un año desde la denuncia cuando el mequetrefe que había tenido por esposo me llamó para hacerme otro escándalo. ¡Ja! Lo habían detenido en el DAS. El pendejo creyó que no le iba a pasar nada y se fue a refrendar el

certificado judicial. Ja, ja, ja. Yo ya estaba perdiendo las esperanzas, pero ahora sí podía decir que la justicia, por fin, estaba de parte mía.

Si no fuera por esa costumbre de armar zafarranchos por cualquier cosa que le sucediera no me había enterado de nada. Esta vez sí le había echado la sal y me complacía por su destino. Ja, ja, ja. ¡Vaya que no me lamento de nada! Al fin se me hacía el milagro de verlo entre las rejas. Tanto tiempo aguantándole sus humillaciones, era hora de que la vida se lo cobrara.

Se formó el zaperoco en la familia del hombre. Las tías me llamaban para averiguarme por lo que había pasado. Ellas sabían que su sobrino no era una perita en dulce, pero pensaron que solo era ventolera mía. No se imaginaron que tarde o temprano, a cada marrano le llega su nochebuena. Y se equivocaron porque las cosas empezaron a moverse por sí solas.

¡Pero vaya uno a saber lo que viene después! Le dieron cinco años no más por el delito. ¡Solo cinco años, amiga, ¿lo puedes creer?”

Asentí con la cabeza, en silencio. No deseaba que interrumpiera su relato. Callar era lo mejor que sabía hacer en estos casos.

“Otra vez me sacó de quicio esas estupideces de la justicia. Eso no le castigaba ni mi ira. Y ¿el hecho de despojar a su propia hija de una vida digna? ¡Ay! Otra vez me sacaba de quicio la justicia de este país. Me dio un gran alivio cuando supe que le habían dado una tunda por violador en la cárcel de Facatativá. Se lo merecía. Las leyes son tan flexibles que a los delincuentes los premian con la libertad. ¡Eso no puede ser! Ahora que lo pienso eso es lo que nos falta a muchas mujeres, tomarnos la justicia por nuestras manos y acabar con la tiranía de los hombres.

¡Ay! Pero lo que son las injusticias. Las desgracias no vienen solas. Se puso a estudiar y no sé qué otras cosas más que al año y medio, presumía de su libertad. Se le dio por pasar por mi casa como si tuviera todos los derechos dizque porque era el padre. Me rehusé a dejarle ver a los niños. Y yo que

---

pensaba que me había librado del cretino. ¡Ja! Y que estaba pagando su pena con creces. En la Comisaría de Familia no pude hacer nada. Allí decían que no se les podía negar a los padres el derecho a ver a sus hijos. Así no paguen ni un peso. Eso me dijeron. Pero si pueden destrozar su vida cuando aún no tienen conciencia de ella. ¡País de mierda! como decía el tío Heriberto.

¡Salud! Este es por mi tontería. Ya no puedo retroceder y decir no a los infortunios. Vienen y se pegan a la piel como garrapatas. Cómo pude desperdiciar mis sentimientos en un hombre de esa calaña. ¡Vaya que somos masoquistas! No sé qué nos pasa a veces a las mujeres que nos fijamos en el primer aparecido que nos habla bonito. Pasan los años, y luego nos restriegan las flores por la cara. Hacen lo que hacen y les salimos a deber.

¡Salud! Y la verdad, el tiempo no lo borra todo. A ese... no lo puedo ver. Mis hijos no comprendían por qué me llevaba tan mal con él. Algún día entenderán, les decía. Serán hombres sensatos que harán respetar a las mujeres como muchos que yo conozco. Aún no creo que intuyan la gravedad de la situación. Les falta mucho por vivir para saber de estas cosas. Ellos se quedaban por ahí jugando mientras yo me zambullía con mis problemas. La única que se daba cuenta de todo era Nana, pero ella se había acostumbrado a quedarse callada y a dejar que yo me encargara de esos asuntos.

Y lo que son las cosas, mi hija se volvió como mi mamá de redentora. Ella también me dice que para qué me amargo con tales ideas. A veces las admiro porque han sabido olvidar, a mí que me parta un rayo si cambio de parecer. Eso sí, lo que soy yo, soy harina de otro costal. Pero las leyes... Eso sí que me duele ¡Vayan ellos a saber lo que una tiene que vivir! Dizque hacen cumplir las leyes, los derechos son los derechos y tales y pascuales. ¡Nada! En este país de mierda... ¡Ah! Tío Heriberto. ¡Sí! Solo son pañitos de agua fría. Y de los deberes ni se diga, esos sí nos los restriegan a cada rato.

En esa época, en la mía, no sabía qué pensar. Malo si me dejaba doblegar por la cobardía, reprimía mis instintos y no luchaba con tenacidad por castigar a los culpables. Y malo si me enfurecía y mostraba los dientes. Al final, hice lo que mi corazón me dictaba como lo estoy haciendo ahora. Me importa un rábano lo que piensen los demás. Allá ellos. Y si les debo que vengan y me lo digan en las narices. ¿Si los ves? Se hacen los que no son con ellos. La verdad, el destino lo labra cada uno con sus decisiones, y esta es la mía, estoy en mi derecho. Por fin, en mi derecho...

Cómo puede ser que estos canallas anden a sus anchas por el mundo y haya que perdonarlos. Y ni abren la bocota para aceptar sus errores. ¡Siempre lo negaron! Se ufanan de ser calumniados, incluso con las pruebas que los condenan. Y siguen por ahí con sus risas descaradas. ¡Ah! Y los tíos y las tías, no es sino verlos confabulándose con ellos en sus conversaciones. Como si no hubiera ocurrido nada. Y yo pasaba por indecente ¡Vaya que lo he sido! No más era que no saludara o no mirara con agrado sus bromas para que me dijeran que era una irreverente. Y es que lo terrible era ver sobre todo a mi papá en las reuniones familiares. Y aguantarle sus sandeces.

Ahora a ese otro, ni que se pase por el frente para decirme que le niego a mis hijos. Le niego... ¿Negar? Negar su estirpe fue lo que él y ellos han hecho, han destruido la vida desde antes de ser concebida. Les han negado a las mujeres la simple opción de ser niñas, de decir no, de pensar con libertad y de sentir. Tan sencillo como sentir, y eso nos han negado.

La verdad, me daban asco sus abrazos de navidad y año nuevo. Hablo de mi papá, amiga. Se acercaba y me mandaba los brazos mientras yo reprimía los míos intentando responderle con ironía. Y sentía los besos húmedos en mis mejillas como las babas del beso de Judas salpicadas de veneno. Y murió, y todos llorando por lo bueno que había sido. ¡Qué tontería! ¡Cómo me hubiera gustado gritarles en la cara sus olvidos! Y acaso qué sobrellevó, si ni siquiera pagó sus faltas. Lo que haya sufrido no es nada comparado con la gravedad de

sus errores. Ni ante la muerte tembló por sus fechorías. Con qué tranquilidad muere cuando yo he tenido que cargar con mis culpas por su brutalidad.”

Sandra empezó a levantar la voz, gritaba como si fuera contra mí. Se estaba descontrolando mientras en mi estómago se revolvía toda la cebada de la noche. Tantos años de amistad y todo su repertorio de conflictos me demostró que nadie sabe la sed con que otro vive. Y en ese destino de abusos, ella era la protagonista y yo no era más que eso, su amiga. Era obvio que había sido su confesión y me había escogido para ser su confidente, sin embargo el trago ya había cumplido con su deber y no me encontraba en las mejores condiciones. Intentaba mantener el control de mi cuerpo para no dejarla sola, pero fue en vano.



## Desequilibrio

Hace frío y la piel se me eriza, pero no lo siento como otras veces en que se me mete como hielo y me quema. Parece que el licor en mi cuerpo neutraliza el clima de la madrugada. La luz se cuela a través del vitral de la entrada y enceguece mis ojos. Parpadeo y me restriego, no soporto el escozor. Miro la silla del otro lado de la mesa... Está vacía. El barman recoge las botellas sin perderme de vista, pero no le presto atención. El olor a cigarro y cerveza pasada me provoca náuseas. ¡Ja! ¡Siento que todo me da vueltas! Debo estar pálida... con las ojeras de muerto... ¡Bah!

Y... al otro lado, la silla... ¿Dónde estás? Estoy convencida de que no era solo su sombra. Era ella. Sí. ¿O era yo misma? Siento que los cuadros de la pared se desfiguran y mi cuerpo tambalea por momentos. Me aferro a la mesa con las manos y estiro los pies que tenía cruzados bajo la silla para liberarme de la dureza de los músculos. ¡Ay! ¡Vaya soledad! Las palabras se alejan... Con ellas los recuerdos... De pronto, mi mente está vacía como si todo lo dicho se hubiera esfumado. ¿Estoy sola? Eso creo... ¿Y los que me miraban?...

¡Ah! Sí que me gusta este lugar. Y Misael ni se molesta en decirme algo. Él viene y conversa con sus empleados, revisa la caja y se va. Aquí han quedado mis carcajadas... Y también mis lágrimas... Cuando los amigos nos escuchan y le pasan el brazo a una por la espalda es difícil controlarse. Hoy no ha sido uno de esos días. ¡Vaya, si es martes! ¿O es miércoles? Ja. No importa. Aquí han venido a parar mis recuerdos más alegres. Y los más... La verdad, me divierto bebiendo una cerveza y hablando de la vida. Escucho buenas canciones... y bla, bla, bla... aunque hoy no ha sido uno de esos días.

El aire se cuela por la puerta y oxigena mi rostro. Esa voz..., ya me suena como un eco en mi cabeza. De aquí me voy cuando se me dé la gana. Y si no me quieres decir ni una palabra, no me importa. ¡Tú, no él! De hecho, no te he

escuchado ni un lamento. Pareces una sombra... ¡No! Ni una sombra! ¡Salud! Ja, ja, ja. Y ¿por qué he de irme? ¡Glup, glup! ¡Salud! tómate otra. ¡Ja! Y solo le digo que me iré cuando no quede ni una gota. Se lo prometo. ¡Tenga lo que debo! Y tome la propina. No se enfade. Mire que estoy... Acaso no ve que... Ya lo sabía, brindemos por los buenos tiempos.

Que si cumplo mis promesas, claro que las cumplo. Mamá decía que compromiso es compromiso. Ahora que lo pienso a veces los rompemos por tener contentos a los demás. Y ella... no quiso romper nunca su compromiso del matrimonio. Ja, ja, ja. Y ¿los otros? Tal vez. Las madres se sacrifican. ¡Sí! ¡Escúcheme! Se sacrifican por sus hijos. Ahora no me importa. La verdad, estoy muy vieja para pensar en esas pendejadas.

¿Y qué me dice de los padres? Hubiera sido mejor nunca haber tenido uno. ¿Cuántos huérfanos no hay en este mundo? Y lloran por sus padres muertos. Y sufren... ¡Bah! Y dicen... ¡qué felices nosotros que los tenemos! Y ¿Para qué? Sírvame una más. Le prometo que no será sino una más. En serio. ¿Cuántas veces he faltado a mis promesas?

¡Ay! Las familias se ayudan en las buenas y en las malas. ¡Vaya que sí! Las esposas... a sus esposos... les preparan el desayuno, les lavan la ropa, les tienden la cama... Y estos granujas del demonio se gastan la platica en las cantinas con sus amigotes y se les olvida que sus hijos comen... y deben ir a la escuela... y deben vestirse... Pero, ellos... ¡vividores! Son los que mandan la mano al dril. ¡Sí! Y mire a ver qué dice su papá. No haga caso y verá... Es que su papá... Oiga, mijo, coma que se le enfría. Ahí está su carnecita. Y mamá haciendo malabares en la tienda con las entradas de las ventas y con las costuras para comprarla. ¿Si ve que si puede? ¡Salud!

Ja. Y lo que una se debe aguantar porque a los otros no se les da la gana de hacer algo. ¡Bah! Al tío Heriberto le duró poco su justicia. Y que esto no se va a quedar así, Luisa, déjeme no más. Mañana mismo moveré cielo y tierra y que caigan truenos y tormentas si este no queda en la cárcel. Y usted, mijita, ni de

riesgo se me arrugue, para atrás ni para coger impulso. ¡Bah! El impulso se le quedó en la puerta de la casa.

¡Ja! En este país de mierda todos son enredos. Mire no más, hacen lo que hacen y se los llevan por unos cuantos meses y quedan en libertad. ¡Sí! ¡Libertad! Es como para demostrarles a todos que aquí sí se castiga a los criminales. Y... ¡Cómo los castigan! Ja, ja, ja. Porque esos sí son criminales. Esos, sí matan. ¡Matan y los premian! Matan...

Pero, para qué, para saber que he estado completamente sola. Toda la vida... Desde que nací... Me creen una estúpida, que no se da cuenta de las cosas. He callado... He callado por tanto tiempo... y me como mis remordimientos. ¡Ah! Ya no sé. ¿Sabe? Todos creen que me gustaba. ¡Ja! ¿Acaso no fue nada? Fue una tocadita. ¡No más! ¡Estúpidos! ¡Y otra vez! Y el silencio... Y lo mismo con Nana... Y lo mismo... ja, ja, ja.

¡Ah! No sé lo que hayan pensado... ¡nunca me lo dijeron! No sé si me entendieron porque se hicieron los de la vista gorda. Si murmuraron... ¡Claro que lo hicieron! Bla, bla, bla... Hablaron siempre a mis espaldas y nunca una palabra de comprensión. Ja. ¿Si ve que le cumplí? Cumplo lo que prometo. Eso sí le digo, que los remordimientos son como gusanos... Y caminan por ahí. Se comen hasta la voluntad. ¡Vaya que sí!

De pronto, sentí unas ganas insaciables de abandonarlo todo. Aceleré mi despedida. Cogí mi mochila y vacié el último sorbo de la botella. Glup, glup, glup. Ni un minuto más. Es el último... Me iré como vine. ¡Ja! Estoy bien. ¡Nunca he estado mejor! Y caminaré... Sí, lo sé, me cuidaré. Ya se lo prometí. Algo si le digo... ¡Ni una más! ¡Nunca he estado mejor!

Vi levantarse la mano de Misael y su rostro sonriente quedó en mi mente antes de darme vuelta hacia la calle. Cuídate tú también. ¡Sí! ¡Ay! No fue nada..., solo un tropezón. Tambaleé con el andén de la salida y al dar el paso sentí que me quedaba en el aire. Y ¿si me caigo? pues me levanto. ¡Que me miren! Ja. Seguí

por la calle con pasos rápidos y seguros. Como sea, seguros. Sentía las miradas de la gente... reprochadoras. ¡Bah! Ni que me ganara algo con eso.

¡Brrrr! ¡Qué frío! Y estos pies que tambalean. Ja. Yo puedo... Son las malditas calles empedradas... ¡Ah! No puedo respirar... Son unos cuantos pasos... La estación está cerca... Seguro que está cerca. ¡Bendita luz! No me deja ver. ¡Ah! Pared de barro... El golpe fue suave. Estoy tan vieja como estas casas... y abandonada como ellas. ¡Y ese!... ¡qué me mira! La verdad, ni me importa. Como si fuera la única... A mí, que ni me vengan con boberías. Yo no le como cuento a nadie. Así como me ve. No crea que los soporto. Así es... Yo no soy como ellos. ¡Ni crea!

En un segundo, sentí que el viento de la mañana se me colaba por la nariz y bajaba hasta los pulmones para hacerme presión en el estómago. Descargaría toda la cebada de la noche. Me detuve un momento, respiré profundo ¡Ah! Y agilité el paso. Me sentí caminar como autómatas. Las casas antiguas de la Candelaria se me fueron aclarando mientras tomaba bocanadas de aire para apaciguar las náuseas. No me parecían tan fantasmales ¡Huy! Anoche, sí que lo eran. ¿Esa es la décima? ¡Sí! Por fin.

No me imaginé tanta gente... a esta hora. ¡Ah! Y no fui a trabajar. ¡Ja! No tenía por qué ir... Licencia por luto... más bien será por... Hubiera ido a trabajar. Y verlo ahí, durmiendo a sus anchas. ¡Ja! Como si nada hubiera pasado. Le hubiera gritado en la cara. ¡Sí! agonizando. ¡Ja! No le hubiera hecho caso a mamá. Siempre ella, diciéndome lo que hay que hacer, lo que debo fingir. ¡No! Debí cantarle sus cuatro verdades. Se lo merecía. ¡Sí! Se lo merecía.

¡Paf! ¡Ah! ¡Qué suerte! ¿Qué es esto? Tuvieron que haberme cagado... Por aquellas cosas de la acción y la reacción, me toqué el bulto y los dedos se me apelmazaron con el excremento tibio. No podía ser que después de estar en tales circunstancias me viniera a cagar una... Tendré que limpiarme con una parte de la chaqueta. ¡Qué asco! ¡Déjenme caminar! Vuelan y revolotean. ¡Ah! ¿No hay más dónde? Y... ¿me cagan? No faltaba más... que éstas se crean que lo

pueden todo como ellos. Sí, revolotearon sobre mi vida, picotearon mi tranquilidad hasta que acabaron conmigo. Y esperan que yo los deje libres. ¡Ja! ¡Que ni lo crean! ¡Eso nunca! ¡Nunca es tarde! Si es posible me voy hasta los mismísimos infiernos y les pido cuentas. ¡Vaya que sí! Y si Dios intercede por ellos yo estaré allí para impedirlo. ¡Seguro! ¡Que sigan en el purgatorio por la eternidad! No valdrán misas y rosarios que los rediman.

Creo que estoy yendo para el lado contrario... Sí, es para allá. ¡No! Esa es la carrera. ¡Ah! Ya veo. Esa es. Divisé la estación de la Jiménez y disminuí el paso. ¡Huy! Ni que estuviera sorda. ¡Biiiiip! ¡Biiiiip! No pueden dejar sus pitos. Y a estas horas. ¡Cómo los odio! Y a este que murió sin dársele nada. Y todos llorándolo... Es que no es sino verles la cara... ¡Y yo qué! ¿Ya lo olvidaron? Todo pasó como si nada. Yo, la mala hierba, la que no olvida, la que no perdona, la que piensa en bobadas... ¡Bobadas! No me importa. Ahora no me importa. Es hora de callarles la boca.

¡Zas! Y si me caigo, pues me levanto. ¡Que me miren! Ja. No soy la única borracha que se haya visto. ¿Ebria? Puedo tener la mente más lúcida que cualquiera de ustedes. Y si no... ¿Por qué creen que se las estoy cantando? ¡Ja! Hace mucho calor. ¡Huy! Es hora... es por eso... Todos alrededor... me siento como mosco en leche. ¿Qué me miran? ¡Y qué! ¡Ja! Los entiendo... A mí también me molesta el tufo de los borrachos cuando le respiran a una en la cara. ¡Puf!... ¡Ja! Sí, como mi papá que se emborrachaba cada fin de semana y llegaba a hacer lo que se le diera la gana. Le teníamos que aguantar sus gritos frente al vecindario. El que con él nadie se mete y mamá... con sus mejillas y sus ojos golpeados. Los vecinos merodeaban tras las ventanas “cómo quien no quiere la cosa”. ¡Chismosos! Y nadie nos ayudaba.

No quiero nada más... Me sobra... ¡Sí! Me sobra la porquería de esta vida de recuerdos malditos. ¡Malditos recuerdos! Dizque se vive de ellos... y ¿Para qué toda esa basura? ¡Bla, bla, bla! Igual me da. Pero, la verdad, he vivido de esos malditos recuerdos. ¡Ja! Aunque no sean como los de todos, son los míos. Y lo

que es a mí, me destruyeron la existencia. Tanto esperé diciendo que la vida se lo cobraría. ¡Sí! Mamá decía que en esta vida todo se paga. ¡Ja! ¡Y nada! La vida no se lo cobró, y menos la justicia en la que había puesto mis esperanzas. ¡Qué estupidez! Vivir del pasado. ¡Ay! Una vida de fracasos.

Me subí al primer articulado hacia el occidente y me senté en el primer puesto que vi desocupado. El bus estaba casi vacío. A través de la ventana llegaron los rayos del sol que me sacudieron como una llamarada. ¡Vaya que idiotez! Darle tanta importancia a ese espectro del demonio que ni en las últimas se le dio por abrir la... ¡Ja! He sentido tanto alivio de soltarlo todo. ¡Bueno! De deshacerme de mis secretos. Aunque esa bendita culpa me pica en el pecho. ¡No la mía! Pero mía también, al fin y al cabo. Tal vez hasta en su agonía pensó que no le tenía odio. ¡No lo creo! Tuvo que haberlo sentido... ¡Sí! Ojalá por lo menos haya muerto con la duda. ¡Ojalá!

Ahora muerto ¿quién se lamentará por mí? ¡Mija, no se preocupe por esos que no valen nada! ¡Palabrería! Y ellos, ¿Qué les atormenta? Hay que ponerse en el pellejo del otro para sentirlo. ¡Ah! A veces quisiera volar... Volar... ¡Ah! Indudablemente es más fácil morir. Pero nada... ¡Y lo intento! ¡Nunca es tarde! Y todos, con sus caras de luto y sus palabras de “lo siento” como si se lo mereciera. ¡Qué les importaba! ¡Ah! Y siempre, el qué dirán, que la ropa sucia se lava en casa y que tales y pascuales. Y ¿para qué? Que yo lo tenía entre ceja y ceja y el pobre era un alma de Dios. ¡Ja!

Y la boba de mamá. ¡Sí! Al principio tanto coraje. Y lo que es ella no le va a tambalear la mano para coger las maletas y dejarlo. Y después... Es que los demás no saben lo que es sacar los hijos adelante en esas condiciones. ¡Ja! Siempre con sus palabras sabias, de resignación, de humildad, de poner la otra mejilla... Solo me falta escucharla de nuevo diciendo que una no se debe amargar, que fuera a la iglesia y perdonara, que ahí encontraría la paz. Ja, ja, ja.

Es que cogirme tan chiquita como estaba y... tantas... ¡ja, ja, ja! Y acuérdense de que su mamá le ha dado ejemplo, que esto lo hacen todas las hijas con sus padres y que esto es lo más normal del mundo. ¡Pregunte! Y quién sería capaz de decirle qué... si golpeaba a mamá, y nos daba qué tundas por cualquier cosa. ¡Ese infeliz... no pensar que era su hija! Por eso vienen otros y hacen lo mismo. Y una por no tener la boca cerrada. Hicieron lo que quisieron con sus hijas mayores. ¡No puede ser que no les corra sangre por esas venas! ¡Malditos! ¡Puf! Me falta el aire.

Pero, no se preocupen. Yo ya estoy cerca de la tumba. Si de algo les sirve no he tenido que reprocharles en la cara su indiferencia. ¡No! Mientras me restriegan su felicidad, yo les sonrío con hipocresía. ¡Ja! No les importó si era fingida. Sí que lo era. Lo que me tortura es que le dejé todo a la justicia. Y ¿para qué? Debí condenarlo. Mandarlo al infierno.

¿Y esos monstruos en la ventana? ¡Ah! ¡No! Se esfuman con el aire... y luego se acercan... Demonios que caminan torpes por la acera. Y me alcanzan. Llevan sus manos huesudas hasta mi cara y me aturden con su brillo. Y este... ¿qué se ha creído? Murmura... ¡Sí! ¡Entrometido! ¡Ah! ¡Por fin se ha escondido el sol. ¡Uff!... el articulado volteó hacia el sur. Es la estación. ¡Permiso! ¡Ja! ¡Qué se creen!

Me levanté como pude, un poco aturdida por mis pensamientos y dejé la estación. Mis pasos antes rápidos empezaron a ser lentos y pesados. No le di tiempo a la memoria. A lo lejos miraba las personas que se acercaban para no tener que verles los rostros descarados cuando se fijaban en mí. Me contoneaba hacia los lados como si caminara contra el viento. ¡Bah! ¡Voy lento, pero seguro!

Camino, retraso los pasos, pero no porque los quiera demorar. Mi cuerpo no me responde. Estoy sin fuerzas para seguir, aunque estoy cerca. ¿Dónde están? ¡Ah! ... Ja, ja, ja. Y esos imbéciles cómo me miraban. Seguramente nunca habrán tenido un desmán. Ni que les debiera algo. ¡Y qué! ¡Vaya! ¡Me siento mareada! ¡Ah! Estas son, sí. No creo que haya alguien. Estarán donde la abuela. Les

prometí que iba a estar bien. ¡Ja! Mejor para mí. ¡Ah! Cómo me aprietan estos zapatos. No me los aguanto... ¡ja, ja, ja! ¡Por fin! Sola, libre...

Prometí llegar y aquí estoy. Compromiso es compromiso. En la salud y en la enfermedad. ¡Ja, ja, ja! En los golpes y en las humillaciones... hasta que la muerte los separe. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya! Por eso nunca me casé. ¡Y los hijos! No los traemos al mundo para dejarlos por ahí a expensas de esos fulanos que se creen con el derecho. ¡Imbéciles!

¡Ah! ¿Qué? Ahí están... ¡Cómo duermen! Y eso que les dije que primero la abuela. Y no sé por qué cuando una quiere estar sola ahí si se aparecen... ¡Vaya! Nada impedirá que piense lo que quiera y menos hacer lo que se me dé la gana. Menos tú que duermes aún vestido con la ropa del funeral. ¿Para qué despertarte? Te puede caer una roca y murmuras... como si escucharas... ¡Ah! Estás dormido... El único que no se aprovechó de mí... No se lo merece...

Esos otros. Es que... se procrean como ranas. ¡Sí! Para torturarnos... Es increíble cómo pueden sentir lástima por esos. Allá ellos... ¡Ah! No todo fue malo. Hice lo que quise. Al fin de cuentas no soy cualquier mujer. ¡Eso sí que no! Y también fui feliz. A mi modo, pero lo fui. Y no me dejé doblegar. ¡Ja! Por eso estoy donde estoy. Y no necesito demostrárselos. Y me levanté. ¡Ja, ja, ja!

¿Que los perdone? Ja, ja, ja. ¡No! A él, no. Ni crea que se va a salir con la suya. Ni en el infierno podrá con sus pecados. Y estaré allí para recordárselos, para restregárselos en la cara. Es que después de todo... tener que verlo toda la vida. ¡Ja! Por lo menos ese otro... se desapareció... Y ni que se me aparezca. Y mamá, ¡ay hija! Deje así. ¡Perdone! ¡Mija! Es lo mejor. ¡ja, ja, ja! Déjele eso a mi Dios. ¡Ja! Claro como ella no estuvo en mi pellejo. Y es que... como si yo lo hubiera permitido. ¡Ja! Si me hubiera dejado con la abuela...

¡Vaya que fueron mis mejores años! Tampoco es que mi vida haya sido un completo desastre. ¡Sí! Cómo quería a la abuela, y cómo me alcaheteaba mis pilatunas. No es sino verla riéndose después de que ya le había robado los

fósforos de la cocina. ¡Ah! Ni cuando me orinaba en la cama, y fue la única que no dijo nada. Lavaba las cobijas y las sábanas sin decirle a nadie. Yo intentaba evitarle el oficio, pero es que me soñaba en el baño... y ¡sí! me orinaba. Ja, ja, ja. ¡Ah! La abuela...

Ahora solo tengo pesadillas y me zambullo en mis vómitos. ¡Huy! La cabeza me da vueltas. Estos... se hunden con todas las porquerías que me atrofian el cerebro. Telarañas... ¡Ah! Mis ojos... ¡Abuela, abuela!

¡Vaya justicia! Escucho mis propios pasos como un toc toc en mi cabeza. ¡Ah! ¡Qué malestar! ¡Abuela, abuela! ¡Ay! ¡Manada de hipócritas! Pero... sí, sí. Para todo hay solución. ¡Ja! Lo peor que puede pasar es que no pase nada. Y no hay otra. No hay otra. ¡Ja, ja, ja! ¡Sí mamá, la justicia divina! ¡ja, ja, ja, la justicia divina!

¡Ah! Descanso... ¡Por fin! Aunque todo me dé vueltas. ¿Qué es esto? ¿Oscuridad? ¡Ah! No será igual nunca más... nunca más... La verdad es que no hay verdad. ¡Uf! ¡Ignorantes! Sí, está bien... la culpa fue mía... Y hay que matarla... desde la raíz... No vaya a ser que proliferen el veneno... y se pierda el equilibrio... ¡Ja, ja, ja! de la familia... ¡Dulce familia! Eso sí sería una catástrofe.

He pensado tanto en esto... y lo quería... ¡Sí! Pero debía esperar... ¡Sí, esperar... Ya he vivido... para ellos... Es mejor de una vez... ¡Valor! Lo he perdido siempre por pensar en los otros. ¡Ah! Ya no más. ¿De qué me sirve vivir? ¡Bah! Ni un suspiro... ¡No! Es mejor así. Nunca se sabe... a última hora... ¡Ja, ja, ja! Y empiezan con su retahíla de preguntas... Y sus impertinencias... ¡Qué locura es esa de andar por ahí bebiendo! Si acaba de morir el abuelo. ¡Ah!

¿Olvidar? ¡Imposible! ¡Ay! ¿Dónde están? ¡Maldita memoria! ¡Ja! Y ahora me viene a jugar una mala pasada. ¡Imbéciles! Si creen que se van a salir con la suya. No podrán. Sabrán lo que es desafiarme... ¡No me remuerde la conciencia! No fui yo la culpable. ¿Yo? qué estúpidos, qué ignorantes. No saben que es estar

indefenso. ¿Por qué no hicieron algo? ¿Por qué no hizo nada, madre? ¿Por qué nunca supe lo que pensaba? Toda una vida y... nunca... nada. ¡Ja!

¡Ah! Y tío Heriberto, tan honesto, tan equilibrado. ¿Qué hizo? Solo preguntas estúpidas mil veces respondidas y después ¡qué! ¿Para qué? ¿Solo por curiosoar? ¿Para pensar que, tal vez, me lo había inventado todo? ¡No dicen nada! O ¿qué me lo soñé? ¡Nada! Ella sí que había sufrido. ¡Eso no se va a quedar así, Luisa! Y luego, que este país de mierda, que la justicia... que, qué y qué. Ni ella... ni ellos... ni esos... Nadie... Solo silencio... ¡Maldito silencio de todos! ¡Bah! Lo que se calla se olvida. ¡Ja, ja, ja!

Y se creen con ínfulas de saberlo todo. Acaso ¿no tienen alma? Yo que esperaba... ¿su comprensión? ¡Bah! Eso es problema mío. ¿Dónde están? Ya ni me ayudan estas manos. Quiero volver allí. ¡Sí! El olor de las begonias. Lo siento. ¡Ah! El aire fresco. ¡Cómo se mueven las dalias! ¡Ah! Y el agua del riachuelo... ¡Transparente! ¡Imbécil! Ni muerto me deja en paz.

¡Vaya que lo disfruto! ¡Sí! Y es lo que quiero. Y no me importa. ¿Cuándo fue que pasó? ¿Si ven? No me acuerdo. ¡Flash! Se esfumó. Puedo borrarlo cuando se me dé la gana. ¡Ja! Así es. Y ¿el dolor? ¡Se lo cobraré! No se quedará así. ¡No! ¡Ja, ja, ja! ¿Qué hora es? ¡Ah! ¡Maldito tiempo! ¡No más! He sido valiente. Sé que lo he sido. Se los he demostrado. ¡Ja! Tan valiente como para solucionarlo. ¡ja, ja, ja! Para acabar con este odio. ¡Sí! ¡Uff!

¿Por qué me miran? No soy yo quien los ha maltratado. Fueron ellos. ¡Mírenlos! Esos que están allá, sentados en sus pedestales, riendo a carcajadas por sus insolencias, premiados por la madre que los parió dándoles la vida. Y este, aún más, premiado por la familia que lo llora... Ja, ja, ja.

¿No les basta? ¡Salgan de aquí! No los necesito. Tantos años... y ¿ahora sí vienen? ¡Déjenme sola! ¿Amigos? ¡Ah! ¿Míos? ¡Ja, ja, ja! Si hasta me los invento ¡ja, ja, ja! Y bebí hasta que me harté. ¿No lo ves? No estoy loca. ¿No lo ves? ¡Ja!

El sí que fue mi amigo. ¡Ja! Y me acompañó con los recuerdos... ¡basta! No los quiero otra vez. Ya estoy cansada de pendejadas.

Voy a dormir,... acuéstame. ¡Sí! Dormir. Pero dormir de verdad. Unas cuántas... ¡No! No serán suficientes. ¡Ja, ja, ja! Tomaré más por si acaso. La espalda se resiste a la horizontalidad. ¡Ah! ¡Qué descanso! Se han ido. En mi juventud admiraba a Janis Joplin. ¡Qué digo! Siempre estuvo ahí, en mi mente, sus locuras, ahora las mías. Su foto, en el bar. ¡Sí! Con sus cabellos alborotados ataviados con cintas multicolores. ¡Ja!

Hoy más que nunca. ¡Soy! ¡Sí! Soy... Unas más, agua... agua... ¡Ah! Me asedia, serena. Dormir... Y descansar... Ja, ja, ja.